

La literatura de la época de la Violencia: el caso de algunos cuentos de *Cenizas para el viento* de Hernando Téllez y la novela *Manuel Pacho* de Eduardo Caballero Calderón, a partir de la perspectiva del compromiso social del escritor y la memoria colectiva

Trabajo de investigación para optar al título de Magíster en Literatura

Por:

Marisela Guapacha Romero

Asesora:

Mg. Diana María Barrios González



UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
1803

Universidad de Antioquia

Facultad de Comunicaciones y Filología

Maestría en Literatura

Medellín

2022

Dedicatoria

A Dios y a mi familia por acompañarme, guiarme y apoyarme en cada trayecto y proeza que he emprendido.

Agradecimientos

A la Universidad de Antioquia por haberme dado la oportunidad de continuar mis estudios de posgrado mediante la beca mejor graduando.

A mi asesora Diana Barrios por su apoyo, acompañamiento, orientación, calidez humana y dedicación a este proyecto investigativo.

A la Facultad de Comunicaciones y Filología, especialmente a mis profesores de la maestría por sus enseñanzas, aprendizajes y aportes invaluable a este proceso formativo y académico.

A mis amigos que desde el inicio han acompañado mis proyectos y que, por medio de una palabra de aliento, una idea, una sonrisa, han demostrado su incondicionalidad y apoyo en cada meta propuesta.

Tabla de contenido

Resumen.....	5
Introducción.....	6
Capítulo I. El fenómeno de la Violencia en Colombia: literatura e historia	17
1.1. La contienda política entre dos hegemonías	19
1.2. La disputa por la tierra, el papel de la iglesia y relaciones de poder.....	29
1.3. Literatura y Violencia en la narrativa colombiana.....	34
Capítulo II. Hernando Téllez y Eduardo Caballero Calderón: el tratamiento de la Violencia en sus obras47	
2.1. El compromiso social del escritor: el arma de la escritura.....	49
2.2. Téllez: un intelectual comprometido con su tiempo	57
2.3. Eduardo Caballero Calderón: un escritor de la élite colombiana en medio de la Violencia	61
2.4. Ideas intelectuales y relaciones entre Téllez y Caballero Calderón	64
2.5. Formas del compromiso social del escritor en algunos cuentos de <i>Cenizas para el viento</i> y en la novela <i>Manuel Pacho</i>	72
2.5.1. El Poder: abuso, orden y dominio del pueblo	73
2.5.2. La revolución como denuncia, cambio y llamado inesperado	90
Capítulo III. La memoria colectiva: un diálogo entre el pasado y el presente, un proceso de reconstrucción del recuerdo a través de la narración.....	100
3.1. La memoria colectiva.....	103
3.2. Formas de evocar y reconstruir el recuerdo en la literatura	116
3.2.1. La infancia: voces silenciadas, semillas que no germinan	117
3.2.2. El recuerdo del campo: escenario de memoria y olvido en medio de la violencia	126
3.2.3. El desarraigo en la contienda: entre el resistir y el huir	131
Conclusiones.....	138
Referencias.....	149

Resumen

Colombia es un país con una historia marcada por la violencia en diferentes periodos. En la presente investigación nos centramos en los conflictos del bipartidismo político de mediados del siglo XX, la época conocida como la *Violencia*. A raíz de dichos acontecimientos, se dio el auge de diversas manifestaciones culturales, entre ellas obras literarias que trataron de abordar ese fenómeno desde diferentes intencionalidades. De esa proliferación de obras dadas entre 1946 y 1965, periodo en el cual se enmarca este conflicto armado, se encuentran el compilado de cuentos *Cenizas para el viento* (1950) de Hernando Téllez y la novela *Manuel Pacho* (1964) de Eduardo Caballero Calderón. Estas producciones fueron seleccionadas para el presente estudio, no solo por su riqueza estética y literaria, sino también porque han sido poco estudiadas y no se han establecido vínculos entre las mismas. El tratamiento que estas obras hacen del fenómeno de la Violencia a partir del hecho estético y no solo desde el hecho histórico, permiten evidenciar un compromiso social de estos escritores con su tiempo al usar el arma de la escritura para denunciar, criticar y persuadir a sus lectores. Asimismo, en dichos textos literarios, la memoria colectiva se va construyendo al interior de la narración, dando lugar al recuerdo, al olvido y brindando la posibilidad de comprender el pasado desde el presente y avanzar al futuro.

La metodología seleccionada para este análisis está fundamentada en los estudios sociocríticos, que permiten comprender la forma cómo se constituyen las obras como productos de una cultura y a su vez se acude a algunos elementos de la sociología de la literatura que posibilitan el abordaje de las mediaciones que existen entre el texto de literario, su contexto de producción y recepción.

Palabras clave: Literatura de la Violencia, compromiso social del escritor, memoria colectiva, Hernando Téllez, Eduardo Caballero Calderón.

Introducción

La literatura de la Violencia hace referencia a las obras literarias que abordan el conflicto armado bipartidista en Colombia, fenómeno que marcó un antes y un después en la historia de la nación. Dicho conflicto se da entre los años 1946 y 1965¹, a raíz de la llegada de los conservadores al poder después de dieciséis años de hegemonía liberal (1930-1946). En esta línea de sentido, la literatura no fue ajena a esta problemática social y por ello muchos escritores de la época fueron críticos y tomaron posición a partir de sus narraciones con el fin de visibilizar, criticar y develar el conflicto que atravesaba el país. Para ello se valieron de diferentes estilos, técnicas, cuidado del lenguaje al igual que un tratamiento responsable y preocupado de la violencia en sus producciones literarias.

El género predilecto por los escritores de la Violencia fue el narrativo, de tal forma que se produjeron novelas, cuentos e incluso crónicas que trataron dicho fenómeno y que hasta mediados del siglo XX no eran géneros privilegiados en el campo de la literatura colombiana, puesto que tanto la poesía como el ensayo tenían un lugar privilegiado en las propuestas literarias y eran referentes para quienes escribían. Dicho cambio permitió dar lugar a otras apuestas narrativas, a otras formas de comprender e interpretar el mundo, además de hacer visible la calidad estética y literaria de muchas de las obras que se produjeron en torno al conflicto armado bipartidista, el aporte de las mismas a la historia, a la literatura e incluso a la memoria de la nación.

¹ La delimitación de este periodo responde a lo planteado por Óscar Osorio (2003), el cual expresa que al no haber consenso sobre las fechas en que se dio este fenómeno, se acoge al periodo de 1946 a 1965, porque la primera fecha señala el ascenso de los conservadores al poder que da inicio al conflicto y la segunda fecha marca la aparición de las guerrillas modernas y la desaparición o transformación de las últimas bandas y guerrillas liberales en el territorio colombiano.

De esa proliferación de obras que se gestaron en este periodo, se encuentran el compilado de cuentos *Cenizas para el viento* (1950) del escritor, periodista y crítico literario Hernando Téllez y la novela *Manuel Pacho* (1964) del escritor, diplomático, periodista y político Eduardo Caballero Calderón. Dos escritores que tienen relevancia en la literatura colombiana por sus múltiples contribuciones a este campo y su labor sobresaliente en la prensa, crítica literaria y como representantes de la nación en diferentes ámbitos.

Dichas obras fueron seleccionadas por su riqueza estética y literaria, al igual que por la importancia del compromiso social de sus escritores, entendido como aquella responsabilidad asumida con su sociedad frente al fenómeno de la Violencia al denunciar, criticar o evidenciar aquella realidad emergente por medio de la escritura y una diversidad de estrategias narrativas. A lo anterior, se suma su capacidad de ideación y creación en el devenir de la literatura colombiana. También, es importante tener en cuenta que las obras en cuestión no han sido estudiadas a profundidad y tampoco se han establecido vínculos entre las mismas.

Asimismo, es relevante mencionar que en las historias que hacen parte de estas obras literarias no solo tienen voz las víctimas sino también los victimarios, como es el caso de uno de los cuentos de Téllez denominado “Preludio”, permitiendo así que el lector pueda tener a su alcance dos perspectivas, dos miradas de un mismo hecho y a su vez pueda comprender las repercusiones de las acciones que cada personaje realiza y van dando sentido al relato.

Tanto Téllez como Caballero Calderón manifestaron una preocupación latente por la coyuntura y problemática social que atravesaba el país a través de sus obras literarias, ensayísticas, colaboraciones en publicaciones periódicas, entrevistas e ideas intelectuales que fueron dando a conocer en diferentes espacios, proyectos literarios y medios de difusión que llegaron a un sector social, a la élite colombiana a la cual pertenecían y que desconocía en gran medida lo que sucedía

en el campo y por ende el territorio nacional. Su sensibilidad y compromiso con la sociedad puede verse reflejada en sus publicaciones, sin embargo, podría decirse que son sus obras literarias las que con mayor ahínco dan cuenta de esa desazón e inquietud por este conflicto bipartidista que dividía al pueblo. Entre dichas obras, *Cenizas para el viento* y *Manuel Pacho* logran condensar en gran medida dicha preocupación por la realidad nacional.

En esta línea de sentido, muchas de las investigaciones sobre Téllez se han centrado en su papel de crítico literario, labor que ejerció de manera destacada en Colombia. Es así como solo algunos estudios han abordado sus relatos². Asimismo, los estudios sobre las obras de Caballero Calderón se han enfocado en la obra *El Cristo de espaldas* (1952), con la cual se consolidó en el panorama de la literatura colombiana, otros estudios en menor medida han abordado la obra *Siervo sin tierra* (1954) y de manera escasa la obra *Manuel Pacho* (1964). Esta última ha sido abordada por muy pocos autores, algunos la mencionan dentro de las obras de Caballero Calderón, sin darle mayor relevancia; solo dos de ellos se han centrado de manera más directa en esta novela³.

La elección de las obras también responde a la idea de construir un puente entre una serie de cuentos que tratan el inicio del conflicto armado bipartidista como lo es la obra de Téllez y una novela que se produce en una etapa final de dicho conflicto que es el caso de la obra de Caballero

² Ejemplo de los textos mencionados acerca del estudio de los relatos de Hernando Téllez, son el que realiza Ricardo Iglesias titulado *Hernando Téllez: Cenizas para el viento* (2002), el estudio de Miguel Magro *El tiempo y la muerte en Cenizas para el viento* (2005), el trabajo *Cenizas para el viento y otras historias: una lectura Fenomenológica* de Sergio Murcia (2015), el artículo *Muerte y banalidad: una visión del absurdo en los cuentos "Preludio" y "El regalo"* de Hernando Téllez de Daniela Londoño (2015), el estudio de Walter Hernández titulado *Implicaciones en torno al fenómeno de la violencia en Cenizas para el viento de Hernando Téllez* (2016) y finalmente la investigación de Diego Gallego *Connivencia en cenizas para el viento, del Hernando Téllez literario a su contexto humano* (2017).

³ Respecto a los estudios realizados a la obra de Manuel Pacho, se encuentra el artículo de Helga Krüger *Una novela de Caballero Calderón: "Manuel Pacho" ante la crítica estructural y objetiva* (1965), el trabajo de Luz Cediél *Los valores del campesino en los personajes de Eduardo Caballero Calderón* (1988) y la reseña de Jairo Ruiz *"Manuel Pacho"* (2010).

Calderón, de tal forma que se amplía la mirada sobre este periodo de confrontación política y armada a la vez que se comprende el mismo desde diferentes perspectivas cronológicas.

Es importante mencionar que de los diecinueve cuentos que hacen parte del compilado *Cenizas para el viento*, serán abordados seis de ellos, los cuales son “Espuma y nada más”, “Cenizas para el viento”, “Lección de Domingo”, “Sangre en los jazmines”, “El regalo” y “Preludio”. Esta elección se justifica porque estos cuentos tratan en sus narraciones el fenómeno social de la Violencia de manera directa, mientras que los trece restantes presentan otros temas al lector como son el amor, la libertad, la familia, entre otros, los cuales no están relacionados de manera directa con esta problemática.

De acuerdo con la selección de las obras y la pertinencia de las mismas, la pregunta que guía esta investigación es ¿Cómo se relacionan algunos cuentos del compilado *Cenizas para el viento* de Hernando Téllez y la novela *Manuel Pacho* de Eduardo Caballero Calderón con el fenómeno de la Violencia a partir de los conceptos de compromiso social del escritor y de memoria colectiva?

De esta manera, son tres las categorías que cimentan este estudio; el fenómeno de la Violencia, el compromiso social del escritor y la memoria colectiva, las cuales permitirán analizar las obras a la luz de esas relaciones de sentido en sí mismas y las existentes con el fenómeno político bipartidista en el cual se enmarcan estas producciones literarias.

En este punto, es importante mencionar que las categorías trabajadas en el presente estudio dialogan entre sí en la medida en que una está relacionada con la otra, podría decirse que generan un efecto desencadenante en cuanto a que es el fenómeno de la Violencia el que como hito que marca la historia del país conlleva a que muchos escritores tomen la decisión de asumir una postura

frente a dicha realidad y manifestar su preocupación, rechazo, crítica a través de la pluma, de sus obras literarias con el ánimo de develar y dar a conocer esta situación al pueblo o por lo menos a esa parte de la sociedad a la que pertenecían, a su público lector, haciendo énfasis en que dichas historias desgarradoras y atroces no se quedaran en el olvido o fueran censuradas por el Gobierno de turno. Es en este punto es donde la memoria juega un papel fundamental, específicamente la memoria colectiva que se va construyendo a partir de los relatos y que va tejiendo vínculos, percepciones, preguntas y lecturas de una realidad que desangró al país y que merece ser contada y conocida por la sociedad y las nuevas generaciones en el ánimo de no repetirlas.

Asimismo, dichas categorías están presentes en las obras objetos de estudio al ser el tema central el fenómeno de la Violencia que a su vez es leído e interpretado por unos escritores que por medio de unos determinados personajes logran captar dicha realidad, la sensación de angustia, impotencia, indiferencia y abandono del Estado en medio de una contienda por el poder y la adquisición de tierras. De igual manera, la memoria colectiva subyace en estas obras literarias y permite hacer una comprensión del fenómeno desde una lectura de la infancia, del campo, de la víctima y el victimario, de la revolución misma.

Para el tratamiento y comprensión de dichas categorías, se han abordado varios referentes históricos, teóricos y metodológicos. En el caso de la categoría del Fenómeno de la Violencia, son varios los autores trabajados como por ejemplo Orlando Fals Borda (2019) quien expresa que “Para la sociedad colombiana, el problema de la “violencia” es un hecho protuberante. Muchos lo consideran como el más grave peligro que haya corrido la nacionalidad” (p. 8), dejando una huella en la memoria del pueblo y en las futuras generaciones. A lo anterior se suman las ideas de Óscar Osorio, Gonzalo Sánchez y Donni Meertens, entre otras fuentes consultadas que permiten comprender con mayor profundidad el conflicto armado bipartidista, delimitar el periodo en que

se da este fenómeno, evidenciar las relaciones de poder que convergen en medio de la contienda e identificar los sectores que participaron desde diferentes perspectivas, a nivel histórico, político, sociológico y religioso.

En cuanto a la relación entre la literatura y la Violencia autores como Augusto Escobar Mesa, Gabriel García Márquez, Laura Restrepo, Óscar Osorio y Leonardo Monroy permiten generar una discusión en torno a las categorías que emergen respecto a la Literatura de la Violencia la problematización de las mismas, a la vez que se aborda el asunto de la calidad estética y literaria en las obras, la predominancia del hecho histórico sobre el hecho estético o en el sentido contrario, los niveles de reelaboración de la violencia, entre otras cuestiones que son de interés para esta investigación y que a su vez permiten ubicar las obras literarias objeto de estudio en medio de este panorama.

Por lo que concierne a la categoría del Compromiso social del escritor, se toma como referente a Jean Paul Sartre (1950) como uno de los principales intelectuales que acota el significado de este concepto, puesto que él plantea que “el escritor no tiene modo alguno de evadirse, queremos que se abrace estrechamente con su época; es su única oportunidad, su época está hecha para él y está hecho para ella” (p. 10). La escritura entonces se vuelve un arma para denunciar, interpelar, persuadir, insinuar, develar. Dichas ideas dialogan con la propuesta de Juan Goytisolo (2005a) quien enuncia que el compromiso social debe darse desde tres planos: el social, personal y técnico para no caer en la instrumentalización de la literatura. A los postulados de estos dos autores europeos se suman los aportes en el ámbito colombiano por parte del profesor Juan Fernando Taborda, Rubén Sierra y Carlos Osorio quienes ahondan en la función social y la posibilidad de transformación de la sociedad que tiene el escritor por medio de la pluma.

Respecto a la tercera categoría denominada Memoria colectiva, esta se aborda a partir de lo planteado por Maurice Halbwachs (2004a) quien fue el primero en introducir dicho concepto y el cual comprende como “una corriente de pensamiento continúa, con una continuidad que no tiene nada de artificial, puesto que retiene del pasado sólo lo que aún está vivo o es capaz de vivir en la conciencia del grupo que la mantiene” (p. 81). En esta línea de sentido, la memoria reconstruye el pasado de una colectividad, pues como lo dice Peter Burke (2000) “Son los individuos los que recuerdan en sentido literal, físico, pero son los grupos sociales los que determinan lo que es “memorable” y cómo será recordado” (p. 65). A lo anterior se suman las ideas de Beatriz Sarlo, Félix Vásquez y Jorge Mendoza en torno a las vistas de pasado, los nombres que ha recibido la memoria, los marcos sociales y la noción de artefactos que tienen como fin preservar la memoria de una comunidad.

La metodología está fundamentada en los estudios sociocríticos, vía de estudio que fue propuesta por Edmond Cros y Claude Duchet en los años sesenta en Francia.

Duchet (1991) plantea que “La apuesta sociocrítica, es lo que está en la obra en el texto, es decir una relación con el mundo [...] efectuar una lectura sociocrítica en cierto modo significa abrir la obra desde dentro” (p. 44). En esta misma línea Cross (2003) plantea que “La cultura funciona como una memoria colectiva que sirve de referencia y, por consiguiente, es vivida oficialmente como guardiana de continuidad y garante de la fidelidad que el sujeto colectivo debe observar para con la imagen de sí mismo que de este modo recibe” (p. 11).

Los postulados de estos teóricos son retomados por Antonio Chicharro (2012) quien expresa que los textos son concreciones históricas o instancias sociodiscursivas en circulación, en las que se dan interrelaciones entre lo creado y lo dado, es decir, entre el texto como tal y el

contexto en el que emerge. Es por ello que la cultura en la que emergen las obras funciona como “una memoria colectiva que sirve de referencia e instrumento de perpetuación social” (p. 78).

Teniendo presente lo anterior, los estudios sociocríticos permiten comprender la manera como se constituyen las obras literarias, en este caso el compilado de cuentos *Cenizas para el viento* y la novela *Manuel Pacho*, puesto que, al ser productos de una cultura, del fenómeno social de la Violencia, dan cuenta de esas interrelaciones entre lo dado y lo creado, de unas ideologías e intereses particulares de una sociedad, que a su vez tiene una relación intrínseca con la memoria colectiva desde diferentes perspectivas e intencionalidades.

Asimismo, la investigación tiene presentes algunos elementos de la sociología de la literatura, la cual desde los postulados de Gisèle Sapiro (2016) “tiene por objeto de estudio el hecho literario en tanto hecho social” (p. 13), de tal forma que se concibe la literatura como fenómeno social en el que participan diversas instituciones, individuos que producen, consumen y juzgan las producciones literarias a la vez que convergen cuestiones sociales de diversa índole. También, esta autora alude a que, gracias a la función de la comunicación de la literatura planteada por Sartre, el escritor tiene una misión en la época contemporánea que va evolucionando y entre las cosas que ello implica tiene la responsabilidad de garantizar la libertad de sí mismo y del lector. De ahí la importancia de recurrir a dichos elementos en el abordaje y estudio de las obras literarias aquí propuestas.

De acuerdo a lo anterior, la presente investigación está dividida en tres capítulos, los cuales responden a los objetivos específicos de este estudio y se centran en tres asuntos: el primero comprender el fenómeno social de la Violencia bipartidista en Colombia y su influencia en algunos cuentos y novela, el segundo evidenciar el compromiso social de los escritores en sus obras y por último estudiar la memoria colectiva en las producciones literarias objeto de estudio.

El primer capítulo titulado *El fenómeno de la Violencia en Colombia: literatura e historia* es un acercamiento a la historia del conflicto político y armado de mediados del siglo XX en Colombia a partir de las tensiones y relaciones de poder que tuvieron lugar y la forma como se involucraron el sector económico y religioso en medio de esta disputa, ocasionando fuertes enfrentamientos, asesinatos, desplazamientos y marcas que siguen teniendo eco en la historia del país. En un segundo momento, se apuesta por establecer la relación entre la literatura y el fenómeno social de la Violencia, haciendo énfasis en el aporte de las producciones literarias de la época en la consolidación de un sistema literario del siglo XX, como puede verse en las obras objeto de estudio y en el cambio que dichas apuestas narrativas ofrecen en el tratamiento de la violencia bipartidista.

El segundo capítulo que lleva por nombre *Hernando Téllez y Eduardo Caballero Calderón: el tratamiento de la Violencia en sus obras*, se centra en comprender el concepto del compromiso social del escritor a partir de los planteamientos de Jean Paul Sartre (1950) y otros autores hispanoamericanos como son Juan Goytisolo, Juan Fernando Taborda, Rubén Sierra y Carlos Osorio, que problematizan dicho concepto, la función social del escritor y las dinámicas y condiciones a las que está supeditado quien escribe. Dichas concepciones sobre el compromiso social del escritor entran en diálogo con las figuras de Téllez y Caballero Calderón, las ideas intelectuales de los mismos, su labor diplomática y periodística, las situaciones que debieron afrontar al tomar la decisión de escribir sobre la problemática del país y su labor en el campo literario colombiano. Por último, se hace un análisis de los cuentos seleccionados y de la novela objeto de estudio a la luz de la categoría propuesta. Esta última se dividirá en tres subcategorías que guiarán el análisis y que a su vez permitirán evidenciar el compromiso de estos escritores con

el conflicto armado bipartidista al igual que sus diferentes aportes a la historia, a la memoria y la transformación social de la nación.

El tercer y último capítulo denominado *La memoria colectiva: un diálogo entre el pasado y el presente, un proceso de construcción social*, tiene dos fines; el primero hacer un recorrido por el concepto de memoria colectiva desde los postulados del sociólogo francés Maurice Halbwachs (2004a). Dicha categoría ha sido objeto de interés de las Ciencias Sociales y de ahí que sean varios los estudios que se hayan realizado sobre la misma a nivel nacional e internacional. Autores como Peter Burke, Félix Vásquez, Beatriz Sarlo y Jorge Mendoza han trabajado dicho concepto y han aportado al significado de este a partir de las relaciones entre pasado-presente, memoria-recuerdo-olvido, memoria-marcos sociales-artefactos, entre otras ideas que han enriquecido y ampliado la mirada en torno a la memoria colectiva y su importancia en la historia, en la comprensión de una realidad social, en la no repetición, en la reparación y construcción de un futuro.

El segundo objetivo de este capítulo es realizar un análisis de los cuentos y la novela objeto de estudio a partir de la categoría de memoria colectiva que tiene lugar en dichas narraciones y que se va presentando de múltiples formas, es decir mediante unas subcategorías que van develando cómo se reconstruye el recuerdo por parte de los personajes de las historias, de los recursos que utiliza el narrador para hacer énfasis en aquello que merece ser memorable y aquello que debe quedar en el olvido. Asimismo, dicho análisis va dialogando con las ideas y postulados de los autores anteriormente mencionados y que permiten a su vez comprender las formas en que tiene lugar la memoria colectiva en medio del conflicto armado bipartidista.

Es de anotar que la contribución que hace este trabajo a los estudios del periodo sobre la Violencia se centra en que permite hacer una lectura y comprensión del fenómeno de la Violencia desde una época temprana en el caso de Téllez y una época tardía en el caso de Caballero Calderón,

haciendo énfasis en que no se ha hecho un estudio en el que se vinculen estas dos obras y tampoco se han abordado las categorías propuestas en los estudios hechos en torno a las obras literarias de estos escritores mencionados. También, es de tener presente que las obras no han sido estudiadas a profundidad o relacionadas de manera directa y desde el análisis propuesto en esta investigación.

De ahí que los hallazgos y resultados de este trabajo adquieran relevancia en la medida en que hacen una propuesta para comprender el fenómeno de la Violencia, reconocer el compromiso de los escritores de la época que se atrevieron a desafiar la censura a la que fueron expuestos y así mismo ser testigos activos de una época de terror, miedo, indiferencia y aniquilación. Finalmente, esta es una investigación que puede sugerir y plantear otras líneas de investigación enfocadas en el estudio de las obras literarias inscritas en medio de este fenómeno a la luz de estas categorías y otras que se irán desprendiendo a medida que se vaya presentando el análisis y asimismo dejará algunas preguntas e ideas para seguir indagando sobre este periodo de la historia, el compromiso de los escritores de la época y el lugar que ocupa la memoria colectiva en las obras literarias y las formas en que se construyen al igual que la intencionalidad de las mismas al interior del relato o novela.

Capítulo I. El fenómeno de la Violencia en Colombia: literatura e historia

Para la sociedad colombiana, el problema de la “violencia” es un hecho protuberante. Muchos lo consideran como el más grave peligro que haya corrido la nacionalidad. Es algo que no puede ignorarse, porque irrumpió con machetes y genocidios, bajo la égida de guerrilleros con sonoros sobrenombres, en la historia que aprenderán nuestros hijos; porque su huella será indeleble en la memoria de los sobrevivientes y sus efectos tangibles en la estructuración, conducta e imagen del pueblo de Colombia (Fals Borda, 2019, p. 8).

La historia colombiana ha sido marcada por la violencia en diferentes periodos de su devenir como nación. El registro de dichos acontecimientos, escenas desgarradoras, desplazamientos y masacres, puede leerse de múltiples maneras en las obras literarias que se produjeron en medio del conflicto bipartidista, siendo el cuento y la novela aquellos géneros privilegiados que lograron dar cuenta de este fenómeno y que a su vez realizan un aporte en la reconstrucción de la historia del país y en el campo literario colombiano.

En esta línea de sentido, uno de los momentos más complejos del conflicto nacional y que quedó plasmado en diversas obras literarias proviene de los enfrentamientos bipartidistas, conocido también como el fenómeno de la Violencia, el cual se dio entre los años 1946 y 1965. Dicho conflicto surge a raíz de la llegada de los conservadores al poder después de dieciséis años de hegemonía liberal (1930-1946). Con el nuevo mandato a cargo de Mariano Ospina Pérez, se intenta promover un gobierno de unión nacional en donde los conservadores también tengan participación. Este propósito solo duró trece meses, pues las presiones políticas de cada partido por tener poder económico sobre las regiones hicieron que dicha unión no prosperara.

Durante el gobierno de Ospina, la polarización entre el partido Liberal y el partido Conservador fue cada vez mayor, incrementándose así el ciclo de odio entre los mismos. Esta confrontación se fue extendiendo a lo largo del territorio nacional, de tal forma que cada partido

se dedicó a defender sus propios intereses e ideales en pro de obtener el apoyo y respaldo de los ciudadanos, en el caso de los conservadores, se buscaba legitimar y dar más fuerza al proyecto del nuevo mandatario, y en el caso de los liberales se apostaba por el cambio, la renovación y la separación de poderes, específicamente entre el poder político y el poder eclesiástico (Nieves, 2014).

A causa del conflicto político que vivía la nación debido a la división y pugna entre los partidos, se desencadenaron otras problemáticas en el ámbito económico y religioso, esto generó una nueva ola de violencia que desangró al país y acabó con la vida de miles de personas, siendo el sector rural el más afectado, de ahí que sea el escenario privilegiado por algunos escritores para narrar y dar cuenta de las diferentes historias, relatos y masacres que allí acontecieron.

Teniendo presente lo anterior, este capítulo tiene dos objetivos: el primero, se centra en comprender el fenómeno de la Violencia desde la problemática política que se generó entre los partidos y la relación de este conflicto con los ámbitos económico y religioso, en donde se destacan diferentes personajes, decisiones, acciones y discursos hegemónicos que cambiaron la historia del país y siguen teniendo eco en la actualidad.

El segundo objetivo, pretende establecer la relación entre la literatura y este periodo de la historia colombiana, es decir, entre el conflicto bipartidista y la proliferación de obras literarias que se produjeron en medio de la época, las cuales fueron denominadas más adelante por estudiosos y críticos como “Literatura de la Violencia”, consolidando un subgénero literario que influyó en la consolidación del sistema literario de mediados del siglo XX. Asimismo, este apartado hace hincapié en las obras objeto de estudio, las cuales son el compilado de cuentos *Cenizas para el viento* de Hernando Téllez y la novela *Manuel Pacho* de Eduardo Caballero Calderón, puesto que son narraciones que fueron publicadas en el marco de este conflicto y que logran cambiar e

innovar en lo literario debido a la forma de contar los hechos cruentos y situaciones particulares de víctimas y victimarios.

1.1. La contienda política entre dos hegemonías

El regreso del partido Conservador al poder después de tres lustros de gobiernos liberales, significó la continuidad de un proyecto político gestado durante los primeros treinta años del siglo XX. El gobierno de Mariano Ospina desde su campaña presidencial apostó por un discurso de unión nacional, la necesidad de un orden constitucional, la evolución económica del país, la justicia social, la solución a los problemas de la educación, la relevancia de la cristiandad y la conservación del prestigio de las Fuerzas Armadas en defensa del orden público de la nación (Álvarez, 2002).

Ante este nuevo mandato, el partido liberal se vio obligado a buscar opciones que le permitiesen recuperar en el siguiente periodo la presidencia. Un sector popular de este partido encontró en la figura de Jorge Eliécer Gaitán un dirigente auténtico que “personificaba el cambio social y la revolución secular” (Fals Borda, 1985, p. 38), lo cual produjo temor entre aquellos que defendían la idea de que el país debía mantener sus tradiciones y legado conservador en todos los ámbitos; cultural, social, político, económico, religioso, entre otros.

El conflicto armado bipartidista fue tomando fuerza y la ola de violencia se agudizó con el asesinato del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán, ocurrido el 9 de abril de 1948, conocido como El Bogotazo (Osorio, 2003). Este hecho marcó la historia política del país y recrudeció la pugna entre los dos partidos tradicionales, aunque sucedió en la ciudad, aumentó las contiendas en el campo, pues los campesinos se alinearon de manera masiva con alguno de los dos partidos, con lo cual se generaron simpatías políticas en diferentes municipios y regiones que excluían a determinada porción de la población por no compartir las mismas ideas.

El asesinato de Gaitán desató de manera generalizada la violencia en todo el país. De esta manera, el campo tuvo que sufrir las consecuencias de dicho acontecimiento, siendo uno de los escenarios más golpeados por hechos atroces, innumerables masacres, desplazamientos y el surgimiento de bandas armadas como respuesta a las persecuciones que se dieron a raíz de la disputa entre los partidos. Sin embargo, los hechos de violencia en el campo colombiano se presentaban desde inicios de la década del cuarenta como producto de las disputas por la tierra y de los sistemas terratenientes injustos.

El conflicto se extendió por buena parte del país central a través de distintas etapas en las cuales fueron fluyendo los factores acumulados referidos a la problemática agraria y la representación política, así como también nuevos componentes, incluyendo los de orden internacional. En adelante Colombia, en particular sus áreas rurales serían arrasadas por la masificación del terror a manos en particular de la policía, el ejército y bandas coordinadas por estas fuerzas, avanzando en la construcción del que Vilma Franco denomina “orden contrainsurgente” (Fajardo, 2015, p. 23).

El Estado en su afán de controlar la situación en el país, se dedicaría a confrontar la resistencia de aquellos movimientos y sectores populares que fueron surgiendo a raíz del descontento, el abandono y la persecución a los que no compartían y aprobaban las decisiones y manejo del gobierno de turno. Lo cual llevó a que incrementara de nuevo la violencia en el territorio y que el gobierno de Mariano Ospina entrara en crisis. No obstante, el poder seguiría estando en manos de los conservadores.

Teniendo presente la realidad de la nación, los liberales intentaron participar en la contienda electoral que se llevaría a cabo, sin embargo, por falta de garantías se retiran de la carrera por la presidencia y llega al poder el caudillo conservador Laureano Gómez el 27 de noviembre de 1950, dando inicio a una represiva dictadura civil. Su gobierno promovió “la aniquilación física de los liberales para restaurar el orden, la religión y la familia conservadora” (Osorio, 2003, p. 129).

El gobierno de Gómez afianzó el proceso de conservatización de la policía, haciendo que esta estuviera al servicio de lo que podría denominarse el exterminio de los liberales. El gobierno conservador tuvo colaboración por parte de los caciques locales, quienes incrementaron el poder y la protección dada a los grupos armados conservadores que se aliaron en contra de aquellos que no iban con su ideología y se oponían a las tradiciones de vieja data.

De esta forma el gobierno quiso recuperar el poder en algunas partes del territorio colombiano, bajo la premisa del orden, la religión, la familia, el desarrollo, entre otros, que legitimaran sus acciones y decisiones frente al pueblo. Para ello, las Fuerzas Armadas y los diferentes grupos y bandas que de ellas se desprendían jugaban un papel fundamental en este objetivo propuesto. Sin embargo, esta forma de proceder evidenciaba que los derechos de los ciudadanos y la defensa de la vida misma solo tenía valor y significado para quienes comulgaban con las ideas conservadoras y apoyaban de manera radical al presidente de aquel momento.

Fue así como se consolidaron las bandas de asesinos conservadores conocidos en buena parte del territorio como los “Pájaros”⁴, quienes contaban con el apoyo encubierto de esa policía llamada “chulavita”, los cuales eran procedentes de una región boyacense y operaban principalmente en el Valle del Cauca. Los liberales también se habían organizado en bandas armadas conocidas como “la chusma” o “bandoleros”⁵. No obstante, sus acciones se centraron en la aniquilación de la población civil de las regiones.

⁴ Las bandas de los pájaros eran asociaciones criminales paramilitares que operaban en la zona central del Valle. Contaban con el apoyo del poder institucional (administrativo, judicial, carcelario, entre otros) y tenían la complicidad de la comunidad más por miedo que simpatía. Sus víctimas eran selectivas, de acuerdo al precio que se pagara por ellas y el grado de importancia de las mismas. Pocas veces se desplazaban al campo, cuando lo hacían era sembrar el terror en la población (Sánchez y Merteens, 2002).

⁵ Eran guerrilleros antiguos que, ante el descontento de los acuerdos pactados, las garantías que consideraban engañosas e insuficientes y los constantes hostigamientos, decidieron volver al monte. Ante esa decisión fueron nombrados como bandoleros por el propio partido al que habían pertenecido. Su accionar se centraba en destruir por

La conformación de las diferentes bandas armadas por parte de cada partido era una respuesta a la debilidad del Estado, este ante la inconformidad y descontento del pueblo, decidió responder con fuego y represión a aquellos que se oponían al gobierno y que no pertenecían al mismo color o profesaban las mismas ideologías, llegando al punto de dar la orden de exterminar a los liberales sin mediar palabra, todo ello justificado desde la necesidad de dar orden al país.

Colombia estaba siendo desangrada debido a los enfrentamientos, masacres, desplazamientos, represiones y decisiones que incrementaban el odio, la venganza y la lucha de poderes. El conflicto armado bipartidista estaba dejando miles de víctimas, desaparecidos, desalojos, haciendo inviable el proyecto de unión nacional que se había presentado desde la campaña presidencial por parte del partido Conservador, el cual parecía no retroceder en la recuperación del territorio y la conservación de las tradiciones que antes de la hegemonía conservadora guiaban el curso de la nación.

En medio de este clímax de violencia, se presentaron divisiones al interior de los partidos. Por su parte, el partido Liberal sufrió un debilitamiento al darse una división interna gracias a la candidatura presidencial en el año 1946 de Gabriel Turbay y Jorge Eliécer Gaitán, dos miembros del mismo partido. Turbay fue considerado el candidato oficial por parte de la Convención del partido Liberal, este decidió dejar de lado al candidato Gaitán debido a sus acusaciones y ataques en contra del partido que fueron emitidos días antes de la Convención. Gaitán, organizó otra convención para la nominación de su candidatura como independiente, recibiendo apoyo popular, así, se presenta en las urnas como candidato liberal el día 5 mayo de 1946 junto con los candidatos

destruir, sembrar terror, causar admiración y al mismo tiempo temor en los habitantes. Operaron en diversas regiones como el norte del Valle, norte del Tolima, el viejo Caldas (Sánchez y Merteens, 2002).

Turbay y Ospina, siendo este último el vencedor de la contienda, lo cual significó una derrota para el partido Liberal como tal (Álvarez, 2002).

Respecto al partido Conservador, se dio la disputa entre Mariano Ospina y Laureano Gómez por el manejo del país. Cuando Ospina a finales de 1952 aceptó volver a postular su nombre en las próximas elecciones presidenciales y ser reelegido, teniendo presente que Gómez se encontraba enfermo del corazón y ello daba mayor premura a los próximos comicios (Zapata, 2014).

Este hecho hizo que Gómez arremetiera contra Ospina teniendo presente sus actuaciones como presidente en el periodo de 1946-1950. Dichas actuaciones fueron criticadas puesto que Ospina en su mandato decidió dar participación al liberalismo en la toma de decisiones del Estado y el haberse proclamado en uno de sus discursos como el artífice de la victoria del partido conservador en las elecciones de 1946, llevando a un enfrentamiento político y discursivo entre estos dos miembros conservadores.

En los dos últimos años de gobierno, Gómez tuvo que retirarse debido a un ataque cardíaco, lo que llevó a que nombrara a su ministro de guerra Roberto Urdaneta Arbeláez como presidente interino (Reyes, Mesa y Gómez, 2016). Este cambio ocasionó más rupturas al interior del partido por el poder otorgado a Urdaneta y la continuidad de las ideas laureanistas. También, se presentaron discrepancias entre los “alzatistas” que apoyaron a Gilberto Alzate y los “alvaristas” que seguían las ideas de Álvaro Gómez, dos líderes internos del partido que apostaban por sus propias líneas de acción e intereses particulares.

Las confrontaciones al interior del partido Conservador hicieron que se perdiera apoyo y credibilidad, puesto que las divisiones eran notables y al final cada miembro del partido optaba

por irse a uno de los dos bandos, de tal forma que este periodo de gobierno se vio afectado por dichas divisiones y llevó a que la inconformidad del pueblo y desunión de los mandatarios impulsaran posteriormente un golpe de estado.

Dichas acciones llevarían a que los conservadores se quedaran en el poder por dos periodos más, puesto que los liberales no contaban con el apoyo y las garantías necesarias para la contienda presidencial dada en 1950. La división al interior del partido Liberal fue un factor decisivo en el triunfo del partido opositor, que llevaría a un conflicto armado de dimensiones incalculables, que afectaría a todo el país y pasaría a la historia.

Posteriormente, el 13 de junio de 1953, se dio el golpe de Estado del general Gustavo Rojas Pinilla quien removi6 a Laureano G6mez del poder, fue apoyado por un sector conservador, la Iglesia, liberales y el mismo pueblo que vio en 6l la salvaci6n ante la ola de terror que se extendi6 en el territorio. Tiempo despu6s una Asamblea Nacional Constituyente legitima su mandato para el periodo 1954-1958. La llegada del general Rojas Pinilla signific6 “una desaceleraci6n de la violencia y una desarticulaci6n de los factores del conflicto en buena parte del territorio nacional” (Valencia, 2011, p. 20).

Pero la violencia volvi6 a tomar fuerza gracias a las bandas de conservadores que continuaron asesinando liberales, lo cual hizo que estos 6ltimos se rearmaran y regresaran a la confrontaci6n. Debido a ello fue aumentando el n6mero de muertes y confrontaciones que acabaron con ese clima de paz y uni6n que se pretendi6 desde el gobierno y que gener6 que los habitantes se manifestaran ante tal situaci6n que estaba destruyendo el pa6s, como pudo verse con la protesta estudiantil que acab6 con la vida de varios estudiantes, empeorando la situaci6n de la naci6n (Beltr6n, 2019).

Cerca de la celebración del primer año de mandato ocurre una masacre estudiantil efectuada por la fuerza pública bajo la autoridad del presidente de la República el general Rojas Pinilla. Los estudiantes salieron a conmemorar el 8 de junio de 1954, un aniversario más de la muerte del estudiante de derecho de la Universidad Nacional Gonzalo Bravo Pérez, ocurrido en el año 1929, quien fue asesinado durante una movilización estudiantil que él lideraba con el fin de protestar en contra del gobierno de turno, que estaba a la cabeza de Miguel Abadía Méndez, último presidente de la Hegemonía Conservadora. Ese día los estudiantes habían convocado a una peregrinación al Cementerio Central en donde depositarían una ofrenda floral como homenaje al estudiante Bravo.

Dicha conmemoración generó un ambiente de malestar entre las autoridades militares que manifestaron no haber otorgado las autorizaciones para tal evento, mientras que los estudiantes expresaron no tener necesidad de hacerlo puesto que era un acto que durante años venía realizándose. Al terminarse el homenaje floral, los estudiantes regresaron a la ciudad universitaria a realizar otras actividades culturales y deportivas, lo que llevó a que la policía exigiera el desalojo del campus, a lo cual se negaron los estudiantes, ocasionando un enfrentamiento con la fuerza pública, en donde por parte de la autoridad se da la orden de fuego y se acaba con la vida del estudiante de filosofía y medicina Uriel Gutiérrez de la Universidad Nacional (Beltrán, 2019).

Al día siguiente, los estudiantes vuelven a las calles con el fin de protestar de manera pacífica en contra de lo ocurrido con su compañero. La marcha llega al palacio presidencial con la participación de estudiantes de diferentes universidades e incluso algunos estudiantes de bachillerato, pero nuevamente los agentes del Estado les impidieron el paso y a pesar de que los estudiantes decidieron sentarse a escuchar a sus líderes en medio de las aceras, se presentaron

detonaciones de armas de fuego por parte de las unidades militares que terminaron por segar la vida de nueve estudiantes.

Este hecho que fue justificado por parte del gobierno como un acto premeditado oficiado por miembros pertenecientes al comunismo, que pretendían empañar la conmemoración del primer año del gobierno de Rojas Pinilla. Es así como se emprende una persecución a los líderes estudiantiles y movimientos que apoyaran los fines comunistas, avivando la llama de la represión y el odio en el país, el cual se seguía tiñendo de sangre en todo el territorio (Beltrán, 2019).

En medio de esta agitación, la caza a los liberales incrementa por parte de las fuerzas armadas y la policía siendo muchas las muertes que dejan a su paso. El gobierno de Gustavo Rojas Pinilla en su afán de perpetuarse en el poder perdía el apoyo político, por ello decide unir esfuerzos entre el pueblo y las fuerzas armadas, generando la Tercera Fuerza. Así, el pueblo juró lealtad a las Fuerzas Armadas. Este hecho ocasionó descontento, manifestado en un paro que llevó al retiro del poder del General Rojas Pinilla⁶, proceso en el cual intervinieron Alberto Lleras Camargo, jefe del partido liberal, y Laureano Gómez desde el exilio.

Alberto Lleras y Laureano Gómez haciendo uso del poder que tenían, realizaron un pacto, conocido como el pacto de Benidorm en 1956, en el cual acordaron la alternancia del gobierno en Colombia durante un periodo mínimo de 16 años entre el partido Liberal y el partido Conservador,

⁶Al General se le hizo un juicio político en el Congreso de la República entre el 19 agosto de 1958 y el 3 abril de 1959, en medio de ese nuevo pacto político. Como lo enuncia Valencia (2011) “La intención de los acusadores era impulsar un proceso de carácter constitucional y con implicaciones penales contra un expresidente acusado de corrupción, abuso de autoridad, enriquecimiento indebido e indignidad en el ejercicio del cargo” (p. 22). Esto con el fin de reducir las posibilidades de que el presidente militar volviera al poder o siguiera siendo apoyado políticamente. Sin embargo, después de varias audiencias, algunas en las que el General no pudo estar por enfermedad, se da por terminado el juicio en contra de las normas procesales.

conformando así el Frente Nacional. El 1 de diciembre el pueblo valida dicho acuerdo por medio de un plebiscito popular (Lozano, 2014).

El juicio realizado a Rojas Pinilla fue aparentemente un fracaso por las irregularidades procesales, ausencia de normas para juzgar a expresidentes y los cargos presentados contra el general Rojas. Aun así, este proceso adquirió valor en la medida en que fue un espacio para volver sobre la violencia en un determinado momento e identificar los actores que allí participaron:

El juicio no solo constituye un espacio en el que se discute y se elabora colectivamente el sentido de una época de la vida colombiana, sino también uno de los pocos espacios públicos formales en el que se rompe el silencio sobre la Violencia de los años cincuenta, así la discusión haya estado sesgada por intereses partidistas o sus resultados hayan sido nulos desde el punto de vista de la asignación de responsabilidades o de la reparación a las víctimas (Valencia, 2011, p. 26).

Este proceso judicial sentó un precedente para la comprensión del fenómeno y de los responsables, puesto que la atención no se centraba únicamente en el juzgamiento de las acciones del General Rojas Pinilla, sino que también abordaba el juicio a una época de la historia colombiana (Valencia, 2010). Dicho espacio fue un escenario para la discusión de múltiples problemas que aquejaban al pueblo colombiano,

En este marco, podríamos afirmar, entonces, que el juicio a Rojas fue probablemente el único espacio público formal en el que se llevó a cabo una discusión abierta sobre La Violencia de los años cincuenta, así sus resultados hayan sido nulos desde el punto de vista de la asignación de responsabilidades o de la reparación de las víctimas (Valencia, 2010, p. 187).

En este sentido, la realización del juicio sirve como antecedente en la historia del país, puesto que el hecho de llevar ante el poder legislativo a un gobernante como Rojas Pinilla para ser juzgado por sus acciones y decisiones, ya adquiriría por sí mismo un significado y valor en medio de una contienda política que parecía no tener fin, a ello se suma la luz que dicho juicio arrojó sobre un conflicto que, a pesar de sus dimensiones, no se trataba de manera directa.

Al consolidarse el Frente Nacional, Alberto Lleras Camargo se convierte en el primer presidente de este pacto nacional. La nueva unión entre los partidos tradicionales, pretendía

ponerle fin al conflicto bipartidista, no obstante, se generó una tercera ola de violencia, pues el poder estaba en manos de la oligarquía, fue un periodo en el que una de sus máximas expresiones, aunque no la única, fue el bandolerismo político. Las bandas se pusieron al servicio de los caciques locales, las guerrillas liberales se quedaron sin apoyo de sus jefes y tuvieron que decidir entre quedarse como guerrillas de izquierda o bandas delincuenciales, las que serían perseguidas indistintamente por las fuerzas militares y la policía (Sánchez y Meertens, 2002).

La suma de todos estos hechos desencadenó enfrentamientos y expresiones en contra del gobierno que fueron bloqueadas por el Frente Nacional. Por ello, las fuerzas armadas se centraron en la búsqueda y desaparición de dichos movimientos, dando fin a esta fase y abriendo un nuevo capítulo con el surgimiento de nuevas guerrillas, entre las que se encuentran Las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias) consolidadas en 1964 como respuesta al ataque de Marquetalia llevado a cabo por el gobierno del conservador Guillermo León Valencia (Penagos, 2013).

Valencia ordenó recuperar los territorios denominados como “repúblicas independientes”, que eran consideradas una amenaza puesto que se escapaban del control ejercido por el Estado, lugares entre los que se encontraban zonas como Marquetalia (corregimiento de Gaitania, en el municipio de Planadas, Tolima), Riochiquito (Cauca), El Pato (Huila) y Guayabero (Guaviare), dicho ataque es conocido como “Operación Marquetalia” (Pataquiva, 2009). Al siguiente año se funda el ELN (Ejército de Liberación Nacional) conformado por un número importante de población estudiantil con influencia de la Revolución Cubana al igual que la figura del Che Guevara⁷. Posteriormente, se consolida el EPL (Ejército

⁷ Tenían como base la Teología de la Liberación, que encuentra sus raíces en el pensamiento de Gramsci quien planteaba “una visión innovadora sobre las relaciones de poder al entenderlas como un proceso dinámico no delimitado por la acción estatal por lo que debía adquirir sentido dentro de los círculos identitarios de la sociedad tales como la familia y la iglesia” (Cortés y Cerón, 2019, p. 40). El cura Camilo Torres retoma los postulados de Gramsci y a través de su postura cristiana hace que el ELN encuentre en dicho discurso una manera de entender el compromiso

Popular de Liberación), como una expresión armada del Partido comunista colombiano Marxista-Leninista⁸.

Los grupos armados mencionados anteriormente se enfrentaron al gobierno de turno debido al abandono estatal, la represión, el exterminio y el descontento con el manejo del país, a ello se suma la lucha por la tierra, por el territorio, que ha sido una constante a lo largo de la historia y ha dejado innumerables masacres y pérdidas.

1.2. La disputa por la tierra, el papel de la iglesia y relaciones de poder

La tierra ha sido un factor fundamental en las disputas dadas a lo largo de la historia colombiana. Como lo menciona LeGrand (1988), se ha gestado a raíz del crecimiento económico y la aplicación de los mercados, de tal forma que distintas clases sociales han participado de este proceso, siendo unas ganadoras y otras perdedoras “Colombia, una de las más grandes y pobladas de las naciones latinoamericanas, posee una estructura agraria especialmente compleja y una larga tradición de protesta campesina” (p. 14).

De acuerdo a lo anterior, la tenencia de tierra ha sido un auto conflictivo en la medida en que varios sectores sociales han querido apoderarse de ella valiéndose de diferentes posiciones y figuras como terratenientes, colonos, empresarios territoriales a quienes los campesinos se ven sometidos a cambio de un permiso para trabajar una tierra que ni siquiera era suya, de la cual no tenían ningún título.

con los más pobres de la sociedad, que justifica su lucha. Velar por los oprimidos, enfrentarse al pensamiento occidental y acabar con la explotación capitalista.

⁸ Seguían la tesis maoísta de los Tres Mundos que establece que los países del tercer y segundo mundo debían aliarse para derrotar a Estados Unidos y la Unión Soviética. Una de las premisas que compartían con el ELN era el antiimperialismo, “sumado a la fuerte influencia en América Latina de la revolución cubana y la lucha antiimperialista que se desató en los movimientos insurgentes de África y Asia en esta década” (Pinzón, 2017, 20).

Por lo general, la expansión de la frontera en Colombia se llevó a cabo en dos etapas sucesivas. Primero, familias campesinas se trasladaban a las fronteras y limpiaban y sembraban la tierra, aumentando así su valor por el trabajo que en ella habían invertido. Estos pioneros eran similares a propietarios campesinos de otras partes del país, pero con una diferencia crucial: no tenían títulos legales sobre las tierras que trabajaban. En la segunda etapa entran en escena los empresarios acomodados, empeñados en formar grandes propiedades y en transformar a los colonos originales en arrendatarios al hacer valer sus derechos de propiedad de la tierra. Este conflicto básico de intereses entre familias de colonos autónomos e inversionistas de la élite determinados a controlar la tierra y el trabajo de los colonos es característico de la experiencia fronteriza en Colombia (LeGrand, 1988, p.18).

En esta línea de sentido, el Gobierno promulgó diversas leyes y acciones que terminaron beneficiando a unos cuantos, es decir a aquellos que podían pagar, acceder a las tierras y finalmente permitían que las tierras adquirieran un mayor valor y ello representaba ingresos para el Estado. Asimismo, el hecho de que tanto los colonos, como los terratenientes y empresarios territoriales llegaran para apoderarse de los terrenos baldíos y que incluso hicieron que muchos campesinos se convirtieran en trabajadores dependientes.

Es así como la tenencia de tierra pues representaba para la época o era inocuos sinónimo de poder y riqueza y a la vez era un medio de control y explotación. En esa vía, la economía jugó un papel fundamental en el fenómeno de la Violencia. Con la llegada de la ley 200 de 1936 “Régimen de tierras” promulgada por el gobierno de Alfonso López Pumarejo en el marco de su Revolución en Marcha⁹.

Algunos de los temas que abordaba la ley eran los terrenos Baldíos, los Jueces de Tierras, las Reservas forestales, el uso del subsuelo, las prescripciones, los diversos requisitos para que alguien pudiera hacerse dueño de un terreno y el procedimiento para detener alguna ocupación dentro de un territorio considerado propio (Morales, 2014).

⁹ Vale aclarar que dicha ley tiene sus antecedentes desde mucho antes, como la ley de emergencia de 1927 o los debates sobre el tema de tierras hechos en 1933 durante el gobierno del liberal Enrique Olaya Herrera.

En cuanto a los terrenos baldíos, el artículo 1 de la ley expresa que,

Se presume que no son Baldíos, sino de propiedad privada, los fundos poseídos por particulares, entendiéndose que dicha posesión consiste en la explotación económica del suelo por medio de hechos positivos propios del dueño, como las plantaciones o sementeras, la ocupación con ganados y otros de igual significación económica (Ley 200 de 1936, p. 1).

Dicha ley permitió que en su momento algunos campesinos pudieran encontrar herramientas para defenderse de las injusticias de sus patrones y reclamar el derecho a la propiedad que habían ganado por poner a producir la tierra y en caso de no haber acuerdo con los gamonales, la ley planteaba la posibilidad de pasar el caso a los Jueces de tierras. También, esta ley pretendía solucionar los conflictos agrarios de la época que se veían reflejados en los constantes choques entre patrones y trabajadores y las manifestaciones campesinas por la tenencia de tierras.

Sin embargo, esta reforma agraria terminó favoreciendo solo a una minoría, los aparceros y arrendatarios se convirtieron en asalariados. Lo cual generó que, desde varios sectores como el campesinado, buscaran obstaculizar la aplicación de esta ley, pues consideraban que los desprotegía y no atendía a sus necesidades de vida y trabajo digno que por tanto tiempo habían demandado. Situación que recrudeció el fenómeno de la Violencia, pues desencadenó la conformación de los grupos armados mencionados anteriormente.

El papel de la Iglesia en medio del conflicto y la tenencia de tierra es fundamental, puesto que es un órgano protagonista en la construcción social y política de Colombia. A ello se añade el que, en virtud de la conservación de las buenas costumbres cristianas y respeto por lo sacro, dieran su apoyo y bendición al partido Conservador, al mismo tiempo que excluían y señalaban a los liberales y opositores de los principios y valores que se profesaban desde el gobierno de turno.

Con la llegada al poder de Mariano Ospina en 1946 se presagiaban nuevos rumbos, en dicho mandato el Estado asumió una relación cordial y de colaboración con los lineamientos y

postulados de la Iglesia, la cual tomó ventaja de dicha situación para retomar temas como la familia, los viejos valores morales y las normas sociales que consideraban relevantes y que en anteriores gobiernos no habían sido atendidos, ahora tenían el apoyo necesario para volver sobre los asuntos que les preocupaban como la educación, la expansión de su mensaje como comunidad católica e incluso el tema de la propiedad privada, teniendo presente que poseían bienes materiales que eran necesarios preservar en pro de sus mismos fines.

También tenían participación en la prensa, en el caso de Antioquia monseñor Builes, de formación jesuita, era comentarista en la *Revista Javeriana* y desde allí podía dar cuenta de la posición de la Iglesia respecto a lo que pasaba en la sociedad colombiana y la posición que asumía el clero frente a ello. Lo anterior, en sintonía con el poder y la autoridad que tenía este órgano en el país.

La Iglesia iba en contra de las posturas e ideales del liberalismo de forma clara y frontal, como se pudo ver en los hechos ocurridos el 9 de abril de 1948 con el asesinato de Gaitán, en donde algunos obispos como Crisanto Luque, de Tunja; Gerardo Martínez, de Garzón, y Builes, expresaron que lo acontecido en dicho año tuvo como autores materiales a los liberales (Álvarez, 2002). Lo cual dejaba ver la postura radical de los miembros de la Iglesia en relación con dicho partido, puesto que incluso algunos preladados fieles a los patrones y bases del siglo XIX identificaban al conservador como católico.

En el gobierno de Laureano Gómez, se continuó con la buena relación Iglesia-Estado, ya en el Gobierno de Rojas Pinilla, frente a las acciones efectuadas por este dirigente durante su mandato, la Iglesia Católica decide alejarse del gobierno militar y retirarle el apoyo que le había dado al inicio, llevándose consigo el apoyo de los conservadores moderados. Ya en el primer gobierno del Frente Nacional, en el cual se dieron múltiples cambios sociales, la Iglesia como uno

de los actores principales experimentó cambios en su dinámica interna, no solo en la lucha por mantener sus privilegios como institución de tradición respecto al poder civil, sino también por los vientos de renovación que se estaban dando en su interior y que precisaban otras apuestas.

La renovación que se pretendía realizar estaba orientada a la modernización y cambio interno como Iglesia y a su vez a las transformaciones estructurales de la segunda mitad del siglo XX, en donde había otras necesidades, división de clases y separación Estado-Iglesia, lo que implicó la “pérdida del control de instituciones como la familia y la educación” (González, 2008, p. 8).

Indudablemente, el mítico personaje de Monseñor Miguel Ángel Builes fue un personaje polémico para la época, por la forma como defendió los derechos de la Iglesia en dicho contexto. Este prelado se opuso a las ideas y los cambios propuestos por la modernidad, los cuales en Colombia estuvieron representados y liderados por el partido Liberal, al cual veía como enemigo de todo lo que promovía el discurso católico al cual pertenecía (Figuroa, 2016).

Monseñor Builes asumió la defensa de los derechos eclesiásticos, la protección y conservación de las tradiciones y las buenas costumbres con respecto a los cambios que estaba viviendo el país, estando en contra de aquellos que no profesaran o compartieran dichos principios, para aquel tiempo, representados en el gobierno de corte liberal:

Monseñor empieza una tarea ardua, que será la constante en su vida y obra: la defensa de la Iglesia y sus derechos, de allí su lema de “pelear las batallas de la fe”. Para Monseñor Builes la Iglesia católica es guardiana de la verdad revelada y tiene por misión la salvación de toda la humanidad y para cumplir con su misión se debe perseguir a todo aquello que ponga en peligro su fin (Castelblanco y Oviedo, 2013, p. 24).

En este sentido, la Iglesia tuvo injerencia en el mandato y organización de la nación, al punto que no se podían tomar decisiones o realizar acciones frente a las problemáticas de la época sin la

intervención de esta institución. De ahí que la Iglesia haya tenido responsabilidad en muchas de las decisiones claves que guiaron el curso de la historia colombiana.

1.3. Literatura y Violencia en la narrativa colombiana

La literatura no pudo ser ajena a la realidad en la que se encontraba el país a mediados del siglo XX, por ello se dio una proliferación de obras en medio del fenómeno de confrontación bipartidista, las cuales intentaron dar cuenta de los acontecimientos y problemáticas que se estaban presentando tanto en el campo como en la ciudad. Los autores que se atrevieron a escribir en torno a lo que estaba sucediendo, se valieron de diferentes formas de narración, estilos y técnicas para presentar al público lector su interpretación, denuncia, crítica y comprensión de aquel fenómeno nacional.

En esta línea de sentido, el conflicto armado bipartidista presentó el conflicto desde las posibilidades que otorga la ficción, allí tanto personajes víctimas como victimarios fueron contruidos a partir de los procesos creativos de algunos escritores colombianos. Estos personajes de ficción se presentan con su actuar, sus elecciones, sus pensamientos, emociones, preguntas y realidades. Dicha proliferación de obras contribuyó al campo literario y a la memoria de la nación:

El hecho histórico más trabajado para la construcción de novelas fue el de la lucha bipartidista entre liberales y conservadores desarrollada durante la mitad del siglo XX. Este suceso hizo parte de un gran número de publicaciones, que, a través del testimonio de personajes y situaciones, retrataron las condiciones relacionadas con los enfrentamientos entre ambos partidos políticos en algunas regiones del país (Cárdenas, 2018, p. 27).

La temática del fenómeno de la Violencia sirvió de referente para la creación de obras literarias que permitieron comprender en gran medida aquel álgido momento, que para los mismos ciudadanos era difícil de entender. Este conflicto bipartidista ha sido “punto de referencia obligado

de casi tres decenios de narrativa: no hay autor que no pase, directa o indirectamente, por el tema; éste está siempre presente. Subyacente o explícito, en cada obra” (Restrepo, 1985, p. 124).

Este tipo de literatura ofreció la posibilidad de conocer nombres, historias, voces de personajes que fueron acalladas y espacios que fueron violentados, tierras que fueron abandonadas o desalojadas por la fuerza y concepciones que se tejieron en su momento sobre el sentido de una guerra, de una confrontación bipartidista y la pertenencia o filiación a un determinado partido. Cabe aclarar que estas relaciones se construyeron para estos escritores a partir del proceso de la reinención que permite la ficción, aunque en algunos casos la frontera entre el testimonio y la creación literaria se desdibujó en cierta medida.

Las obras producto de la época circularon en la prensa, otras en formato libro, haciendo que algunas de ellas fueran objeto de censura puesto que atacaban las ideas que defendía el gobierno y evidenciaban la debilidad del mismo frente al manejo del conflicto y la represión que sufría el pueblo. De igual forma, esas obras develaban historias que para aquel momento eran ignoradas o tergiversadas por el Estado en pro de no crear controversia o pánico entre los habitantes.

En la mayoría de los casos los escritores de la Violencia eligieron el género narrativo para sus creaciones literarias, dándole así lugar a las novelas, cuentos e incluso crónicas que, hasta mediados del siglo XX, no eran géneros privilegiados en el campo literario colombiano, pues la poesía y el ensayo ocupaban la mayoría de propuestas literarias y servían de referente a los escritores. Teniendo presente lo anterior, la incursión y vuelco sobre el género narrativo representaba un giro en la mirada, en la literatura colombiana y en la búsqueda de lo genuino, de lo propio, de las historias particulares de esa realidad. Como lo enuncia Duarte (2019), la novela llegó a ocupar un lugar preponderante en el tratamiento del fenómeno bipartidista:

Hemos creído que la violencia, como tema de la narrativa en Colombia (novela, cuento, ensayo) maduró a lo largo de la historia. Creemos que hubo algunos hitos importantes en la historia social y política que impactaron la producción literaria tales como la Guerra de los Mil Días, la Hegemonía Conservadora o la llamada República Liberal y que los cambios en las condiciones de la vida intelectual hicieron posible la transformación paulatina de ciertos temas; la pérdida de prestigio de la poesía; el abandono del ensayo como género principal de la narrativa; y la llegada o, mejor, la aceptación de la novela como género predominante (Duarte, 2019, p. 25).

A su vez, el género narrativo permitió que en lo concerniente a la producción literaria muchos que no eran escritores de profesión, sino que ejercían otras labores en el ámbito social y cultural, tomaran la pluma para escribir sobre la época de Violencia, valiéndose de diferentes recursos estilísticos que permitieran plasmar dicha realidad nacional. A su vez, se hace uso de diferentes formatos para develar y dar a conocer aquel fenómeno al pueblo colombiano “comienzan a escribirse panfletos y novelas que le siguen los pasos a su desarrollo, denunciando, dando voces de alarma, rindiendo testimonio” (Restrepo, 1985, p. 125).

Este tipo de literatura que aborda el fenómeno de la Violencia, pero no se agota en ella, aporta de manera relevante en lo estético y literario, puesto que expone una preocupación por la calidad estética y literaria de las narraciones, sin desconocer las reflexiones propias de la época acerca del valor de la vida, el accionar del gobierno, de la fuerza pública, de la Iglesia, de los revolucionarios y partidos que hacen parte de esta realidad y que contribuyen de una u otra forma a hacer visible el conflicto que se prolonga incesantemente en el país.

Las obras de la Violencia adquieren un valor importante en la historia y memoria de la nación, puesto que sirven como referente para la comprensión de este fenómeno bipartidista y, en su momento, dieron nuevos significados al campo y a la ciudad, cuestionaron al gobierno y a los sectores que apoyaron de una u otra forma el conflicto. Por ello, independientemente de la crítica que han recibido muchas de las obras por parte de algunos críticos en cuanto a su falta de calidad en la escritura y calidad estética, no dejan de ser un aporte al campo literario porque abrieron la

posibilidad para que la literatura de mediados del siglo XX y los géneros literarios cuento y novela se fortalecieran puesto que en ellos convergían escrituras de diversas calidades y formas.

En la Literatura de la Violencia, se inscriben las obras *Cenizas para el viento* de Hernando Téllez y *Manuel Pacho* de Eduardo Caballero Calderón, las cuales presentan algunos hechos ocurridos en la época del conflicto bipartidista, estas obras son consideradas por la crítica con alta calidad estética y presentan al lector narraciones verosímiles con cambios narrativos importantes, además, una preocupación por mostrar los procesos y decisiones políticas tomadas frente a las acciones y movimientos dados en medio del conflicto, sin descuidar la universalidad de las obras, uno de los elementos relevantes a este respecto es que la narración no se encuentra anclada a un cronotopo particular o real, lo cual da indicios de la universalidad de las obras.

Las diversas obras literarias producto del conflicto armado bipartidista, fueron adquiriendo valor por su devenir en el campo literario colombiano y por el proceso de categorización, organización y reconocimiento que les fue dado por algunos críticos y estudiosos del tema. De esta manera, muchas obras que se encontraban en el anonimato o no estaban en el radar de investigadores pudieron ser parte de este proceso y a la vez pudieron ser leídas e interpretadas de múltiples formas.

Entre los muchos estudios realizados sobre las obras literarias producidas en este fenómeno y formas de abordaje de la literatura de la Violencia, se encuentran cuatro trabajos, que establecen categorías y grupos en los que se inscriben las diferentes producciones literarias, atendiendo a criterios, intereses y objetivos de quien hace esta investigación. El primer trabajo es del crítico Augusto Escobar Mesa (1977) titulado *Literatura sobre la Violencia* el segundo es el de Laura Restrepo (1985) denominado *Niveles de realidad en la literatura de la "violencia" colombiana*, el tercer estudio es el que realiza Óscar Osorio (2003) *Anotaciones para un estudio*

de la novela de la Violencia en Colombia y por último se encuentra el trabajo de Leonardo Monroy (2011), *La novela de la violencia bipartidista y una reflexión sobre la violencia posterior*.

Cabe destacar que algunos de los estudios tienen por objetivo destacar algunas obras y en otros resaltar su falta de calidad para ser incluidas como elementos relevantes de la historia literaria, puesto que, según algunos críticos, dichas obras se concentran en el plano de lo testimonial, en la descripción de hechos y anécdotas que no ofrecen otras posibilidades y lecturas, dejando de lado lo estético y literario.

Sin embargo, ante tal postura, es de anotar que no todos los que creaban obras en el marco del conflicto armado bipartidista eran escritores de profesión, pues ejercían otras labores, a ello se suma que muchos de ellos no habían tenido la oportunidad de salir del país o de leer obras de autores célebres que sirvieran de referente para sus historias, entre otras condiciones con las que sí contaron algunos escritores. Aun así, como ya se dijo anteriormente, el hecho de haberse atrevido a tomar la pluma e intentar plasmar aquella realidad fue un aporte a la tradición literaria nacional de la época.

En cuanto a los cuatro trabajos académicos que se destacan por proponer una categorización o agrupación de las obras literarias producidas en esta época, algunos de ellos convergen en la organización y definición de la “Literatura de la Violencia”, mientras que otros se distancian puesto que asumen posiciones más radicales en cuanto a la comprensión del fenómeno y las necesidades que el campo literario tenía en su momento.

Es pertinente conocer los trabajos de dichos críticos debido a que permiten ampliar la mirada sobre este tipo de literatura, conocer el abanico de obras que fueron tenidas en cuenta en

medio del estudio o indagación y a su vez ofrece la oportunidad de ubicar y posicionar la obra de Téllez y Caballero Calderón entre dichas categorías y clasificaciones propuestas.

El primer trabajo, es el de Augusto Escobar Mesa (1977), con su texto *Literatura sobre la Violencia*, en la que hace una división entre lo que denomina “Literatura de la Violencia” y “Literatura sobre la Violencia”, haciendo alusión a que en la primera categoría se reúnen aquellas obras que siguen el hecho histórico, la obra entonces “Toma el rumbo de la violencia y se pierde en el laberinto de muertes y de escenas de horror” (p. 114). Según este autor, las obras que fueron publicadas antes de 1958 se quedan en la descripción y el testimonio de los hechos y situaciones de violencia, sin preocuparse por lo estético, dejando de lado lo literario.

Respecto a la segunda categoría, Literatura sobre la Violencia, Escobar menciona que en las obras posteriores a 1958 se da un predominio del hecho estético sobre el hecho histórico, en este sentido, importa más la manera de narrar los acontecimientos y situaciones dadas en medio del conflicto, el autor se interesa por el personaje como “estructura redonda” desde lo semiológico, en donde este se transforma y cambia a lo largo del relato ocasionando giros en la historia y nuevas reflexiones en la trama (Escobar, 1977).

Se aborda la violencia como efecto desencadenante, como tema que detona una multiplicidad de lecturas en torno a las narraciones que cada personaje vive en medio de las dificultades del conflicto, ya sea en el campo o en la ciudad, se trabaja sobre la secuela que deja la muerte, el dolor y la pérdida de la esperanza en un país que se encuentra en medio de las armas, del abandono estatal y a merced de grupos armados que se han apoderado de la tierra (Escobar, 1977).

Frente al planteamiento que hace el autor sobre las obras que fueron escritas antes de 1958 carentes de calidad estética y literaria, la publicación de la obra *Cenizas para el viento* en 1950, demuestra que desde una época temprana del fenómeno de la Violencia ya se habían escrito obras con elaboración estética importante, que reúnen las condiciones necesarias para ser parte de la categoría de “Literatura sobre la Violencia” propuesta por Escobar.

A lo anterior, se suma la obra *Manuel Pacho*, publicada en 1964, que, aunque tampoco es mencionada o reconocida por este crítico en su estudio, también cumple con los criterios establecidos para ser parte de dicha categoría y dar cuenta del fenómeno en una época tardía. Dos obras que permiten establecer un puente y hacer una comprensión mayor del fenómeno desde diferentes espacios, situaciones y particularidades que se presentan en el campo y en el que los sectores políticos tienen protagonismo, sin dejar de lado que en dichas obras hay un cuidado de la lengua, del tratamiento de los hechos y un desarrollo de los personajes que se enfrentan a sus propias creencias, ideologías y discursos hegemónicos que imperaban en aquel tiempo constituyendo una narración compleja con matices diversos en cuanto a la narración y la polifonía de los personajes.

Estas producciones literarias hechas por Téllez y Caballero Calderón centran su atención en el hecho estético reelaborando el fenómeno, convirtiéndolo en un medio para evidenciar el conflicto desde la creación, para dar cuenta de las múltiples historias y acontecimientos desatados en medio del fenómeno de la Violencia. Sus personajes se transforman a medida que avanza la historia, la narración comienza en algunos casos después de que ocurre la tragedia o en medio de ella, dando relevancia a lo que sucede con las víctimas y victimarios y a lo que sigue después de una masacre, de un asesinato:

Quienes vuelvan sobre el tema de la violencia en Colombia, tendrán que reconocer que el drama de ese tiempo no era sólo el del perseguido, sino también el del perseguidor. Que por lo menos una vez, frente al cadáver destrozado del pobre campesino, debió coincidir el pobre policía de a ochenta pesos, sintiendo miedo de matar, pero matando para evitar que lo mataran. Porque no hay drama humano que pueda ser definitivamente unilateral (García Márquez, 1959, p. 2).

Como lo planteó García Márquez (1959) durante el conflicto bipartidista, quienes escriben sobre la Violencia deben abarcar todos los elementos que allí se tejen, sin agotarse en el drama mismo que vive el personaje, el despojado, el que ha sido testigo o ha vivido el horror pues los agresores, los perseguidores y asesinos también tienen una historia, una forma de comprender la revolución misma y defender un color, un discurso. Todo ello enriquece la obra y amplía el horizonte de comprensión del conflicto armado desde nuevos focos y vértices.

Otra autora que plantea aspectos críticos con respecto a la literatura de la Violencia es Laura Restrepo (1985), con su trabajo *Niveles de realidad en la literatura de la “violencia” colombiana*, este texto constituye una forma de comprensión de la literatura de la violencia, la manera cómo empiezan a gestarse aquellas obras en medio del conflicto y los formatos en los que se plasma hasta consolidarse y diversificarse en géneros literarios.

Asimismo, coincide con los planteamientos de Escobar, en cuanto a que los primeros escritos literarios en torno al fenómeno de la Violencia son deficientes en la calidad estética y artística puesto que plasmaban en vivo aquella realidad descarnada, siendo los autores testigos de aquellas situaciones, teniendo así “una proximidad excesiva a los hechos” (Restrepo, 1985, p. 129) expuesta en las obras. Cuando la literatura comienza a distanciarse de los hechos y se concentra en los parámetros estéticos, las obras cobran mayor valor literario.

Dicho planteamiento entra a ser controvertido por otros autores como Osorio y Monroy, quienes como se verá más adelante flexibilizan esa categorización mediante la creación de grupos en las que las diferentes obras que se produjeron en medio del conflicto armado bipartidista pueden

hacer parte de la “Literatura de la Violencia”. A ello se añade que dichas producciones literarias no están sujetas a una fecha específica, puesto que en la actualidad pueden seguirse escribiendo obras que según los criterios dados por los autores pueden pertenecer a este tipo de literatura y tratar el fenómeno bipartidista desde una perspectiva actual (Monroy, 2011).

Restrepo (1985) realiza entonces un análisis de algunas obras de la Violencia, los diferentes niveles de realidad que las obras abordan, su visión de realidad y el grado de complejidad de las técnicas y recursos narrativos que se utilizan en las obras literarias. En dicho análisis, se encuentran obras que se apegan fielmente a la realidad, luego otras que acentuaban más dicha realidad, autores en los cuales se daba un proceso más rico de elaboración literaria, haciendo que “el tema se abordara desde niveles de la realidad menos obvios, más sutiles, como la fantasía, el sueño, la leyenda, el mito” (p. 167).

El tercer trabajo que abordaremos es realizado por Óscar Osorio (2003), *Anotaciones para un estudio de la novela de la Violencia en Colombia*, hace una contrapropuesta respecto a lo planteado por Escobar, puesto que presenta una reevaluación de la categoría de la “Literatura de la Violencia” y las obras que hacen parte de dicho periodo. Este autor plantea cuatro grupos para el estudio y análisis de la literatura de la Violencia en Colombia, en los cuales se inscriben diferentes producciones literarias en esta época en las que caben obras que dadas sus condiciones pueden pertenecer a uno de los grupos, como se verá a continuación.

En el primer grupo propuesto se encuentran obras que subordinan el hecho literario al hecho histórico, dando testimonio de sucesos reales, de situaciones tanto individuales como colectivas producto del fenómeno social dado en la época. En el segundo grupo se encuentran las novelas que intentan superar lo testimonial a través del análisis sociológico, buscando dar prioridad a la dimensión literaria.

El tercer grupo da prioridad al hecho literario sobre el hecho histórico, poniendo La Violencia como telón de fondo, como escenario en el que se van desarrollando una serie de historias y se van hilando las mismas a medida que avanza la narración. En cuanto a la cuarta y última categoría, esta hace referencia a las obras que procuraron mantener un equilibrio entre lo literario y lo histórico, en el justo medio, obras que vuelven sobre el fenómeno y sus múltiples expresiones, sin olvidar que se está recreando el fenómeno desde lo literario y lo que ello implica (Osorio, 2003).

Dichas categorías planteadas por Osorio al ser más flexibles frente a la producción literaria en el marco de la época de la Violencia, logran reunir y dar importancia a obras que no fueron incluidas inicialmente en la categoría o que simplemente fueron invisibilizadas por los críticos o estudiosos de este campo. En esta nueva clasificación y organización de obras literarias se encuentran el compilado de cuentos *Cenizas para el viento* y la novela *Manuel Pacho*, las cuales como ya se mencionó anteriormente no fueron incluidas en los estudios e investigaciones mencionados sobre Literatura de la Violencia y que de acuerdo con los criterios establecidos poseen las condiciones necesarias que dichos estudios establecen para ser consideradas como parte de este subgénero.

Leonardo Monroy (2011), con su trabajo *La novela de la violencia bipartidista y una reflexión sobre la violencia posterior*, dialoga en gran medida con lo que plantea Óscar Osorio, al cual incluso cita en el texto mencionado como uno de los referentes de su estudio. Monroy plantea algunas discusiones a nivel nacional en torno a la narrativa de la Violencia y sus similares como lo son la Literatura de la Violencia y la novela de la Violencia. De igual forma aborda ciertas características de ese tipo de literatura. Este autor plantea la idea de que hay diferentes niveles de reelaboración de la violencia,

Desde los que están mucho más ceñidos al hecho histórico y presentan una escritura más testimonial o con tendencias sociológicas y aquellos que, sin olvidar el problema de la violencia, se empeñan en el ejercicio de una construcción literaria con virtudes estéticas. En este sentido, existen diversas clasificaciones: de dos etapas (Augusto Escobar), de tres (Gustavo Álvarez Gardeazábal) y hasta de cuatro (Óscar Osorio) (Monroy, 2011, p. 31).

En esos niveles de reelaboración, Monroy expresa que en la narrativa de la Violencia la literatura colombiana se compromete más con la realidad nacional, con aquellos individuos que se encuentran inmersos en el conflicto bipartidista. A su vez, enuncia que dicha narrativa como concepto ya sea en cuento o novela tiene como trama central los conflictos, personajes y escenas propias del fenómeno de la Violencia.

Otro asunto relevante para este autor y que coincide a su vez con lo expuesto por Osorio, es el tratamiento del concepto de narrativa de la Violencia, la cual “tiene un límite temporal inicial- en 1946- pero no uno final” (Monroy, 2011, p. 39). Idea que amplía el espectro de posibilidades y clasificaciones de las obras que fueron producidas en medio del conflicto y que siguen siendo producidas, es decir, no hay un límite o fecha de terminación en la que una obra pueda ser parte de la categoría de la Literatura de la Violencia, puesto que si cumple con los criterios y calidad estética y literaria puede ser parte de la misma.

Dicha flexibilización se vuelve un aporte al campo literario en la medida en que permite incluir obras que no fueron consideradas en su momento por determinados factores o intereses particulares. De esta manera, los trabajos realizados tanto por Osorio como por Monroy se convierten en un precedente para futuros estudios y nuevas propuestas de análisis para las obras derivadas de este momento nacional.

El fenómeno de la Violencia en Colombia ha ido cambiando y tomando otras formas y matices, en donde son otros los protagonistas, otros los hechos y las formas de su estudio:

La violencia ha pasado, en la mayoría de los casos, de las luchas por ideas entre partidos -al menos así se presentaba en apariencia- a una voracidad por territorios propicios para el desarrollo de cultivos ilegales. La llamada “chusma” y los pájaros enfrentados en el pasado, se han transformado, en parte de la literatura nacional, en los insurgentes y paramilitares del presente (Monroy, 2011, p. 90).

La evolución de la Violencia se ha ido plasmando a través de las obras literarias que abordan dicha temática, haciendo que los escritores exploren otros espacios, otros accionares, formas de proceder, discursos e intereses de los nuevos personajes que se van sumando y van adquiriendo valor y relevancia en la comprensión del conflicto armado de mediados del siglo XX.

Los estudios presentados por parte de Escobar, Restrepo, Osorio y Monroy permiten comprender en mayor medida el proceso de consolidación de la Literatura de la Violencia y a la vez posibilitan un acercamiento desde diferentes ideas y postulados a dichas obras producidas en el marco del conflicto bipartidista. Asimismo, el fenómeno de la Literatura de la Violencia fue todo un acontecimiento o suceso porque tuvo un impacto en las demandas lectoras, por la diversidad de su recepción en instituciones, círculos de lectura de la época, en últimas las editoriales apostaron por dichas obras en la medida en que a través de dichas narraciones se visibilizaba una problemática y realidad nacional que dividía al país y que a su vez era consumida por un público lector que tenía acceso a dicha literatura.

En este tipo de literatura, se encuentran Téllez y Caballero Calderón como testigos de esta época que dan cuenta de este fenómeno mediante la escritura de cuentos y novelas, valiéndose de nuevas formas de narrar los hechos, utilizando un estilo propio, haciendo uso del flujo de conciencia, tratamiento del tiempo y el espacio, herencia de autores como William Faulkner y Virginia Wolf. La labor intelectual que ejercían los autores en el país ayudó a que sus obras cobraran relevancia en el campo literario y fueran conocidas por los lectores a nivel nacional e internacional.

El legado de estos escritores sigue siendo objeto de estudio en la comprensión del fenómeno de la Violencia y en su aporte a la literatura colombiana, por su calidad estética y literaria, la preocupación por el lenguaje, las pugnas internas que se viven en sus historias y la pregunta por lo humano de manera recurrente. Una literatura comprometida con su tiempo, que pone en diálogo asuntos dolorosos, y problemáticas políticas con elaboraciones literarias que contribuyeron a la configuración del campo literario colombiano de mediados del siglo XX.

En esta línea de sentido, escritores como Téllez y Caballero Calderón, asumen el compromiso con su época de manera intencionada pues ante las diferentes imágenes, historias, censura y represión del gobierno, usan el arma de la escritura para denunciar, develar, criticar y llamar la atención sobre lo que está sucediendo, sobre el abandono del Estado y la lucha incesante por el poder, por la tierra, por la vida. Sus obras responden a un estilo, a su bagaje y recorrido intelectual, pues como lo manifiesta Hernando Téllez “Para la creación de la verdadera obra de arte literaria se necesitan muchas cosas. Se necesita arte literario. Esto significa, a su vez, que son imprescindibles una vocación, una sensibilidad, un estilo y una cultura” (Téllez, 2017, p. 117).

El compromiso social de los escritores de la época, específicamente de Téllez y Caballero Calderón, será abordado en el siguiente capítulo. Allí se hará un recorrido por el tratamiento del concepto en el ámbito literario a partir de los autores que han hecho uso de este en el contexto local y foráneo y cómo ello entra en diálogo con el pensamiento e ideas propuestas por estos dos intelectuales colombianos.

Finalmente, dicho compromiso social se evidenciará en los cuentos y en la novela objeto de estudio, como parte constitutiva de las narraciones, reconociendo en estas creaciones literarias elementos clave de la relación con la realidad y el entendimiento de la nación en lo que para la intelectualidad de la época era su realidad y devenir.

Capítulo II. Hernando Téllez y Eduardo Caballero Calderón: el tratamiento de la Violencia en sus obras

Los escritores en Colombia han desempeñado una labor fundamental a través de la historia y del devenir cultural nacional, puesto que, por medio de sus obras y el uso de diferentes estrategias narrativas, han logrado la construcción de múltiples relatos y lecturas de los acontecimientos, la tradición de los pueblos, su cultura y pensamiento, además, mediante sus obras exploran los periodos que han marcado una nación o el mundo. Asimismo, es evidente que quienes escriben adquieren responsabilidad social con su época y con los acontecimientos sociopolíticos, entendido este último aspecto en un sentido amplio y no únicamente desde una perspectiva partidista.

Colombia ha sido un país marcado por la violencia en diferentes periodos, entre ellos se encuentra el conflicto armado bipartidista, que marcó un hito en la historia. La literatura no pudo ser indiferente ante esta realidad, por ello ha desempeñado una función social al visibilizar dichas problemáticas sociales, culturales, políticas e ideológicas y aportar en la consolidación de la nación, la construcción de identidad y la memoria del pueblo (Braun, 2018).

El fenómeno de la Violencia ocasionó una proliferación de obras literarias que pretendían dar cuenta de diversas maneras de la realidad latente, de los personajes, espacios y situaciones que hacían parte de este álgido momento de la historia colombiana. De esta manera, se gesta en muchos de los escritores de la época la idea de una *literatura comprometida*, entendida desde Sartre (1950) como una literatura libre, que está al servicio de la colectividad y que pretende generar cambios y transformaciones sociales a través de la pluma, teniendo en cuenta las respectivas proporciones con la propuesta de Sartre, pues los escritores colombianos están inmersos en un contexto diferente en relación con la autonomía y la profesionalización de su quehacer. Así pues, un escritor

comprometido con su obra y tiempo, “sabe que la palabra es acción, sabe que revelar es cambiar y que no es posible revelar sin proponerse el cambio” (Sartre, 1950, p. 53).

Para el caso del conflicto bipartidista en Colombia, los escritores que decidieron asumir un compromiso social con esta realidad tuvieron que enfrentarse a múltiples desafíos, señalamientos e incluso llegaron a ser blanco de la censura de sus obras literarias por parte del gobierno de turno. Un claro ejemplo es el caso de Hernando Téllez, quien publica su compilado de cuentos *Cenizas para el viento* en 1950, obra que no fue bien recibida por un sector político “el gobierno de Laureano Gómez lo consideró subversivo. A raíz de esta acusación le asignaron un censor que debía leer todas sus publicaciones” (González, 2018, p. 34). Situación que generó más tensión y restricciones, pero que aun así no logró silenciar al escritor puesto que decidió continuar con su labor desde otras esferas literarias que se verán más adelante.

La problemática de la época de la Violencia se convierte en sus años de inicio en un tema tabú o considerado lejano a las problemáticas de las grandes ciudades. De esa manera, es una opción para los escritores dedicarse a narrar la contienda bipartidista, sin embargo, no es una obligación literaria, por ello no todos lo hicieron, puesto que decidieron abordar otros temas que respondieran a sus propios intereses, proyectos o apuestas creativas. En este sentido, como lo propone García Márquez (1959) en su texto *Dos o tres cosas sobre “La novela de la violencia”*, los escritores deben tener libertad de escribir sobre diferentes temas, mucho más cuando el escritor no ha vivido la violencia o no ha tenido una relación directa con ella.

Entre los escritores que decidieron comprometerse con su tiempo a través de su producción literaria, se encuentran Hernando Téllez y Eduardo Caballero Calderón dos intelectuales colombianos que se destacaron en el campo literario, político, cultural, entre otros. Ellos hicieron visible la realidad que estaba enfrentando el país en el ámbito rural y urbano y ayudaron a crear

conciencia a una parte de la sociedad, específicamente la élite intelectual colombiana a la cual pertenecían. Asimismo, la élite social que integraban también fue persuadida e involucrada en este proceso, puesto que estos escritores no solo eran leídos por pares sino también por un sector social perteneciente a la vida política y económica, incluso periodística de vieja data, un circuito de élites históricas que eran receptores de sus obras.

La responsabilidad asumida por estos escritores y su preocupación por el contexto social y político de mediados de siglo XX en Colombia es el tema que guía este segundo capítulo. Por ello, se ahondará en lo que implica el compromiso social del escritor abordado por varios autores tanto nacionales como extranjeros, entre los que se destacan los postulados de Jean-Paul Sartre. Dicho concepto entrará en diálogo con las figuras de Téllez y Caballero Calderón y su labor en el campo literario colombiano. Finalmente, se hará el análisis de algunos cuentos del compilado *Cenizas para el viento* y fragmentos de la novela *Manuel Pacho* a la luz de esta categoría, evidenciando así, la manera en que se hace presente el compromiso de dichos escritores respecto al fenómeno de la Violencia al igual que sus aportes al campo literario y a la transformación social.

2.1. El compromiso social del escritor: el arma de la escritura

Jean Paul Sartre, filósofo, escritor y crítico literario francés, fue uno de los principales intelectuales que acotó el significado sobre el concepto del compromiso social del escritor a finales de la década del cuarenta. Sartre plantea que el escritor tiene una responsabilidad con el público lector, con la sociedad y la época a la que pertenece. Además, expresa que mediante diversas técnicas narrativas plasma su visión del mundo y por más que lo intente, no puede escapar a su propia realidad “Ya que el escritor no tiene modo alguno de evadirse, queremos que se abrace estrechamente con su época; es su única oportunidad, su época está hecha para él y él está hecho para ella” (Sartre, 1950, p. 9-10).

En este sentido, el escritor toma partido de la singularidad de su tiempo y expone ante el lector su interpretación y lectura de una situación para generar conciencia, utilizar la palabra como acción que puede revelar y esa es su forma de generar acción en el tiempo que lo asiste, podría decirse que incluso implicaría en muchos casos un “despertar”:

Llega el día en que la pluma se ve obligada a detenerse y es necesario entonces que el escritor tome las armas. De este modo, cualquiera sea el modo en que se haya venido al campo de las letras, sean cuales sean las ideas que se profesen, la literatura lanza al escritor a la batalla; escribir es cierto modo de querer la libertad. Si usted ha comenzado, de grado o no, queda usted comprometido (Sartre, 1950, p. 84).

Es así como la literatura adquiere una función social y se compromete con una realidad, con una colectividad, sin estar subordinada a un partido, a un sector, a una ideología, puesto que “La literatura, como el arte todo, contribuye al quehacer histórico, al quehacer social, pero implícitamente, es decir extra-programa, extra-juicio, de manera autónoma y no subordinada” (Téllez, 2017, p. 68). Asimismo, el público lector también participa y adquiere una responsabilidad en la medida en que se acerca a la obra e interpreta lo que allí se representa, revela o critica.

Respecto a la función social y política del escritor, es importante hacer hincapié en las ideas propuestas por el escritor español Juan Goytisolo, en sus diferentes ensayos, entre ellos *El Furgón de cola* (2005a) en el que considera que el compromiso social del escritor debe plantearse en tres planos: social, personal y técnico, alejándose así de una concepción instrumental de la literatura.

El primero de los tres compromisos, el *social*, se refiere a la responsabilidad social del escritor con la época y el mundo que lo rodea, para contribuir con su obra a un proyecto civilizador, aunque sea desde la provocación y con los recursos del humor, la ironía, la sátira; y este propósito se logra, en su criterio, en la medida en que la obra del escritor alcance a captar el espíritu de su época (Goytisolo, 2005a, p. 46).

En este primer compromiso, se hace evidente que Goytisolo aboga por un escritor que valiéndose de diferentes estrategias narrativas logra dar cuenta de su tiempo, de las problemáticas que aquejan a la sociedad en la que está inmerso, contribuyendo así a un proyecto nacional en el que se

encuentra inscrito. En cuanto al segundo compromiso, el *personal*, se presenta porque la literatura exige, entre muchas cosas, una confrontación interior y un ahondamiento en la propia subjetividad, dándose así un proceso constante de autoconocimiento, que nutre el campo de la experiencia personal y le ayuda a enfrentar las ideologías culturales que puedan llevar a la alienación y a la autocensura comprometiendo la personalidad y libertad del artista o del escritor (Goytisolo, 2005a).

El tercer compromiso, el *técnico*, está anudado al segundo, pues hace referencia a la búsqueda y la exploración en el lenguaje que debe emprender el escritor con el fin de responder a las diferentes exigencias artísticas del mundo contemporáneo puesto que es su compromiso con la literatura. Lo anterior depende en gran medida de los factores socioculturales e históricos de cada sociedad en los que se encuentra el escritor y que influirán en la forma cómo asuma cada uno de estos compromisos enunciados (Goytisolo, 2005a, p 62-65).

Es importante mencionar que una de las figuras más relevantes que influyeron en la producción literaria de Goytisolo fue justamente Sartre (El Sharkawy, 2000, p. 116). En este sentido, compartía con el filósofo francés su preocupación por la libertad del hombre, por las problemáticas de la época y la función social de la literatura.

Goytisolo se consideraba un escritor comprometido como el mismo lo menciona “Soy un escritor sin estrategia, que escribe con libertad: Sé que tiene precio y lo pago encantado” (El Sharkawy 2000, p. 56). Un hombre entregado a la lectura, la escritura y la crítica literaria, que no asistía a eventos literarios puesto que pensaba que la función del escritor iba más allá de asistir a tertulias “cosechar homenajes y premios, trepar a las alturas, convertirse en un bien nacional” (p. 18-19).

Estas y otras ideas en torno al compromiso social del escritor van a ser retomadas por el profesor Juan Fernando Taborda en el capítulo *Juan Goytisolo y el “árbol” de la literatura hispanoamericana* (2011), en el que hace una valoración de Goytisolo en torno a la modernidad literaria latinoamericana y resalta diferentes formas como los escritores asumen su responsabilidad cívica y artística y la singularidad literaria hispanoamericana.

Los aportes que hace el profesor Taborda a las ideas de Goytisolo radican en que, a partir de la lectura de diferentes ensayos literarios dedicados a la literatura hispanoamericana realizados por el escritor español, reflexiona en torno a la función social y política del escritor y su importancia en la historia, haciendo énfasis en la responsabilidad social del escritor en relación con las condiciones sociales, políticas y culturales en que este se encuentre:

No es lo mismo la responsabilidad del escritor en regímenes totalitarios (donde no existe una libertad de pensamiento y de palabra, y donde no están garantizadas las libertades individuales) o en sociedades con proyectos precarios truncados de modernidad, que en sociedades democráticas y con una vivencia más plena de la modernidad ilustrada (donde los derechos y las libertades son una realidad y están garantizados) (Taborda, 2011, p. 59).

De acuerdo con lo anterior, el escritor valiéndose de los recursos que tiene a su disposición asume una función crítica desde su propia autonomía, al brindar un contenido político y testimonial que contribuya al proyecto civilizatorio como en el primer tipo de sociedad mencionado o dedicarse a explorar su arte vinculado a la vida, asumiendo una responsabilidad social con su época.

Asimismo, Taborda continúa ahondando en la producción literaria de Goytisolo, las relaciones con otros autores de su tiempo ofreciendo un panorama literario hispanoamericano, en el que la literatura es un árbol de letras, como un sistema de correspondencias en conexión con diversas culturas, en donde el escritor tiene una función social y política relevante.

En relación con los compromisos que el escritor tiene con su tiempo, el texto del filósofo, y profesor colombiano Rubén Sierra Mejía *La responsabilidad social del escritor* (1988), permite

ahondar en esa función o misión social que el escritor tiene y que consiste en actuar como conciencia moral y crítica de la sociedad, siendo juez de los acontecimientos y problemáticas de su tiempo. La manera específica de cumplir con dicha misión es “opinando, no a través de las acciones burocráticas sino a través de la crítica, perturbando por así decirlo la conciencia de los conciudadanos” (p. 21).

Asimismo, para Sierra, el trabajador profesional, intelectual o artístico, hombre de pensamiento, términos con los cuales denomina al escritor, quien “ha conquistado una especie de investidura que lo habilita para discutir públicamente ciertos asuntos morales que conciernen a la sociedad, y a quien ésta de continuo pide cuentas” (1988, p. 14). Es decir, que el escritor tiene una responsabilidad social al tener el deber de participar en la esfera pública, haciendo uso de las facultades que la sociedad misma le ha dado y la cual a su vez está atenta a lo que este anuncie, controvierta, critique y proponga.

Las ideas expuestas por el profesor Sierra dialogan evidentemente con las presentadas y defendidas por Sartre. Sin embargo, este autor plantea que esa responsabilidad ha variado de acuerdo con la época, en lo cual concuerda con Goytisolo y Taborda en la medida en que Sierra expresa que no se debe caer en el error de juzgar el comportamiento de los escritores de un determinado momento, con escritores más antiguos o que se inscriben en otro tiempo, en otra sociedad porque estos están supeditados a unas condiciones específicas, intereses y poderes que intervienen en su accionar de manera directa o indirecta (1988, p. 15).

Por su parte, el profesor Carlos Rivas en su texto *Mito: una contribución a la historia del pensamiento en Colombia*, retoma los postulados de Sartre, en relación con el concepto de compromiso social del escritor, el cual según el autor se ve reflejado en los diferentes

colaboradores que tuvo la revista¹⁰ durante su publicación, entre los que se encuentran Hernando Téllez y Eduardo Caballero Calderón.

La importancia de esta revista colombiana fundada en 1955 por Jorge Gaitán Durán y Hernando Valencia Goelkel, radica en que nace en medio de un “ambiente de intolerante polarización social y política, de violencia generalizada y de anacrónica “cultura general” (Rivas, 2010, p. 98), por lo cual los textos publicados intentaron dar respuesta a la problemática que se estaba viviendo en el marco del conflicto armado bipartidista. Es importante aclarar que hubo otras publicaciones periódicas de la época que también abordaron el tema de la Violencia en Colombia.

También, en dicha revista se apostaba por la necesidad de que los escritores contribuyeran a la transformación de la sociedad, cambiando así la condición social del hombre y la concepción que este tiene de sí mismo, postulados fundamentados en las ideas de Sartre presentadas en su revista *Les Temps Modernes*, una de las fuentes que orientó el proyecto editorial de *Mito*.

Téllez y Caballero Calderón, participaron en la revista *Mito* desde su perspectiva del compromiso social, espacio en el cual expresaron sus preocupaciones en torno a la relación literatura-sociedad y donde se gestaron importantes reflexiones y aportes al campo literario y cultural colombiano de la época. Dichas reflexiones fueron difundidas en diversas publicaciones periódicas, ejemplo de ello son las colaboraciones hechas en la revista *Universidad*, *El Nacional* de Caracas, *Lecturas Dominicales* de *El Tiempo*, *El liberal*, *Sábado* y el *Magazín Dominical*, entre otras. Eran publicaciones de importancia nacional en el ámbito cultural y político que tenían un

¹⁰ *Mito* fue un proyecto ético y estético fundado por el poeta Jorge Gaitán Durán. Se ocupó entre muchas cosas de “aquellas problemáticas locales y concretas que con dramática evidencia afectaban al conjunto de la sociedad colombiana” (Rivas, 2010, p. 120). Fue un espacio en el que se reunieron diversos intelectuales preocupados por su tiempo como Gabriel García Márquez, Álvaro Mutis, Pedro Gómez Valderrama, Baldomero Sanín Cano, Eduardo Caballero Calderón, por solo mencionar algunos de ellos.

alcance amplio con respecto al público lector, favoreciendo así la circulación de ideas de los escritores respecto a la coyuntura en que se encontraba el país.

En este punto, se hace necesario dar claridad frente al caso colombiano, puesto que como lo menciona Sierra (1988), la responsabilidad social del escritor abordada por Sartre se plantea en términos de lo ideal y lo que debería cumplir todo escritor. Fueron varios los casos en Europa en donde dicho compromiso pudo hacerse evidente e incluso llegar a intervenir en la realidad del momento como ocurre en los casos del mismo Sartre, Flaubert o Zola. Aun así, esta responsabilidad del escritor varía en cada época y por ende su alcance va a estar condicionada por diferentes factores.

Dichos factores hacen referencia a las condiciones sociales, políticas, económicas, los principios y bases que rigen esa sociedad en particular, entre otras, en las que se encuentra quien escribe, puesto que cada sociedad estará en unas determinadas dinámicas según el tiempo y de ello dependerá la función del escritor:

Mal haríamos entonces en juzgar el comportamiento del escritor de nuestro tiempo con los principios éticos que juzgaríamos a un renacentista, por ejemplo. Como mal haríamos en pretender señalar el valor estético de una obra romántica con cánones poéticos provenientes de otra escuela. Nuestra época es sin duda la que mayores responsabilidades sociales le exige al hombre de letras (Sierra, 1988, p. 16).

Es así como este filósofo colombiano pone sobre la mesa la necesidad de tener en cuenta los factores y las condiciones propias de una época para exigirle al escritor profesional o intelectual artístico cuentas sobre su función y responsabilidad social, pues este se encuentra en medio de una serie de dinámicas, procesos, organizaciones y relaciones de poder que implican tomar decisiones, teniendo que enfrentarse a múltiples obstáculos en pro de la misión que tiene como hombre de letras y respecto a la crítica que este debe hacer frente a lo que se presenta ante sus ojos.

En relación con lo anterior, Téllez y Caballero Calderón asumieron un compromiso social con la escritura a través de sus obras literarias, en la medida en que visibilizaron una problemática latente en la sociedad que era desconocida o censurada. Sin embargo, ellos no logran intervenir en la realidad de la época de la Violencia como si es el caso de Voltaire y Zola en el contexto francés quienes toman acción frente a la injusticia y mueven los cimientos de una sociedad, de tal forma que ya no puede ser la misma.

Aun así, la labor de estos dos intelectuales colombianos sigue siendo importante, puesto que ayudaron en la medida de sus posibilidades a transformar desde su círculo social el pensamiento de los miembros de la intelectualidad colombiana, para que estos tomaran conciencia de los complicados hechos sociales y políticos de mediados del siglo XX y se ampliara la visión y comprensión respecto al fenómeno de la Violencia, sin olvidar su aporte al campo de la literatura colombiana.

Los cuatro intelectuales abordados en cuanto al concepto de compromiso social coinciden en que el escritor está comprometido con su época, con la búsqueda de libertad, haciendo uso del arma de la escritura, de su capacidad crítica y moral, de su conocimiento, de las herramientas de las cuales dispone y su posición privilegiada en muchos casos.

Téllez y Caballero Calderón también proponen sus ideas del compromiso social del escritor en el compilado de cuentos y la novela respectivamente, puesto que en dichas obras se trasciende el hecho histórico para dar mayor lugar y preponderancia al hecho estético, a la construcción de personajes y la transformación de estos. Se abordan importantes temas en medio del fenómeno de la Violencia como lo son la muerte, la revolución, la condición humana, el abuso de poder, lo sacro, la memoria y los conflictos éticos de los actores del conflicto, entre otros, que van a permitir

una mayor comprensión de este fenómeno en Colombia desde diferentes enfoques e intencionalidades.

Además de haber escrito sus obras en el marco del conflicto armado bipartidista, a estos escritores los une también algunas de las labores que ejercieron en el ámbito cultural, el haber coincidido en diferentes proyectos literarios como la revista *Mito y Sábado* y otras publicaciones periódicas relevantes de la época. De igual manera, los aportes de los dos autores al campo literario nacional siguen siendo referentes de estudio y haciendo eco en diversos frentes.

Lo anterior, será abordado en los próximos apartados en la medida en que permiten profundizar e identificar la manera como cada uno de los escritores abordó la problemática de la Violencia en sus respectivas obras a partir de la lectura de dicha realidad, sus cargos y posiciones sociales al igual que su papel en la sociedad.

2.2. Téllez: un intelectual comprometido con su tiempo

Hernando Téllez nace en Bogotá el 22 de marzo de 1908 y muere en la misma ciudad el 8 de enero de 1966. Fue escritor, crítico literario, periodista y diplomático. Colaboró con importantes publicaciones de mediados del siglo XX. Incursionó en la política al apoyar en 1930 la candidatura de Enrique Olaya Herrera, tiempo en el que se da la caída de la Hegemonía Conservadora y el nacimiento de la llamada República Liberal.

Gracias a su vínculo con el partido Liberal logra ingresar en 1934 al Consejo de Bogotá. Siete años más tarde, sería nombrado cónsul en Marsella por el presidente Alfonso López Pumarejo, ejerció dicho cargo durante un año acompañado por su familia. De regreso al país logra compilar sus artículos publicados en revistas y periódicos en un primer libro titulado *Inquietud*

del mundo (1943), texto en el que incorpora varias notas sobre autores franceses de alto reconocimiento, obra en la que se deja ver su relación con Francia y sus literaturas.

Téllez fue un lector asiduo de la literatura francesa, especialmente de autores como Proust, Flaubert, Stendhal, Cocteau y Mauriac. A ello se suma el hecho de haber realizado varias traducciones del francés, lo cual permitió que el público colombiano se acercara a estos autores, sus obras y visiones de mundo. Los escritos de Téllez están permeados por esta influencia literaria, lo cual se deja entrever en el desarrollo de sus narraciones, sus personajes, su preocupación por la condición humana, la soledad, el papel del olvido, el tiempo e incluso la memoria.

Su afición a la literatura francesa, a lo francés, al pueblo y al paisaje franceses, a las ciudades, a las costumbres, a la vida de Francia, fue sincerísima y depurada de todo snobismo. Muy pocos franceses conocieron a Francia y a sus letras tan profundamente como Téllez. Y sus defectos vienen de Francia, tanto como sus cualidades de escritor. Pero, al mismo tiempo, españolísimo. Muy poco criollo, a la verdad (Lleras, 2003, p. 35).

En su cargo como cónsul vivió de cerca la situación de huida de los españoles que intentaban escapar de la Guerra Civil en España y buscaban salir a Francia, de tal forma que el problema de los refugiados termina generando en el autor diferentes preguntas por la dimensión humana, dichos pensamientos sobre el cierre de fronteras para los refugiados fueron temas de disertación en algunos de sus ensayos, recopilados en el libro *El Diario* publicado en 1946 (Lleras Camargo, 2003).

Cuando regresa a Colombia, Alberto Lleras Camargo lo nombra subdirector del periódico *El Liberal*, espacio en el cual tenía como labor informar a los lectores sobre los acontecimientos diarios de la guerra que se daba en Europa. Pasados 4 años, renuncia a esta labor y acepta el cargo de jefe de propaganda del consorcio Bavaria. Allí traduce varios textos en francés que publica en la *Revista de las Indias* (González, 2018).

En el periodo de 1943 a 1956, publica varias de sus obras; *Bagatelas* (1944), *Luces en el bosque* (1946), *El Diario* (1946), *Cenizas para el viento* (1950), *Literatura* (1951), *Literatura y sociedad* (1956). Posterior a su muerte, se publican las obras *Textos no recogidos en libro* (1979), *Nadar contra la corriente* (1996), las cuales recogen los pensamientos del autor en el ámbito literario. Por último, el Instituto Caro y Cuervo publica tres proyectos editoriales de gran relevancia para la historia de la crítica literaria en Colombia, los cuales estuvieron a cargo de Carlos Rincón, en su reconocida labor como editor. Dichos proyectos fueron *Crítica literaria I 1936-1947* (2016), *Crítica literaria II 1948-1956* (2017) y *Crítica literaria III 1957-1967* (2017), los cuales constituyen un esfuerzo por recoger toda la producción crítica del escritor.

Téllez, en 1946 renuncia al cargo en Bavaria para dirigir *Semana*, espacio donde realiza varias publicaciones de notas y artículos de interés nacional. Aportó significativamente a la modernización de la revista y al rol del periodista. En medio de la agitación ocasionada por el asesinato del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán, acontecido el 9 de abril de 1948, realiza una crónica sobre dichos acontecimientos, que fue acompañada de fotografías desgarradoras. Tuvo tanta relevancia este trabajo periodístico que el escritor comenzó a recibir material sobre dicho suceso “sobres de manila con fotografías de cadáveres amputados que evidenciaban el carácter de la violencia que comenzaba en todo el país. Los emisarios buscaban que denunciara estas atrocidades en la revista” (González, 2018, p. 34).

Indiscutiblemente todos esos hechos influenciaron la obra de Téllez, especialmente, el compilado de cuentos *Cenizas para el viento* (1950), hecho detonante que generó que sus publicaciones fueran vigiladas y revisadas por un censor enviado por el Gobierno, puesto que exponía las historias no contadas o tergiversadas al pueblo (González, 2018). En 1955, colabora con la revista *Mito*, fue este uno de los espacios donde el escritor pudo expresar sus

preocupaciones en torno a la realidad del país y donde se concibieron importantes ideas, reflexiones y aportes al campo literario y cultural de la época.

En 1957 es derrocado el régimen militar del General Rojas Pinilla, después de una huelga liderada por empresarios. Alberto Lleras Camargo, entabla diálogos con Laureano Gómez quien se encuentra exiliado en España, con el fin de concretar un pacto que de fin a la ola de Violencia en el país. Este acuerdo político da como resultado que Lleras Camargo sea el primer presidente del Frente Nacional, lo cual Téllez ve como una salida a la pugna entre partidos.

Dos años después, Hernando Téllez, renuncia a Bavaria y asume el cargo público de Embajador de Colombia ante la UNESCO en París. Para aquel momento el autor ya tenía una autoridad establecida como crítico literario, seis libros publicados, experiencia en dirección de revistas y había colaborado con múltiples revistas, por ende “Era el intelectual más destacado de su generación” (González, 2018, p. 36).

Después de un año de estadía en París en el cargo de embajador, decide regresar a Bogotá y retomar su puesto como secretario general en la empresa Bavaria, puesto que dicho lugar le ofrecía buenas posibilidades económicas a la vez que continuar con sus labores de escritura produciendo diferentes artículos sobre autores colombianos y latinoamericanos, en su labor como crítico literario (González, 2018, p. 39-40).

Este prosista bogotano logró consolidarse a través de sus escritos, lecturas y compromiso con su labor como un intelectual preocupado por la realidad nacional, por las historias que merecían ser contadas, por la necesidad de conocer otras perspectivas y de entablar diálogos con otras culturas. Téllez como testigo de su época, construye sus relatos permeados por el fenómeno

de la Violencia en Colombia, haciendo nuevas propuestas literarias, nuevas apuestas estéticas y el empleo de una prosa rica productos de sus influencias e ingenio literario.

2.3. Eduardo Caballero Calderón: un escritor de la élite colombiana en medio de la Violencia

Eduardo Caballero Calderón, nació en Bogotá el 6 de marzo de 1910 y murió en la misma ciudad el 3 de abril de 1993. Fue escritor, periodista, diplomático y político. Hijo de Lucas Caballero Calderón, General y jefe del Estado Mayor Liberal en el Cauca y en Panamá durante la Guerra de los Mil Días, hermano del caricaturista Luis Caballero Calderón (Klim), padre del pintor Luis Caballero Calderón y del periodista Antonio Caballero Calderón. Estudió en el Gimnasio Moderno en donde fundó el periódico estudiantil *El Aguilucho*, allí daría sus primeros pasos en el periodismo.

Cursó Derecho en la Universidad Externado de Colombia, luego comenzó como corresponsal en el periódico *El Espectador*. En 1938 pasó a trabajar en el periódico *El Tiempo*, en donde tenía una columna que firmaba con el seudónimo de Swann, pues era admirador del escritor Marcel Proust. Como lo menciona Acevedo (2010) fueron “diarios en los que reveló su verdadero temple de ensayista y analista de la sociedad colombiana” (p. 120). También, colaboró con otras revistas de gran importancia en el ámbito académico como fueron *La Razón*, *Revista de las Indias*, *Mito* y *Sábado*.

En el marco de la hegemonía liberal (1930 - 1946), Caballero Calderón pasa a ejercer los primeros cargos públicos en la Asamblea de Boyacá y en el Departamento de Información y Prensa del Ministerio de Relaciones Exteriores. Gracias a esta experiencia y las condiciones favorables que tenía en aquel momento pudo iniciar una carrera política (Murillo, 2021).

Su actividad literaria y periodística fue en aumento, lo cual hizo que participara de manera más constante en la prensa, llevándolo a publicar su primer libro *Caminos subterráneos: ensayo*

de interpretación del paisaje (1936) y posteriormente *Tipacoque, estampas de provincia* (1941). En 1937 comienza a viajar por Latinoamérica, deteniéndose en Lima entre 1939 y 1941, debido a que en ese periodo estuvo trabajando como secretario de la Embajada de Colombia (Murillo, 2021, p. 729).

Después de 1941 se radica en Buenos Aires con el fin de acompañar a su padre en la Embajada de Colombia en Argentina. La muerte de su padre hace que regrese al país en compañía de su esposa Beatriz y que retome su trabajo como corresponsal en *El Tiempo*. En 1943, Caballero Calderón se vuelve diputado por Cundinamarca y un año después interviene en la fundación de la Alianza Nacional Revolucionaria (Murillo, 2021).

Este regreso implicaría que su carrera como escritor se catapultara, puesto que se producen ensayos de gran relevancia como *Latinoamérica, un mundo por hacer* (1944), *Suramérica tierra del hombre* (1944, reeditada en 1955), *El Nuevo Príncipe: ensayo sobre las malas pasiones* (1945), y algunos relatos presentes en la obra *El arte de vivir sin soñar* (1943).

Además, se posicionará en el campo intelectual colombiano debido a una mención honorífica por su ensayo *Suramérica tierra del hombre*, obtenida en el segundo concurso de literatura de la Unión Panamericana, la editorial Unión Panamericana y la editorial neoyorkina Farrar & Rinehart en 1943 (Carrillo, 2019) y meses después se daría su nombramiento como miembro de la Academia Colombiana de la Lengua.

Este logro hizo que su figura comenzara a proyectarse a nivel internacional, Caballero Calderón fue presentado en la ceremonia como un “paladín del hispanismo” y un “tradicionalista” preocupado por el futuro de la lengua, la obra de Cervantes, los autores del Siglo de Oro y los escritores de la generación del 98 (Gómez Restrepo, p. 9). Un reconocimiento a su labor, convicción y compromiso con las letras, con la cultura, con la literatura.

En 1946 fue Encargado de Negocios en España, y por ende tuvo que irse a vivir en Madrid, donde permaneció hasta el año 1948. Allí escribió *Breviario del Quijote* (1947), en donde daba cuenta de su lectura personal de la obra célebre de Miguel de Cervantes Saavedra. También, escribió *Ancha es Castilla* (1950). Fue nombrado como miembro de la Real Academia de la Lengua en 1947 a la vez que fue invitado a la II Asamblea Cervantina el mismo año.

A causa de las buenas relaciones establecidas en España y a su publicación con la editorial Afrodisio Aguado, casa entonces dirigida por Manuel Sanmiguel, Caballero Calderón publica con dicha editorial la obra *Cervantes en Colombia* (1948), que también trajo para el autor mayor reconocimiento y visibilidad. Sin embargo, sus funciones desempeñadas a nivel político en España tuvieron que terminar debido a la eclosión de violencia en Colombia por la muerte del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán.

Un año después de regresar al país, publica el texto *Cartas Colombianas* (1949) en el que denuncia la álgida situación que estaba viviendo el país en zonas como La Guajira, Santander, los Llanos Orientales, Boyacá y Pasto. También, aparece su obra *Diario de Tipacoque* (1950) en el que el autor da cuenta de cómo los campesinos se enfrentaban a los cambios sociales y políticos propios de la época. Ya para el año 1952 publica la novela *El Cristo de espaldas*, que aborda el fenómeno de la Violencia política en Colombia y el papel de la Iglesia en dicho conflicto. A esta obra literaria le siguió *Siervo sin tierra* (1954). Posteriormente, se unieron las obras *La penúltima hora* (1955), *Manuel Pacho* (1962), *El buen salvaje* (1966) con la cual obtuvo el Premio Nadal, *Azote de sapo* (1975), *Historia de dos hermanos* (1977), el relato *El cuento que no se puede contar y otros cuentos* (1981) y *Bolívar, una historia que parece un cuento* (1983)¹¹.

¹¹Aparte de las obras literarias mencionadas se encuentran otros géneros ensayísticos en los que Caballero Calderón se desarrolló, como lo son las obras *Americanos y europeos* (1956), *Historia privada de los colombianos* (1960), *Los campesinos* (1962) *Tipacoque de ayer a hoy* (1979) *Hablamientos y pensadurías* (1979). También se encuentran en su

Retomando sus labores como servidor público, Caballero Calderón fue registrador nacional desde 1942 hasta 1949, alcalde de Tipacoque en Boyacá de 1968 a 1971, colaboró con la Biblioteca Aldeana de Colombia, específicamente en la *Antología de periodistas* (Boletín Cultural y Bibliográfico, 2003). Fue socio fundador en 1954 de la Editorial Guadarrama en Madrid, esta editorial publicó, entre otros textos, varios libros de Caballero Calderón y de autores colombianos como Andrés Holguín, Tomás Rueda Vargas, José Asunción Silva, entre otros. En 1957 dirige junto con Alberto Zalamea, el primer Festival del Libro Colombiano, uno de sus últimos proyectos editoriales es la dirección de la colección “Cimas de América”.

A lo anterior se añade su participación en diversos proyectos culturales y artísticos como la creación del radioperiódico *Onda libre* fundado por el autor en compañía de Eduardo Zalamea, José Mar y otros intelectuales “entre los colaboradores de este proyecto se encontraban Hernando Téllez, Armando Solano y Rafael Azula Barrera” (Bermúdez, 2020, p. 34). Después fue director de la emisora A.B.C., el Mundo en Bogotá, sin embargo, el nombre tuvo que ser cambiado porque el Gobierno lo rechazó diciendo que era una emisora de la oposición y que el nombre no estaba autorizado, por lo cual se nombró finalmente como H. J.C. K.

2.4. Ideas intelectuales y relaciones entre Téllez y Caballero Calderón

Las relaciones entre Hernando Téllez y Eduardo Caballero Calderón son evidentes en la medida en que decidieron escribir en medio del fenómeno de la Violencia, a partir de diferentes colaboraciones en revistas de renombre de la época, además, ambos publicaron tanto narrativa como ensayos que permitieron hacer visible una realidad que azotaba al país y que reclamaba ser narrada, teniendo

producción literaria se hallan *La historia en cuentos* (1953), *Memorias infantiles* (1964) *Yo, el alcalde: soñar un pueblo para después gobernarlo* (1972) y de manera póstuma la obra *La piedra filosofal* (2000).

presente que muchas de las historias y situaciones particulares del conflicto bipartidista eran desconocidas o censuradas por el Gobierno de turno.

Dicho Gobierno se encontraba en aquel momento en crisis puesto que la idea de una administración democrática y pacificadora que había sido presentada ante los ciudadanos se estaba fracturando ante las acciones de represión, persecución y violación de derechos que padecía el pueblo en diferentes regiones. Fue así que se presentaron divisiones entre el mismo partido y a su vez llevó a que se conformaran bandas como respuesta al abuso de poder, la indiferencia y sometimiento en que se encontraba la ciudad, en especial el campo colombiano.

En este sentido, los dos escritores al pertenecer a la élite colombiana se valieron de la posición que ocupaban, los recursos y relaciones que tenían en aquel momento para dar cuenta de la Violencia. Dicho sector de la sociedad fue entonces en su gran mayoría el destinatario y público lector de las publicaciones periódicas y las diferentes obras literarias que produjeron Téllez y Caballero Calderón en la época.

Escribir para la élite intelectual y social implicaba llamar la atención sobre un fenómeno que estaba destruyendo la nación, generando divisiones, enfrentamientos y masacres. Asimismo, se estaba cuestionando la crisis que el gobierno vivía y que sus decisiones y modo de proceder estaban beneficiando a unos y condenando a otros. Ante dicha situación, las obras de estos escritores estaban siendo una respuesta ante aquella realidad y de algún modo contribuían en un despertar, en una invitación a los miembros de este grupo selecto para tomar conciencia sobre una problemática que se había extendido por todo el territorio y que parecía no tener fin.

La violencia rural que se había desencadenado en el país se conoció de forma limitada en ciudades como Bogotá, y especialmente entre sus circuitos. Por ello, la labor de Téllez y Caballero Calderón fue importante y al mismo tiempo complementaria de la labor periodística. La posición

que ocupaban en el campo literario y su vínculo con la élite social urbana dio otra credibilidad a los acontecimientos de aquel momento, a su extensión y alcance, a la violencia y su repercusión en la vida nacional.

A lo anterior, se suma el hecho de que gracias a las colaboraciones que hicieron los escritores en algunas revistas culturales, lograron que sus producciones literarias e ideas intelectuales tuvieran un mayor alcance en la población colombiana, teniendo en cuenta que el acceso a las publicaciones periódicas era restringido por el costo de las mismas y la tasa de analfabetismo que predominaba en la época era alta puesto que llegaba a un 64% (Zapata y Aranzazu, 2020).

Téllez y Caballero Calderón al hacer parte de estas publicaciones ya fuese en el rol de colaboradores o editores, afirmaron su compromiso social en la medida en que desde dicho espacio se atrevieron a tratar un asunto polémico y controversial que podría traerles muchos problemas por parte del Estado, quien para aquel momento ya había establecido una censura a la prensa en todo el territorio nacional mediante el Decreto 053/40¹² que les permitía controlar la circulación de ideas “fue una estrategia de los gobiernos para ocultar la grave situación de orden público que vivía el país, aunque en versión de los mandatarios, con ella evitarían la confrontación bipartidista y el afianzamiento de rencillas políticas” (Acuña, 2013, p. 243).

A pesar de la censura de la que fueron objeto y el control ejercido por las autoridades del momento, estos dos intelectuales no dejaron de publicar y poner en escena sus ideas y postulados frente a la situación que vivía el país. En este sentido, se valieron de diversas estrategias para

¹² Estableció la censura de prensa en todo el territorio nacional; esta función fue delegada a los gobernadores, intendentes y comisarios, quienes deberían vigilar el funcionamiento de los medios, el cumplimiento de la censura y tendrían la facultad para cerrar la emisora o periódico que no cumpliera con las disposiciones adoptadas por el Gobierno (Acuña, 2013, p. 248).

continuar asumiendo su compromiso social desde las letras y así seguir haciendo visible una problemática nacional:

Si algún mérito hay que reconocer a la censura es el de haber estimulado la búsqueda de las técnicas necesarias al escritor para burlarla e introducir de contrabando en su obra la ideología o temática «prohibidas». Bregados con la experiencia de nuestros fracasos, los escritores hemos aprendido el manejo de la astucia (Goytisolo, 2005b, p. 56).

Como lo menciona Goytisolo (2005b), y teniendo en cuenta los casos de Téllez y Caballero Calderón, la censura impulsó la búsqueda de formas y estrategias necesarias para seguir abordando y poniendo en cuestión las injusticias, la represión, las masacres y la indolencia del Gobierno ante las necesidades manifiestas de un pueblo que se encontraba dividido y que estaba siendo desangrado a causa de la sed de poder, de la distribución inequitativa de la tierra, de las creencias e ideologías, de la defensa de partidos políticos, de la tradición y de la libertad.

La publicación de obras literarias y ensayísticas por parte de estos dos intelectuales en medio del fenómeno de la Violencia contribuyeron en la visibilización de una problemática, en el tratamiento estético y literario de aquellas historias que de forma atroz estaban padeciendo las víctimas del conflicto armado bipartidista y que debía ser contada. Además, las labores que ejercieron en el ámbito político les dio mayor reconocimiento y posibilidades para dar cuenta de la realidad colombiana, ser escuchados, leídos y tomados en consideración por una parte de la sociedad.

Sin embargo, es importante mencionar que no solo hay coincidencias entre los autores en el abordaje e interés del fenómeno de la Violencia sino también diferencias entre los mismos en cuanto a que cada uno de ellos decidió dar cuenta de esta problemática a través de dos géneros literarios distintos, en el caso de Caballero Calderón se dio una predilección por los ensayos, producción de cuentos y novelas y contribuciones a revistas de la época, mientras que Téllez optó

por la crítica literaria, colaboraciones para publicaciones periódicas, ensayos, crónicas y por último sus cuentos.

En esta línea de sentido, también se presenta una contraposición en el género literario seleccionado para hablar de esta coyuntura nacional como fue la novela en Caballero Calderón y el cuento en Téllez. Asimismo, se da una relevancia a determinados personajes y espacios de acuerdo al vínculo, experiencia y trayectoria de los escritores como se explica a continuación:

Las novelas de Caballero se centran en el campo, un espacio por el que el escritor profesa de manera abierta en sus publicaciones un amor y compromiso, de ahí que sea su escenario predilecto. A su vez, los personajes que hacen parte de sus historias son campesinos, víctimas del conflicto y quienes tienen que padecer los efectos de una contienda bipartidista que termina desangrando al país. Es así como toda la relevancia se centra en estos personajes, su trayectoria, desplazamiento, sufrimiento, muerte y lucha por la tierra como puede verse en novelas como *El Cristo de espaldas* (1952), *Siervo sin tierra* (1954) y la novela objeto de estudio *Manuel Pacho* (1964).

Otra evidencia del compromiso social de Caballero Calderón es el artículo que realiza a su regreso al país a petición del director del semanario *Sábado* en 1948, el cual le pide hablar de la política colombiana. Una tarea difícil ya que se encuentra en medio de la eclosión de la violencia a causa del asesinato del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán el 9 de abril de ese mismo año y del cual no fue testigo. Sin embargo, haciendo varias precisiones sobre su desconcierto y necesidad de conocer con mayor detalle lo sucedido, expresa:

Pero tampoco puedo permanecer más tiempo silencioso, cuando por multitud de razones (la primera de las cuales es mi profesión de escritor, que me impone la obligación de escribir) debo decir lo que pienso sin perjuicio de que más tarde tenga que rectificar o enmendar las impresiones iniciales (Caballero Calderón, N°282, 1948, p. 1).

En dicho artículo, este escritor manifiesta su preocupación latente por el devenir de su nación, por la violencia generada en el territorio, por la continuidad de las publicaciones periódicas al servicio del Gobierno, de los que imperan desde hace tiempos, entre otros asuntos relevantes. Las ideas expuestas en este artículo sin duda reflejan el compromiso de este escritor con su época, con la problemática social que aquejaba a la nación.

En cuanto a Téllez, es de destacar que como el mismo lo menciona “La literatura, como el arte todo, contribuye al quehacer histórico, al quehacer social, pero implícitamente, es decir extra-programa, extra-juicio, de manera autónoma y no subordinada” (Téllez, 2017, p. 458). De ahí que haya asumido una responsabilidad social con su pueblo y que a pesar de la censura haya continuado desde otras esferas literarias denunciando y criticando el abuso de poder, las masacres y dándole voces a quienes de una u otra forma se vieron involucrados en esta contienda.

Téllez en sus cuentos sí le da una voz y figura a los asesinos y ejecutores de las más cruentas acciones, como puede verse en el personaje del Capitán Torres del cuento “Espuma y nada más”, que muestra su lado humano y reflexiona sobre sus propias decisiones en medio de la contienda. Dicho protagonismo también tiene lugar en el cuento “Preludio”, al mostrar como un simple hombre que le ha sido entregado un arma, termina siendo parte de la revolución y asesina a otro hombre, mostrando así su proceso de transformación y vínculo con ese grupo iracundo e incendiario que recorre las calles de aquel lugar. Este y otros ejemplos dan cuenta de la importancia y elección que tienen estos personajes para Téllez en sus narraciones. Asimismo, la ciudad también es protagonista de sus historias de tal forma que brinda un panorama más amplio de lo que sucedió en estos dos ámbitos en el momento en que la ola de violencia se diseminó por todo el territorio colombiano.

Respecto a su participación en cargos políticos, tanto Téllez como Caballero Calderón desempeñaron funciones de representación nacional, entre las que se encuentran el haber sido embajadores y haber ejercido cargos diplomáticos importantes en diferentes periodos. Su participación en la esfera política les permitió relacionarse con otros dirigentes a nivel nacional e internacional, ampliar su mirada e intercambiar ideas, experiencias y formas de escritura respecto a otras culturas y corrientes literarias que nutrieron su trabajo de múltiples maneras.

En el ámbito literario, los dos escritores comenzaron desde jóvenes una estrecha relación con el periodismo al colaborar en publicaciones periódicas importantes de la época y atreverse a plasmar la realidad desde diversas perspectivas. Además, tenían una afición por la literatura francesa, un ejemplo claro de ello es su admiración por el escritor francés Marcel Proust, influencia que puede verse plasmada en sus obras en cuanto al tratamiento del tiempo, la estructura de las narraciones, el asunto de lo humano, la memoria, entre otros aspectos.

También es interesante cómo, desde las producciones literarias, los escritores aportaron al campo literario colombiano, al proponer nuevas perspectivas en la forma de abordar la Violencia y tratar las historias que de allí se desprenden, dándole mayor importancia al hecho estético, al drama que viven las víctimas, a las reflexiones e inquietudes que tienen los personajes en medio de la situación en la que se encuentran, esto a través de la polifonía y el juego con los narradores y al mismo tiempo dando cuenta de las transformaciones que sufren los personajes a nivel psicológico a medida que se desarrolla la narración.

De igual forma, estos dos escritores abogan por un estilo propio en el tratamiento de una coyuntura de orden nacional, visibilizando realidades silenciadas o amañadas por unos intereses particulares del Estado. También, sus obras dan cuenta del conocimiento y dominio de la lengua, la necesidad de mantener un equilibrio en la narración, de presentar una técnica en el

desenvolvimiento de las escenas, introduciendo al lector en la situación que se narra para que este participe y asuma una postura frente a lo que allí se está denunciando o cuestionando.

En medio de esa escritura y propuesta narrativa que plantean Téllez y Caballero Calderón hay una preocupación manifiesta por la situación que se vive en el campo y en la ciudad a raíz del conflicto armado bipartidista, de ahí que estos sean los escenarios predilectos de los escritores en sus obras literarias, un ejemplo de dichas obras son el compilado de cuentos *Cenizas para el viento* y la novela *Manuel Pacho*. Allí la mayoría de las tramas se desarrollan en el campo, específicamente en regiones como los Llanos Orientales, una de las regiones más golpeada por la Violencia.

Finalmente, las relaciones entre Téllez y Caballero Calderón se centran en una apuesta por nuevas formas literarias y estéticas en el tratamiento del fenómeno de la Violencia en Colombia, el uso y cuidado de la lengua, la preocupación por las víctimas, superando el carácter partidista y testimonial que se encontraba en muchas de las obras de aquel tiempo. Aun así, es importante mencionar que cada escritor lo hizo de una manera diferente y bajo diferentes premisas y géneros literarios que daban cuenta de su compromiso social y su relación o vínculo con la realidad, con el campo, con la ciudad y los protagonistas de dichas historias.

A su vez, es relevante tener presente que dichos escritores se enfrentaron a la censura al decidir dar cuenta de una problemática que estaba destruyendo a la nación, dividiendo el territorio y dejando a su paso innumerables víctimas. Dicha censura no fue impedimento para que estos escritores develaran esta realidad a la élite a la que pertenecían y que al mismo tiempo expusiera al Gobierno de turno como uno de los responsables de dicha contienda.

2.5. Formas del compromiso social del escritor en algunos cuentos de *Cenizas para el viento* y en la novela *Manuel Pacho*

Existen varias formas en que el compromiso social puede hacerse presente en una obra literaria, ello depende del escritor, sus intereses particulares, intencionalidades y lecturas que este haga de una determinada problemática social en la que considere debe intervenir. Para dar cuenta de dicho compromiso, hace uso del arma de la escritura y se vale de diversas estrategias y recursos narrativos para visibilizar una realidad, situación o coyuntura, lo cual lleva a que tenga que enfrentarse a diferentes obstáculos como por ejemplo la censura y el señalamiento por parte de determinados sectores políticos, incluyendo al mismo Gobierno.

En algunos cuentos de Téllez y la novela *Manuel Pacho* de Caballero Calderón está presente el compromiso social de estos escritores mediante dos subcategorías antagónicas que han estado en pugna a lo largo de la historia y el fenómeno de la Violencia en Colombia no ha sido la excepción. Dichas subcategorías son las siguientes: *El poder*, que se trate de poder político o social, tanto el Estado como la Iglesia y sus agentes hacen parte del mismo dominio y ostentan la facultad de tomar decisiones sobre un determinado hecho o situación así vaya en contra de su propio pueblo o de un sector en específico. Esta subcategoría, podrá verse con mayor detalle en el uso desmedido de la fuerza de entes gubernamentales y grupos paraestatales que van desde amenazas hasta lesiones físicas presente en las narraciones. Asimismo, el asunto de lo sacro en el que se analizarán las relaciones de la religión con la Violencia, la presencia del ritual y lo divino como guía del proceder humano, hará parte de esta subdivisión, puesto que como ya se ha dicho son instituciones de poder y autoridad en la nación.

La segunda subcategoría que hace parte del compromiso social del escritor es *la revolución*, en la que se abordará la crítica que los autores hacen a los entes militares, a la irracionalidad de la

misma revolución y el asunto de lo humano en la contienda. También, en contraposición a la anterior subcategoría, la revolución representa una denuncia, un cambio para quienes hacen parte de ella y defienden sus ideales, como puede verse en las obras objetos de análisis.

2.5.1. El Poder: abuso, orden y dominio del pueblo

El poder entre sus diversas acepciones puede entenderse como “la capacidad de unas personas de imponer determinadas conductas a otras personas, aún contra la voluntad de éstas” (Montbrun, 2010, p. 368), o también como “Tener expedita la facultad o potencia de hacer algo” (Real Academia Española, s.f., definición 1), definiciones que coinciden en que se tiene la autorización por así decirlo de actuar y tomar decisiones sin obstáculos o impedimento alguno. Es así como el poder ya sea social, político, religioso, entre otros, implica unas relaciones con otros, que en muchas ocasiones están sometidos u obligados a cumplir y aceptar determinadas órdenes, acciones o ideas.

En esta línea de sentido, dicha facultad o capacidad se extralimita y es ahí donde se presenta el abuso de poder, el cual alude al uso indebido y desmedido de la autoridad de una persona o grupo sobre otra, que termina violando y vulnerando los derechos humanos, causando lesiones de diversa índole. En las obras objetos de estudio, este abuso se hace visible en el uso injustificado de la fuerza por parte de las autoridades estatales y los grupos paraestatales en medio del conflicto bipartidista. De igual forma, la tortura, la amenaza, el asesinato y el sacrificio que hacen parte de esta subcategoría se presentan en algunos cuentos de Téllez y la novela de Caballero Calderón de manera evidente como a continuación se describe.

El campo escenario predilecto para la narrativa de Téllez, como se observa en el relato “Cenizas para el viento” que presenta la historia de Juan Martínez y su familia, quienes reciben la advertencia por parte del joven Arévalo para abandonar su casa en una semana o ser echados por la

autoridad a causa de su pertenencia al partido contrario, a los rojos. Ante la negativa a las amenazas y la resistencia a dejar su hogar, los guardias del pueblo en compañía de Arévalo deciden prender fuego a la casa con la familia adentro, acción que es avalada por el mismo alcalde del lugar.

¿Pero, sí era cierto como lo dijo el hijo de Simón Arévalo, que ellos tenían que irse de allí? Claro que él había votado en las últimas elecciones. ¿Y qué? ¿No habían votado también los demás? Los unos de un lado. Los otros del otro. Y todos en paz. El que gana, gana. Y el que pierde, pierde. Juan soltó una carcajada. “Este quería asustarme”. Pero no (Téllez, 2003, p. 19).

En este punto del relato se presenta la primera amenaza de varias que estarán presentes en la narración, recurso que era común utilizar en medio del conflicto bipartidista y que era una realidad que se vivía en el campo, la zozobra que padecían los habitantes del campo puesto que estaban expuestos y desprotegidos por parte del Gobierno, mucho más quienes como Juan Martínez no pertenecían al partido tradicional sino al contrario, lo cual era para aquel momento un objetivo militar:

Pero habría otros efectos visibles del terror en los campos: el despojo de tierras y bienes tras el asesinato de los dueños o la utilización de amenazas que obligaban a la venta forzosa; la apropiación de cosechas semovientes; el incendio de casas, trapiches y beneficiaderos; la destrucción de sementeras; la coacción física sobre trabajadores rurales descontentos, las migraciones masivas a las ciudades o el desplazamiento de campesinos a zonas de su misma filiación partidista, hasta llegar a homogenizar políticamente veredas y regiones (Sánchez y Meertens, 2002, p. 38).

Estas formas de causar y generar terror tienen lugar en este cuento de Téllez y pueden verse de manera conjunta en el desarrollo de la historia puesto que de un lado o del otro, se presentan las amenazas con el fin de apropiarse de aquel terreno, es decir, hay una disputa por la tierra, la cual es una problemática transversal en muchas de las obras literarias que tratan el fenómeno, incluidas las obras que aquí se estudian. Además, el hostigamiento y el incendio de casas hace parte de esta historia como respuesta a la resistencia que presentan los personajes por abandonar su hogar, su tierra y todo aquello que han construido, así, se constituyen castigos implícitos por pertenecer a otro partido y desafiar al Gobierno mismo “¿Y usted también es de los que están resistiendo [...] Arévalo

intervino: —Sí, es de los rojos, de aquí cerca, de la vereda de las Tres Espigas[...] —Pero es de los tranquilos, yo lo conozco, cortó Arévalo” (Téllez, 2003, p. 20).

El poder extralimitado que ostentan los guardias de pueblo tiene como objetivo infundir miedo y terror en los habitantes, de tal forma que estos no puedan interferir en sus planes y por el contrario obedezcan. Como puede verse en este fragmento, la autoridad del pueblo representada en los guardias atemoriza a los habitantes, al punto que no puede cuestionarse nada de lo que hagan o digan, solo deben someterse a sus mandatos pues de no hacerlo las consecuencias serán implacables.

Juan sin duda se ve expuesto en aquel lugar, por su pertenencia al partido contrario y por ello es señalado por aquel guardia que tiene el poder y el arma para generar miedo al punto de pasar por encima de la ley sin reproche alguno. Es interesante a su vez que Arévalo a pesar de colaborar con la autoridad intenta apaciguar los ánimos y de alguna manera retrasar lo inevitable en medio de una sentencia que ya ha sido proferida.

Las diferentes amenazas por parte de los representantes de la autoridad pasan a la acción sin piedad alguna, “Todos cumplieron: Arévalo y la autoridad, Juan y Carmen y el niño. La casa ardió fácilmente, con alegre chisporroteo de paja seca, de leña bien curada, de trastos viejos. Tal vez durante dos horas. Acaso tres” (Téllez, 2003, p. 22). Esta práctica era propia de los efectos visibles del terror en el campo, en donde se buscaba homogenizar, reprimir y apoderarse de las tierras a toda costa bajo unas figuras que ostentan el poder y son apoyados por el Gobierno de turno, en donde solo cabe un bando, una ideología, un color.

La figura del alcalde que no tiene mayor protagonismo al inicio de la narración adquiere mayor sentido hacia el final del relato, puesto que al ser una autoridad está al tanto de la situación del pueblo y por ello pregunta a los guardias sobre el cumplimiento de la amenaza, dando a conocer

que la orden ha sido ejecutada con el beneplácito de la autoridad oficial “—¿Cómo les fue? —Bien señor alcalde”, respondió Arévalo, taciturno. —¿Martínez se había ido? —No, dijo el del rebenque, —cometieron la estupidez de trancar las puertas y quedarse adentro, y, usted comprende, no había tiempo que perder” (Téllez, 2003, p. 22-23).

En este desenlace propuesto por el escritor se hace una crítica a la autoridad, al Gobierno de turno de la época que, en lugar de proteger a los habitantes, genera en ellos temor, división, odio, venganza y represión. Es así como los personajes que hacen parte de esta historia, entran a representar dos polos; los que abusan de la autoridad avalados por el Estado y los otros que deciden quedarse a resistir, siguiendo sus principios e ideales que se contraponen a los del Gobierno:

Se presenta el cuerpo de la amenaza, Arévalo, acompañado del instrumento, el guardia, que exigirá el cumplimiento perentorio de la orden de desalojo. El primero, una víctima más del conflicto, convertido en agente de la violencia y el segundo en el brazo armado del régimen que sustenta y legitima dicha violencia. El pueblo contra el pueblo, guiados por elites con ideologías e intereses propios (Iglesias, 2002, p. 91).

También, se cuestiona y llama la atención sobre el abandono del Estado a los campesinos, puesto que están en las manos de autoridades que toman las decisiones en pro de sus propios intereses, buscando apoderarse de tierras a toda costa, pasando sobre las familias y la ley pues son ellos quienes tienen el poder y aval para desterrar, saquear, asesinar y cumplir con las órdenes de altos mandos.

Respecto a la tortura, que “ha constituido siempre un abuso de poder de cualquier tipo físico, económico, de autoridad, o detentar hegemonía política” (Bergalli, y Rivera, 2006, p. 5), el cuento “Sangre en los jazmines”, es un ejemplo de cómo se presenta dicho abuso en medio de una contienda, con tal de obtener una verdad, una información, pasando por encima del otro, humillando, pisoteando y quitándole la dignidad al que se considera el enemigo u oculta o protege al mismo.

Este relato narra la historia de mamá Rosa, una mujer campesina que tiene que proteger a Pedrillo, su hijo, de los guardias rurales que han llegado a su casa con el propósito de capturarlo y asesinarlo por ir en contra del Gobierno. Ella miente al decir que no se encuentra, pero los guardias no le creen y la torturan mientras Pedrillo que está malherido hace un disparo desde lejos para salvarla, lo que lleva a que lo atrapen y azoten. Ante dicha escena de horror, mamá Rosa con sus últimas fuerzas toma un fusil que estaba oculto y acaba con el dolor de su primogénito, al mismo tiempo que se desploma en el piso con su negra mata de pelo, partida en dos.

Esta madre conoce cada uno de los vejámenes que ha sufrido la comarca a causa de la violencia que se ha apoderado del lugar. Sin embargo, la vida de su hijo vale más que la suya, “Tantas otras mamás Rosas habían muerto así en los últimos meses que ella no iba a ser ciertamente una novedad. [...] Y otra ventaja: mientras la mataban, los guardias le darían un poco más de tiempo a Pedrillo” (Téllez, 2003, p. 33). Es en este momento donde tiene lugar y es anunciado por el escritor el sacrificio de una madre que no duda en dar la vida por su primogénito y es ahí donde este personaje central se vuelve universal en la historia, pues son muchas las madres que en medio de la guerra o de una situación álgida deciden proteger a toda costa a su familia al punto que no les preocupa el dolor y las implicaciones de sus acciones.

La muerte estaba presente en aquella comarca “con uniforme del gobierno, unas veces, y otras sin uniforme. Se mataban los unos a los otros desde hacía meses y meses. Pedrillo, como los demás, había entrado a la fiesta” (Téllez, 2003, p. 33). La represión y el abuso de poder que aborda Téllez se presenta en esta historia de manera contundente, aquí tanto los grupos armados como el mismo Gobierno, son responsables de acabar con la vida, de torturar y arrasar con familias completas en búsqueda de esa homogenización y restablecimiento del orden estatal. A su vez, se

muestra una crítica a los bandos que han cobrado vidas en pro de una causa que parece generar cada vez más una ola de violencia en la región y que parece no tener fin.

La tortura tiene lugar en esta historia de una manera desgarradora puesto que el narrador cuenta al lector aquellos padecimientos, pensamientos y quejas de mamá Rosa:

Uno de ellos le gritó: “Vieja inmunda”, y enderezando el fusil que tomó en una mano, con la otra le golpeó el rostro. Mamá Rosa se llevó las manos a la cara y las retiró manchadas de sangre. Después sintió que sobre el costado caía, de plano, la culata del fusil. Rodó sobre el suelo y ahí contra el piso de greda, que le pareció tibio y húmedo, se le clavó, al lado del seno, la punta de una bota, una, dos, tres veces. ¡Pobre Mamá Rosa! El prodigioso dolor que se apoderó de todo su cuerpo, no le impidió recordar que así había visto maltratar muchas veces por los gañanes de la comarca, a los cerdos y a los perros. Ella no era ahora más ni mejor que los cerdos o los perros (Téllez, 2003, p. 34).

En este fragmento, Téllez hace una reflexión que alude a la pérdida de lo humano, reflejado en el trato y tortura hecha a esta madre que se niega a entregar a su hijo. En cuanto a los guardias, estos están abusando del poder que tienen para obtener información de Pedrillo, sin importar las acciones que implique, pues su meta es exterminar a los revolucionarios e ir contra aquellos que se consideran enemigos del Gobierno. Mamá Rosa es tratada como un animal al cual le propinan golpes sin mostrar compasión, la sed de venganza y poder es al parecer lo único que los guía y motiva.

El desenlace de esta trágica historia termina con la muerte de los protagonistas, con el drama que viven a causa de la persecución y represión de la autoridad, de aquellos guardias que sin piedad torturan y asesinan a quienes se alzan en contra del Gobierno y defienden otras ideas. Mamá Rosa representa a esas otras madres que han perdido a sus hijos, que han padecido el conflicto armado bipartidista y que han sido víctimas de la violencia en sus múltiples formas, es allí donde este cuento alcanza universalidad, pues no se trata solo de una historia local, sino que da cuenta del dolor que tienen que padecer las madres de cualquier guerra o conflicto bélico al ver sufrir a sus hijos o tener que verlos morir.

El poder y por ende el uso desmedido del mismo también está presente en la novela *Manuel Pacho* de Caballero Calderón. Esta obra narra la historia del joven Manuel Pacho, oriundo de los Llanos Orientales colombianos, que ve como unos bandidos ingresan abruptamente a la hacienda donde vive y acaban vilmente con la vida de sus padres y empleados lo que lleva a que este emprenda la hazaña en solitario de llevar a cuestas el cuerpo de su padre asesinado hasta el pueblo de Orocué con el fin de darle una cristiana sepultura, puesto que su abuelo paterno fue un sacerdote y por ello su padre debe ser enterrado desde los preceptos y rituales católicos. Una travesía que llevará a este personaje a reflexionar sobre la realidad en la que se encuentra y a su vez permitirá que este evolucione en su propia humanidad, teniendo incluso un instante de acercamiento a la figura del héroe.

La tortura física y la muerte de los padres de Manuel Pacho al igual que los demás empleados de la familia, se narra de una manera comprometida en la medida en que el escritor da cuenta de los hechos con argumentos, diálogos y descripciones que permiten al lector generarse una imagen del conflicto desde sus múltiples actores y las marcas que la guerra deja y que parecen perseguir a quien sobreviva a la misma.

Una nube roja le pasó ante los ojos. Cuando pudo abrirlos y aclararlos columbró a los bandidos que tiraban los cadáveres al río. Los cogían por las manos y los pies entre dos; los balanceaban en el aire y los lanzaban al agua que chapoteaba y estallaba en un hervidero de espumas. Algunos cadáveres flotaban y se alejaban lentamente, río abajo. Otros se hundían y no afloraban más (Caballero Calderón, 1976, p. 12).

Esta escena cruenta y descarnada se hace equiparable a la que cuenta Sánchez y Meertens (1983), en la que los policías a mediados de los años cincuenta, ejercían su propia violencia:

Puede recordarse la escena en que los policías de Irra (Quinchía), en una manera de rito, lanzaban los cadáveres a la corriente del río. Una vez ejecutados con fusil o revolver los llevaba a un muro frente al río Cauca, donde en esa actualidad se construía una obra. Eran colocados uno sobre otro, luego los arrojaban en el orden cronológico en que habían sido depositados en el muro (Sánchez y Meertens, 1983, p. 178).

Al comparar dichos fragmentos queda claro que aquellas prácticas de tortura, desaparición y uso desmedido de la fuerza están fundamentadas en el poder con el que contaban aquellos hombres, ya fuesen por la protección y aval que tenían por parte del Gobierno o por grupos armados que habían adquirido renombre y ocupaban un importante lugar en medio de la confrontación y que pertenecieron a partidos políticos del país.

En esta línea de sentido, no hay piedad ni compasión en la contienda, solo una lucha de bandos, que arrasa con todo a su paso, hay un disfrute por así decirlo del sufrimiento del otro que ha sido violentado y que carece de una defensa, de una protección puesto que hasta el Gobierno mismo lo ha abandonado a su suerte y lo ha dejado en medio del conflicto bipartidista “[...] — Rematarlo sería gastar pólvora en gallinazos, es la verdad. Más me gustaría verlo sufrir un poco. Por otra parte, cuando venga el ejército ya no tendrá que hacer sino lo que acostumbra: levantar el cadáver” (Caballero Calderón, 1976, p. 16).

Caballero Calderón hace una crítica mordaz a ese abandono por parte del Estado que sufrió el campo en medio del fenómeno de la Violencia y los abusos al pueblo. La ciudad tampoco estuvo exenta del conflicto entre Liberales y Conservadores, como puede verse reflejado en la masacre en la Casa Liberal en Cali ocurrida el 22 de octubre de 1949, que dejó 24 muertos y 60 heridos (Osorio, 2016) y otros hechos que golpearon al territorio colombiano. No obstante, el campo fue uno de los lugares más golpeados por esta problemática social y política y que fue invisibilizados y dejado en el olvido por los mismos dirigentes del país.

Ante este panorama de desolación, Caballero Calderón revela por medio de su narración la situación del campo, su preocupación por los campesinos y sus familias que han sido despojados de sus tierras, de sus casas y que se encuentran en medio del conflicto bipartidista sin ayuda o

esperanza alguna, dejados a su suerte frente a la Violencia y sus múltiples rostros, llevándose las ilusiones, los sueños, la vida misma.

Además, este escritor pone en cuestión la labor y el poder de las autoridades estatales, en este caso el ejército, el cual como lo menciona uno de los bandidos tiene como única función llevarse el cadáver sin tomar acciones frente a lo sucedido, lo que de por sí lo hace cómplice y va en contra de los principios que los rigen y su propio juramento de cuidar y proteger a su patria y por ende a los habitantes de la misma. Compromiso que se ve fracturado en la medida en que al interior de la narración se denuncia que los miembros del ejército no actúan frente al conflicto que vive su pueblo.

El abuso de poder tiene lugar de múltiples formas en estos cuentos y novela objeto de estudio, así mismo permite comprender las dinámicas que emergieron en medio del fenómeno de la Violencia en Colombia, las acciones de un bando y del otro, las coincidencias entre esas autoridades estatales y grupos paraestatales que compartían incluso prácticas de tortura y asedio parecidas, puesto que al final es la búsqueda del poder, la tenencia de tierra, la aniquilación del enemigo y el cambio radical los factores que motivan sus acciones, llevando a que la nación se desangre y fragmente de manera ineludible.

En esta subcategoría del poder, lo sacro también tiene lugar en este campo de disputa puesto que dentro de la narración la Iglesia, lo sagrado, la religión católica, tiene un dominio y control sobre la población colombiana, al punto que se vuelve fuerza y resistencia ante la contienda, pero su vez implica obediencia y preservación de los valores católicos y creencias, como se verá a continuación.

La palabra sacro proviene del latín *sacer, sacri*, que significa sagrado, que a su vez está relacionado con lo espiritual, lo moral, en donde la religión impera “Entramos ahora en el dominio de lo sacro,

esto es, de los credos y ritos mágicos y religioso” (Malinowski, 2009, p. 11). Esta dimensión de lo sacro dialoga con el concepto del compromiso social del escritor en la medida en que los escritores a través de sus narraciones, diálogos y lecturas del fenómeno social de la Violencia logran establecer y dar cuenta de la presencia de lo sagrado, de las relaciones entre la Iglesia y la Violencia, su accionar, el poder de la tradición católica para mantener el orden y conservar las buenas costumbres y al mismo tiempo hacen una crítica a la Iglesia misma como institución que protege y da fuerza a sus feligreses pero que también es cuestionada en su proceder en medio del conflicto armado bipartidista.

En este sentido, como lo menciona Fals Borda (1985) “la aparición de la violencia en las zonas rurales de Colombia durante los últimos dieciséis años, es una respuesta política-irracional pero efectiva- a los esfuerzos hechos para preservar los aspectos esenciales del mismo sacro orden antiguo” (p. 28), es decir, que, en pro de mantener una tradición, una sociedad católica y unos principios de vieja data, se contribuyó en gran medida al incremento de las divisiones y disputas entre el partido Conservador y el partido Liberal puesto que mientras uno de ellos defendía la continuidad de las bases cristianas heredadas el otro partido abogaba por una libertad de pensamiento, de ideología en donde la Iglesia no pudiera intervenir en asuntos nacionales o ejercer el control de las decisiones y comportamientos de sus habitantes.

En el cuento “Lección de Domingo” la presencia de lo sacro o sagrado es evidente en cuanto se referencia constantemente lo divino y lo religioso dentro del aula de clase, al punto que ante la presión y control ejercido por parte de las autoridades de aquel pueblo a la escuela y a la señorita Marta, solo se podía dar clases los domingos en la tarde y únicamente de doctrina cristiana, lo cual revela la posición que la religión y por ende la Iglesia ocupaba en medio del conflicto armado bipartidista.

Asimismo, en la narración hay expresiones que aluden a la creencia inculcada de la necesidad de creer en Dios y en recurrir a lo divino para que llegue la paz, para que la Violencia finalice “«Debemos confiar en Dios», decía, «para que esto acabe pronto»” (Téllez, 2003, p. 25). En este pequeño fragmento, la maestra Marta intenta tranquilizar a sus estudiantes en medio del conflicto armado en que se encontraba el país y ahora frente a la confusión y sorpresa de los niños ante la llegada de aquellos hombres a la escuela de manera abrupta e inesperada.

Es así como la maestra que representa una autoridad, al ser enviada del gobierno a dicho pueblo, replica el mensaje de la Iglesia en torno a la resignación, a la fe y la conservación de las buenas costumbres como forma de resistencia ante la Violencia que padecía el país y que de manera particular estaba golpeando al campo. En la narración la presencia de la religión católica da cuenta del poder que esta tiene en los habitantes, puesto que el narrador protagonista que está recordando lo que ocurrió aquel fatídico domingo en su escuela, narra cómo irrumpen los tres hombres en el salón de clases mientras la maestra lee el evangelio de San Marcos, específicamente la parábola de los viñadores homicidas “Plantó un hombre una viña, y la cercó con seto, y cavó un lagar y edificó una torre, y la arrendó a labradores y se partió lejos” (Téllez, 2003, p. 25). Que si se mira con detenimiento aborda el tema del abuso de poder, el desafío a la autoridad, el asesinato y la tortura misma que sufren quienes son enviados por el dueño a reclamarle a los viñadores su parte.

Podría decirse entonces, que este pasaje de la biblia está conectado de diversas formas con lo que ocurrirá en la narración, en cuanto al ultraje y violación que sufrirá la señorita Marta y la injusticia e indolencia que tendrán que padecer aquellos niños. A su vez, la maestra como se menciona en la narración tenía un discurso pacificador, anhelaba la paz para aquel pueblo e intentaba dar esperanza a aquellos estudiantes en medio del conflicto armado en que se encontraban y el cual había golpeado a su puerta.

En esta línea de sentido, el cuento “Sangre en los jazmines” presenta en mayor medida una alusión de manera directa a lo sagrado, a lo religioso, puesto que en la narración van a estar presentes varias expresiones en torno a ello “Si me matan que me maten. Dios Sabrá” (Téllez, 2003, p. 3), “Ella no sabía nada de política y cuando Pedrillo quiso explicárselo, mamá Rosa le dijo que él anduviera bien con Dios y no se metiera en nada” “Perdóname, Dios bendito” (p. 34), “Virgen de los Dolores, ayúdame” (p. 36).

Estas expresiones que aparecen de manera recurrente en este relato indican que lo sagrado y por ende lo religioso, cobran importancia en el desarrollo de la historia, hacen parte de las creencias y de la realidad de los campesinos que buscan en ello una respuesta y una forma de resistencia ante la venganza, el odio, la represión y la violencia de aquel momento, acuden finalmente a ese poder divino a esa fuerza que puede salvarlos del peligro en que se encuentran.

Como lo menciona Fals Borda (1985), en muchas de las zonas de Colombia la sociedad católica “quiere insistir en la importancia de la vida celestial, tesis que literalmente sirve para mantener el pueblo resignado ante sus sufrimientos, pasivo ante las oportunidades vitales y subyugado políticamente” (p. 35). De ahí que mamá Rosa, implore la presencia y fortaleza de la Virgen de los Dolores a la cual se asemeja su propia fisionomía y con la cual comparte la pérdida de su hijo y el dolor ante la tortura que sufre en la cruz y que también se menciona en la narración.

La religión, entonces, ocupa un lugar preponderante en la época de la Violencia, en la medida en que a través del poder que ostenta sirve de fuerza y medio para sobrevivir y resignarse a la persecución política y a los vejámenes acontecidos en medio de la disputa por la tierra. La pasividad por parte de una población ante el conflicto bipartidista es característica propia de este tiempo y responde a su vez al abandono mismo del gobierno, a la indiferencia y a la búsqueda de homogenización del pueblo, que desangró al país.

Ahí estaba Pedrillo, peor que un perro apaleado. “Y que Dios me perdone: como Cristo”. Sus propios dolores se le olvidaron a Mamá Rosa. Ya no sentía su cuerpo, sino el cuerpo de Pedrillo. Era como si esa espalda fuera su propia carne. No, no eran sus dolores sino los dolores de Pedrillo que en ella resonaban, repercutían y deshollaban la carne y el alma. Pobre Mamá Rosa con su linda mata de pelo oscuro, partida en dos, con su cabeza bíblica de madre campesina donde ahora se hundían unas manos desesperadas y trágicas (Téllez, 2003, p. 35).

La imagen que trae este fragmento es desgarradora, al mostrar el sufrimiento de la madre que aumenta al ver a su hijo padeciendo en manos de aquellos representantes del gobierno. El dolor de mamá Rosa se vuelve toda una pintura, un cuadro de la Virgen de los Dolores, aquella que podía entenderla por haber vivido en carne propia ese mismo dolor de la madre puesto que su hijo muere en manos de los captores, por lo que asegura Rueda (2011) “El sufrimiento de Cristo y de la Dolorosa son imágenes ecoicas que se corresponden con el dolor de Pedrillo y mamá Rosa” (p. 115).

Así, el relato de Téllez se constituye en una reflexión y una denuncia sobre un hecho universal como lo es la pérdida de un hijo en medio de la guerra, el sacrificio de las madres y su propia fe en que todo puede mejorar o que por los menos se tendrá la fuerza para seguir resistiendo en la medida en que se identifican con los mismos padecimientos de la Virgen de los Dolores, con el sufrimiento de Jesucristo en la cruz y con esa promesa de paz, de alivio, del triunfo de la vida sobre la muerte.

En este punto se presenta resignación frente a la Violencia, lo cual referencia de nuevo el poder de la tradición católica, se da una aceptación del sufrimiento que Dios recompensará, lo que da cuenta de esa “tradicional resignación religiosa y política de los grupos sociales y particularmente del campesino (Fals Borda, 1985, p. 35). Dichas ideas van a dirigir las actuaciones y decisiones de los personajes de este relato.

Finalmente, la novela *Manuel Pacho*, se encuentra nutrida de referencias y alusiones a lo sacro, a la presencia y poder de la religión, del ritual en esa travesía que emprende Manuel Pacho

con el cadáver de su padre auestas, en búsqueda de una cristiana sepultura puesto que desde sus imaginarios y las mismas tradiciones católicas en las que crece el personaje y que como ya se ha visto son propias de los campesinos, mucho más cuando su padre que ha sido asesinado es hijo de un sacerdote de gran relevancia en el pueblo:

A un hijo de un cura, como el viejo, lo tiene que enterrar un cura y lo demás son boberías. A los que mueren en la tierra, no a los ahogados, hay que enterrarlos para que no penen las almas en el Purgatorio” (Caballero Calderón, 1976, p. 44).

En este mismo fragmento está presente el ritual, que desde las creencias de este joven justifica sus accionar, pues está siguiendo las leyes de Dios y al mismo tiempo busca su propia redención y perdón por su accionar cobarde ante el asesinato de sus padres, puesto que en lugar de intentar salvarlos, decide quedarse como espectador en aquel árbol de mango, lleno de miedo al no comprender lo que estaba pasando y escuchar los gritos de auxilio de sus padres y de las personas que pertenecían a aquella hacienda.

La interferencia de la Iglesia Católica en esta novela se hace evidente puesto que las ideas, creencias y posturas están presentes en el actuar y en las decisiones de Manuel Pacho, ideas que parecen estar fijadas y al mismo tiempo funcionan como motor y fuerza para resistir ese recorrido por el llano puesto que está podría decirse avalado y justificado por Dios, por sus representantes y por sus propias convicciones.

Sin embargo, en esa decisión de llevar a su padre a otro pueblo para enterrarlo dignamente, se presenta lo profano que se opone a lo sacro, lo cual es interesante puesto que se confrontan en la narración a través del discurso emitido y la relación que establece Manuel Pacho entre la necesidad de cercenar el cuerpo de su viejo y así cumplir con su misión, “Con el machete y mucha aplicación, la misma que solía poner cuando despresaba una ternera para asarla en la hoguera, le cortó al cadáver las piernas a la altura de las rodillas, arremangándole los pantalones para no estropearlos” (Caballero Calderón, 1976, p. 36).

El cuerpo del padre ha sido profanado por su propio hijo en busca de aligerar aquella carga, de manera inocente podría decirse que Manuel Pacho justifica esta decisión a lo largo de la historia al decir que necesita ir quitando peso para poder llegar a Orocué donde darán la cristiana sepultura a su padre, además, hace una reflexión sobre el alma y como ello es lo más importante en la fe cristiana:

“Luego si el alma tampoco está en estas partes, como no está en las piernas ni en los brazos, solo puede quedar en el corazón o en la cabeza. [...] Lo importante debe ser el corazón y a Dios gracias sumerced todavía lo tiene en su puesto” (Caballero Calderón, 1976, p. 145).

Aun así, hay un miedo por parte del personaje a las represalias que dichas acciones pueden acarrearle y como podrá ser visto por el cura que oficiará la misa de su padre, los habitantes y por su propio viejo, por lo que a medida que va cercenando el cuerpo le va explicando por qué lo hace y justificando dicha decisión ante el temor de ser juzgado por aquel poder divino. Caballero Calderón pone en escena lo sacro y lo profano en una misma historia, en un mismo personaje puesto que ello hace parte de lo humano, de la misma necesidad de cumplir con un sacramento y de las creencias religiosas que tienen lugar en la narración, todo ello en medio de una contienda bipartidista que genera acciones como esta y que van transformando al personaje a medida que avanza la historia.

Ya no es mucho lo que nos falta, viejo. Si Dios nos da vida, salud y licencia, a la madrugada y con las claras llegaremos al caño de Orocué. Y el cura lo enterrará a sumerced con misa, cantos y latines, porque un hijo de cura no puede ser enterrado de otra manera. [...] Que lo entierren a uno en camposanto y lo despidan con redobles de campana, responsos y latines, es cosa bonita (Caballero Calderón, 1976, p. 89).

La necesidad de congraciarse, de redimirse y cumplir con los preceptos católicos son los elementos que direccionan la travesía de Manuel Pacho. A su vez en ese recorrido por el llano, la culpa, la soledad, el cansancio, la rabia y la impotencia afloran en este personaje “¡Malditos asesinos! ¿Dónde estarán ahora que no se atreven a buscarme? ¿Por dónde andan? ¿Y por qué no los maté yo entonces, Dios mío? ¿Por qué no moví un dedo para impedir que mataran a la mamita y al viejo? (Caballero Calderón, 1976, p. 129). La presencia de lo divino sigue teniendo protagonismo como fuerza, como medio, como

interrogante, como explicación y resignación ante la cruel realidad y la desolación que trae la Violencia en el territorio colombiano.

El asunto de lo humano como en Téllez es trabajado por Caballero Calderón de la mano de lo sacro en la medida en que los personajes de la historia ponen sus problemas, quejas, vicisitudes en esa fuerza suprema, en Dios, en la Virgen, de tal forma que sean ellos quienes guíen sus caminos, les den resignación y fortaleza para seguir resistiendo ante la crueldad misma del hombre, ante la deshumanización, la cobardía y el miedo que lleva consigo el conflicto armado bipartidista.

El peso de la conciencia, de la culpa que siente Manuel Pacho hace más difícil el trayecto “Soy un cobarde, un infeliz cobarde. Yo necesito enterrarlo a sumercé, viejo, para que su alma no pene y me persiga toda la vida, llano adentro” (Caballero Calderón, 1976, p. 131), pues siente que por sus propios principios y bases cristianas actuó de manera incorrecta al no intentar auxiliar a su padre moribundo, al quedarse expectante de la masacre de su propia familia y amigos y ello le genera escozor, pues siente que podría ser atormentado por ello, es entonces donde el “miedo y el temor a Dios” está presente de manera recurrente en esta narración.

Al mismo tiempo que estos dos escritores ponen sobre el telón la presencia de lo sacro y el la religión en sus narraciones como fuerza y motor de resistencia que ha guiado a la nación y que aún sigue teniendo poder y vigencia, también presentan una perspectiva satírica y de crítica a la Iglesia, puesto que esta institución también tuvo parte en la contienda política que enfrentó el país e incluso en un determinado momento de la historia dieron su apoyo al partido Conservador, excluyendo y dejando en el olvido a los liberales y opositores del Gobierno de turno, de ahí que Manosalva (2013), al referirse a la Iglesia católica colombiana haga énfasis en su importancia en la historia de la nación y a su vez exprese que “su actuación no ha estado exenta de polémicas, pues algunos la culpan de muchos de los males del país, y otros destacan sus acciones (p. 4).

Dicha perspectiva, permite ver el compromiso social de Téllez y Caballero Calderón en la medida en que no temen tratar temas delicados o álgidos en sus narraciones, sino que por el contrario los hacen visibles y problematizan, lo que puede evidenciarse en la decisión de presentar al lector dos miradas de una misma institución como lo es la Iglesia y su accionar ante el conflicto armado bipartidista, puesto que por un lado se presenta como salvación, fuerza y esperanza y por el otro se muestra como una entidad sectorizada, que castiga, excluye, requiere sacrificios y el cumplimiento de determinados deberes para ser digno, incluso en medio de la muerte.

Dichas lecturas pueden verse plasmadas en los múltiples pensamientos que tiene Manuel Pacho al decidir emprender su proeza con tal de agradar a Dios, de redimirse con sus padres, con el mundo, y al ocultarle al cura de Orocué y a otros representantes de la autoridad el hecho de haber cercenado el cadáver de su padre para aligerar su peso, pues esto sería visto como un sacrilegio no solo por el cura sino por la sociedad misma, que a su vez es regida por el Estado y el poder que ostenta la Iglesia.

La novela finaliza con Manuel Pacho desmayado sobre un montón de arena mientras escucha una campanada al fondo que anuncia la misa de su padre puesto que ha logrado llegar a Orocué. Este desenlace propuesto por Caballero Calderón además de dar cuenta de una travesía de un joven con el cadáver de su padre sobre los hombros víctima de la Violencia en el país, también aborda como él mismo lo menciona una experiencia que hombres comunes y corrientes alguna vez han tenido, un “minuto heroico, un instante de acercamiento al héroe” (Caballero Calderón, 1976, p. 181), que se da de forma inesperada y en situaciones extraordinarias, ayudado en este caso por sus propias convicciones católicas y búsqueda de redención.

Manuel Pacho se acerca a la figura del héroe, a la del héroe individual que vence sus propios miedos y que busca el bienestar de los suyos, acciones que también tienen valor y sentido para

quienes han tenido que perderlo todo como es el caso de este personaje, que, en medio de la Violencia, debe continuar viviendo y aferrarse a sus creencias, a sus convicciones, a los preceptos que le han infundido y que parecen ser su único aliento ante la realidad que lo desborda. Finalmente, el poder del que gozan las autoridades gubernamentales y la Iglesia influyen notablemente en el conflicto bipartidista en dos vías; como represión y sometimiento y al mismo tiempo como fuerza y motor de resistencia ante la adversidad.

2.5.2. La revolución como denuncia, cambio y llamado inesperado

La revolución desde Pecaute (1987) “no es solamente el efecto de la exacerbación de las contradicciones entre grupos sociales representantes de intereses diversos. La revolución supone igualmente el derrumbamiento de la eficacia simbólica del poder” (p. 41). Estas ideas dialogan con los planteamientos de Holloway (2002) quien también considera que el acceso al poder y añade la necesidad de comenzar un nuevo ciclo “La revolución era una transición mucho más vertiginosa, que se lograría con la toma del poder estatal y la rápida introducción del cambio radical, llevado adelante por el nuevo Estado” (p. 15).

La búsqueda del poder y el cambio hacen parte de la revolución misma, que implica una pugna, una lucha por alcanzar unos ideales y por defender otros propios de un grupo, de una causa, de un movimiento y que implica unas nuevas concepciones en torno al gobierno, organización y transformación social y política de quienes se ven envueltos en la misma. Es así como la revolución puede tomar diferentes matices de acuerdo a los intereses propios de cada grupo social y llegar de diversas maneras a la población.

En el caso de algunos cuentos de Téllez la revolución se presenta como una necesidad, una denuncia ante la injusticia, puesto que los personajes deben apelar a ella para sobrevivir y dar respuesta a la represión y persecución política que están padeciendo en busca del cambio o transformación social. Asimismo, se vuelve un llamado inesperado en el caso específico del cuento

“Preludio”, el cual analizaremos más adelante, puesto que la revolución llega al protagonista de la historia, en forma de machete y de arengas de un grupo iracundo, una invitación que parece ser ineludible ante la conmoción que se vive en aquellas calles.

En esta línea de sentido, el primer relato de Téllez que será analizado a la luz de la categoría propuesta del compromiso social del escritor, es “Espuma y nada más”, que narra la historia de un barbero revolucionario clandestino que se ve en medio de un dilema, al tener que tomar la decisión de asesinar al capitán Torres, enemigo de la causa, que ha ido a solicitar sus servicios o cumplir con su labor y afeitar aquella barba que implicaba toda una faena. Ser héroe o asesino es la elección que debe hacer este barbero y de ello dependerá su vida.

A medida que avanza la narración el personaje principal de la historia comienza a confrontarse consigo mismo, con sus principios y responsabilidades adquiridas con la revolución. El dilema de ser héroe o asesino, la venganza, el odio y sus propias ideas sobre la revolución confluyen en la cabeza de este barbero a medida que comienza a afeitar aquella barba y que se ve reflejado en el temblor de sus manos como señal de duda y confusión ante la decisión que debe tomar:

Reanudé de nuevo la tarea de enjabonarle la barba. Otra vez me temblaban las manos. El hombre no podía darse cuenta de ello y ésa era mi ventaja. Pero yo hubiera querido que él no viniera. Probablemente muchos de los nuestros lo habrían visto entrar. Y el enemigo en la casa impone condiciones. Yo tendría que afeitar esa barba como cualquiera otra, con cuidado, con esmero, como la de un buen parroquiano, cuidando de que ni por un solo poro fuese a brotar una gota de sangre (Téllez, 2003, p. 12).

En este punto, Téllez hace una crítica a la revolución al poner en cuestión el asunto de lo humano y las decisiones que se deben tomar en medio de una contienda, en donde está en juego la vida, los principios, la ética, la moral y los valores infundidos por una sociedad. Al final son hombres de un lado o de otro, trabajadores, campesinos, habitantes de un mismo país, hijos de un mismo pueblo que se hallan en medio del campo de batalla, enfrentados por un color, por una ideología, por la

misma necesidad de vivir y no ser asesinados, por la dignidad misma que se ha perdido debido a la sed de poder, de la disputa por la tierra y de la indolencia del Gobierno de turno.

En este cuento se va develando ante el lector la figura del intelectual revolucionario (Candiano, 2014), el cual se encuentra adscrito a la revolución, “un intelectual revolucionario - como un campesino, un obrero, un desocupado-, debe redoblar esfuerzos e impulsar, defender y desarrollar los procesos transformadores para promover su victoria” (p. 16). Este personaje cree en el diálogo y en el cambio a través de las acciones e ideales del movimiento y es consciente de lo que implica pertenecer a una causa.

Torres no sabía que yo era un enemigo. No lo sabía él ni lo sabían los demás. [...] Iba a ser, pues, muy difícil explicar que yo lo tuve entre mis manos y lo dejé ir tranquilamente, vivo y afeitado. Maldita la hora en que vino, porque yo soy un revolucionario, pero no soy un asesino. Y tan fácil como resultaría matarlo. Y lo merece. ¿Lo merece? No, ¡qué diablos! Nadie merece que los demás hagan el sacrificio de convertirse en asesinos. ¿Qué se gana con ello? Pues nada (Téllez, 2003, p. 14).

La idea de ser héroe o asesino está presente en todo el desarrollo de la historia, lo que lleva a que el barbero ponga en una balanza sus principios y los de la revolución, haciendo que él mismo tome conciencia sobre los límites que se pueden tener en un caso como estos y el lugar que ocupa lo humano, “Pero yo no quiero ser un asesino, no señor. Usted vino para que yo lo afeitara. Y yo cumplo honradamente con mi trabajo... No quiero mancharme de sangre. De espuma y nada más” (Téllez, 2003, p.15)

En este sentido, el barbero después de reflexionar en torno a la situación en la que se encontraba, decide no mancharse de sangre, solo de espuma, hacer un buen trabajo. La vida entonces prevalece sobre la muerte en medio de un escenario de disputa, odio y venganza. Este personaje cree en la revolución y en el cambio que puede generar, pero también apuesta por la vida, es consciente de la responsabilidad que conlleva un oficio y del lugar que cada uno ocupa.

Respecto a la crítica que Téllez hace a la revolución y a la figura del intelectual revolucionario presente en el personaje del barbero, también es importante establecer un paralelo con la figura que se presenta al lector en el personaje principal del relato “Preludio”. Un paralelo en el que convergen dos figuras y dos tipos de revolucionarios que se dejan guiar por sus propias convicciones, instintos, necesidades e ideas en una atmósfera de caos, confusión y supervivencia.

En “Preludio”, la trama se centra en contar la historia de un hombre que se encuentra en la calle en medio de gritos y tumultos, en medio de un ambiente que remite a lo que podría ser el Bogotazo, aunque no se menciona directamente, el protagonista del relato, el cual no tiene nombre, se encuentra ubicado al lado de una vitrina de bizcochos. Dicho personaje recibe un machete por parte de la revolución, arma que inicialmente no tiene valor o sentido alguno para él, pero que a medida que avanza la narración irá adquiriendo significado y que lo llevará al límite al tener que defender lo que considera suyo, en este caso la bizcochería y asimismo aceptar aquel llamado inesperado de la revolución en medio de un ambiente de ira y miedo.

La figura del revolucionario de a pie que proponen Sánchez y Meertens (1983), se articula y ve representado en el protagonista de este segundo cuento, es decir, el hombre que recibe el machete en medio de la revolución. Para estos autores, este tipo de revolucionario ha perdido legitimidad política, un campesino alzado en armas, proveniente del monte que lucha en una guerra entre dos bandos, con sed de matar y destruir y siente “necesidad de inspirar tanto admiración como temor” (p. 52). Lo cual puede verse reflejado a medida que avanza la narración y la adhesión de este hombre de identidad desconocida que se adhiere a aquel movimiento y lleva sus acciones al límite en medio de la efervescencia de la situación.

También podría decirse que esta figura del revolucionario de a pie toma forma o puede verse de manera más directa en el grupo que le entrega el arma a este hombre en medio de la calle,

pues ya tienen en sus rostros y expresiones la sed de venganza y muerte, que a su vez se transmite a este protagonista de la historia:

—¿Y qué hago con el machete?

El grupo se alejaba. Y el hombre que me lo había dado ya iba calle arriba, a la cabeza de sus amigos.

—Señor, ¿qué hago con el machete? —pregunté desesperado.

Ni él ni los demás me oyeron. Todos gritaban energúmenos violentos. Mi grito se perdió así en el aire. La gente llevaba superpuesto sobre su rostro, el rostro de la revolución: ira y miedo, rojo y blanco. A mí me había cogido la revolución en plena calle (Téllez, 2003, p. 43).

En este fragmento, se puede ver como la revolución le ha entregado el arma al personaje principal de manera sorpresiva, en aquel momento este hombre desconoce el propósito de la misma en medio del caos en el que se encuentra, pero sin saberlo comenzará un camino sin retorno para volverse revolucionario pues tendrá en sus manos la herramienta que le permitirá llegar a tal fin y que ha llegado de manera insospechada, irracional. Aun así, representa abrirse paso y acceder a una causa en la cual “ganar el poder estatal es el punto nodal del proceso revolucionario, el centro desde el cual se irradiará el cambio revolucionario” (Holloway, 2002, p. 15). Aunque el pueblo, como se evidencia en el relato, en muchos casos no tenga una idea clara para enfrentarse al poder estatal.

El machete era, pues, un inconveniente. Con él en las manos yo debía parecer un revolucionario de verdad. Pero yo no era un revolucionario, Yo era un pobre diablo que andaba por ahí sin rumbo fijo, con diez centavos entre el bolsillo, y que se había parado frente a la vitrina (Téllez, p. 44).

La posibilidad que tenía de pertenecer a un movimiento era cada vez más atractiva para aquel hombre “La revolución no se equivoca, pensé, pues si están repartiendo machetes algo habrá que cortar, algo habrá que defender, y a alguien habrá que matar” (Téllez, 2003, p. 44). De esta manera, la revolución va tomando un mayor grado de importancia en la vida de este personaje, puesto que le ofrecía una oportunidad que había aparecido ante sus ojos sin haberlo premeditado, pensaba que él había sido elegido para proteger, defender e incluso matar “Pasó otro grupo de energúmenos y varios de ellos me miraron [...] pero al descubrir que de mi mano derecha pendía el arma, sonrieron

sinistramente. Y uno, encarándose conmigo, rugió: ¡Viva la revolución! Yo respondí automáticamente: - ¡Qué viva!” (Téllez, 2003, p. 45).

Cada acción que hace el personaje principal lo empuja aún más hacia la revolución, a ese destino que parece ineludible y que tiene como meta derrocar a quienes ostentan el poder y hacer un cambio radical, asumiendo una nueva forma de gobierno. Téllez, llama entonces la atención sobre cómo el miedo influido por el mismo pueblo y la posibilidad que le brinda el arma de hacer parte de algo, de una causa, se encuentran y llevan a este hombre a actuar sin pensar en las consecuencias pues la ira, el deseo y la necesidad de aprobación, de pertenencia y de protección se hace más latente y necesaria para este personaje.

El desenlace de esta historia se da en medio de la defensa de un territorio, en este caso la bizcochería, en donde se consolidan dos finales, el del nuevo revolucionario que decide asesinar a su adversario e ir en busca de un ideal que aún desconoce pero que acepta y el de aquel hombre que pierde la vida en la búsqueda de un alimento “El lodo y el agua se tiñeron fugitivamente de sangre. La vitrina estaba, por fin, abierta. Pero una sensación de náusea me había quitado el hambre y con el hambre el deseo de saciarme, hasta el hartazgo” (Téllez, p. 47- 48).

El personaje principal justifica sus acciones en la fuerza que emanaba de su interior y que estaba presente en la calle, lo cual refleja la irracionalidad misma de dicha elección. De igual manera, la muerte del otro hombre se sustenta desde el mismo momento en que el machete fue entregado, pues era el anuncio o preludio de un asesinato, de una decisión sin retorno.

Téllez presenta las figuras del intelectual revolucionario y el revolucionario de a pie de manera paralela poniendo en escena dos contextos, el campo en el caso de “Espuma y nada más” y la ciudad en “Preludio”, espacios en donde las fuerzas estatales y la revolución tiene lugar causando estragos de diversa índole. Además, se conforman dos figuras en medio de la revolución

que cuestionan lo humano, la identidad, la pertenencia a un grupo, las convicciones, los límites, la irracionalidad de la revolución misma y las implicaciones que tiene el hacer parte de un bando o de otro.

Asimismo, la revolución como forma de resistencia, de respuesta ante la violación de los derechos humanos, la represión y persecución de las fuerzas estatales, se muestra en la narrativa de Téllez como una causa que en su intento de proteger y resistir sigue contribuyendo a la Violencia, puesto que ahí comienzan a jugar intereses propios, radicalismos y consignas que promueven el derramamiento de sangre sin distinción alguna, llevándose por delante las poblaciones más vulnerables como lo es la infancia, que será abordada en el siguiente cuento.

“Lección de domingo” narra la historia de un hombre adulto que recuerda un fragmento de su infancia, específicamente en su escuela en una tarde de domingo, en donde mientras su maestra la señorita Marta daba clases de doctrina cristiana a sus once niños, irrumpen en el salón de clases tres hombres desconocidos. Dos de ellos se llevan a la señorita Marta a una habitación contigua y allí abusan de ella, mientras que uno de estos hombres se queda custodiando y amedrentando a los niños que se encuentran confundidos, sorprendidos y temerosos ante aquellos sujetos que no se sabían si eran de la revolución o del gobierno y que se habían apoderado de aquel lugar sin razón alguna.

¿Revolucionarios? ¿Gobernistas? ¡Quién iba a saberlo! [...] Tan mal iban las cosas de la revolución y de la paz, que al mayor de nosotros, los colegiales, Juan Felipe Gutiérrez, le habían matado ya al padre, y la señorita Marta no podía darnos clase sino los domingos por la tarde (Téllez, 2003 p. 25).

En este fragmento del cuento, el narrador personaje equipara a la revolución con el gobierno mismo en la medida en que traen consigo dolor, muerte e injusticia para el pueblo colombiano sin ningún tipo de distinción. De tal forma que aquellos ideales, búsquedas de cambio y lucha contra la represión por parte de la revolución se desdibujaba a los ojos de aquellos infantes, de aquellos campesinos que no veían en ellos diferencia alguna. Una idea que se presenta de

manera recurrente en los relatos de Téllez y que dada la importancia de la misma se muestra al lector para que sea este quien tome postura sobre ella, la cuestione, establezca relaciones e incluso la comparta.

Además, la situación que narra esta historia es universal, en la medida en que presenta un cruel escenario en el que los niños se encuentran en medio de la guerra, de las disputas, del conflicto armado y que por ello deben padecer los estragos de una lucha que no se agota en la búsqueda de poder, esta historia “es el reflejo de una cruda página de la historia de Colombia y de América, que durante muchos años tiñó de sangre la esperanza de muchos inocentes” (Ortiz, 2018, p. 67) y que lamentablemente sigue vigente. Asimismo, las acciones del Gobierno como de los grupos armados siguen cuestionándose y en algunos momentos podría decirse que sus fines y convicciones a pesar de ser diferentes conducen y siguen generando odio, venganza, muerte y desesperanza.

Finalmente, en esta subcategoría antagónica a la subcategoría del poder puede evidenciarse el compromiso social de Téllez puesto que presenta al público lector una lectura en doble vía de la revolución de aquel momento en donde tanto víctimas como victimarios tienen voz, dan a conocer sus pensamientos, ideas, convicciones y aquello que los motiva a tener ese anhelado cambio, a denunciar y hacer visible la realidad del país que era desconocida en las ciudades y que merecía ser contada. A su vez, expone esa otra cara de la revolución que muestra esas contradicciones, dudas, sentimientos de odio, venganza y necesidad de cambio que aqueja en muchas ocasiones a quienes han sido reprimidos o ultrajados de diversas formas por una institución, una comunidad, el Estado mismo.

Es así como Téllez usa el arma de la escritura para denunciar, criticar, persuadir y hacer visible una problemática que estaba siendo censurada por el gobierno de turno o contada parcialmente por los medios de comunicación de la época. Asuntos relevantes como el abuso de

poder, la vulneración de los derechos, la pérdida de lo humano, el dolor de una madre que pierde a su hijo en medio del conflicto armado, se hace presentes en estos cuentos con un estilo propio, un cuidado del texto, un desarrollo de los personajes y el abordaje del recuerdo, de la memoria y el olvido en cada una de las historias presentadas.

Asimismo, Caballero Calderón también se compromete en la novela objeto de estudio al presentar una lectura e interpretación de la coyuntura que vivía el país y que para él era una obligación darla a conocer y tomar partido por así decirlo en dicho conflicto a partir de su escritura y amor por su nación, mucho más por los campesinos, por ello hace un tratamiento cuidadoso, estético y responsable del drama que se vive en el campo, del papel que juegan las autoridades estatales y los grupos paraestatales en medio de la contienda, de las familias que lo pierden todo, de las víctimas que deja una guerra, de la presencia permanente de lo sacro y lo religioso como medio de control, de fuerza, de resistencia ante los hechos cruentos propios de este periodo que marcó un hito en la historia. Dicha responsabilidad asumida por Caballero Calderón comulga con la idea de Sartre, en la que plantea que el escritor que se compromete “sabe que la palabra es acción, sabe que revelar es cambiar y que no es posible revelar sin proponerse el cambio” (1950, p. 53), de ahí que esta novela adquiera valor y relevancia en el campo literario colombiano y pueda ser uno de los referentes al momento de comprender el fenómeno de la Violencia en una época tardía.

Téllez y Caballero Calderón se comprometen con su época a través de la escritura y el tratamiento de temas sensibles de manera directa y sin edulcoramientos en su forma de narrar y tratar el fenómeno de la Violencia en Colombia desde una época temprana y una época tardía en el caso de *Manuel Pacho*. A su vez, logran consolidar su compromiso desde los tres planos propuestos por Goytisolo (2005a), en la medida en que desde el plano social toman la decisión de asumir la responsabilidad con el mundo que los rodea, valiéndose de diferentes estrategias narrativas

confrontándose consigo mismos frente a sus propias percepciones y costumbres al pertenecer a la élite colombiana y finalmente explorar el lenguaje y sus múltiples herramientas con el ánimo de responder a las exigencias del mundo contemporáneo sin traicionar su propia forma de escribir literatura.

Capítulo III. La memoria colectiva: un diálogo entre el pasado y el presente, un proceso de reconstrucción del recuerdo a través de la narración

La memoria es un concepto que ha estado presente desde la antigüedad, teniendo como uno de sus antecedentes la Grecia clásica, allí se inaugura “el arte de la memoria”, que se le atribuye al poeta Simónides de Ceos (556-468 a. C.). Cicerón cuenta en una de sus obras que Simónides fue invitado a un banquete con el fin de recitar un panegírico¹³ en honor al anfitrión, sin embargo, se presentó un altercado por el pago de los honorarios que llevaron a que este poeta fuera llamado al exterior de la casa y en dicho momento se derrumba el techo de la vivienda acabando con la vida de los que allí se encontraban. Los cuerpos quedaron irreconocibles, por lo que hubo que recurrir a Simónides para identificarlos, puesto que este recordaba los lugares que cada huésped ocupaba en el banquete. Dicha experiencia permitió que el poeta estableciera ciertos principios para “el arte de la memoria”, como fueron el lugar, sitio en el que habían estado los invitados, las imágenes de dichas personas y sus cuerpos irreconocibles (Mendoza, 2015).

La idea de la memoria como arte continuó desarrollándose, concibiéndose como fuente de conocimiento, ligada a la retórica y por ende a la oratoria. Con el paso del tiempo, fue nutriéndose de nuevas formas y saberes con la llegada de la escritura, la tecnología, la imprenta, los medios de comunicación, entre otros, adquiriendo diferentes matices e intencionalidades al interior de las Ciencias Sociales y otros campos de estudio.

La memoria como objeto de investigación de las Ciencias Sociales tiene sus inicios a partir de la primera mitad del siglo XX, específicamente al final de la Segunda Guerra Mundial debido a lo acontecido con el Holocausto, los traumas de las víctimas y el temor latente del olvido de dichos

¹³ En oratoria, se denomina así al discurso o sermón en alabanza de algo o de alguien (Real Academia Española, s. f., definición 2).

hechos. No obstante, la llegada de la Guerra Fría limitó los procesos y avances en torno a la memoria y fue hasta el final de la misma que se presentó un interés masivo por la recuperación y reconstrucción de las memorias de lo sucedido en diversos aspectos, consolidándose allí la memoria como objeto de estudio obligado en las Ciencias Sociales (Nieves, 2014).

Respecto a América Latina, la memoria como campo de estudio desde las disciplinas sociales tiene lugar en las dos últimas décadas del siglo XX, con el fin de las dictaduras del continente y otros procesos de democratización y cambio, en este periodo hay un llamado a hacer memoria, a recordar y a la no repetición:

Hubo un momento (en la post-dictadura) en que, entre las demandas del movimiento de derechos humanos, aparece "un mandato de memoria". En Argentina esto ocurrió en el período de la transición (mediados de los ochenta) (Jelin 1995). El propio título del informe de la CONADEP, Nunca Más, repetido también en otros informes en la región (Brasil, Uruguay, Guatemala, entre otros), proporciona una clave del clima cultural de la región, así como del sentido que se estaba dando a los actos de recordar. Que la experiencia no debía repetirse nunca más se comenzó a identificar con la "verdad", con la recolección de toda la información sobre las atrocidades. Y para "no repetir", se debía mantener viva la memoria. Recordar para no repetir fue surgiendo como mensaje y como imperativo cultural (Jelin, 2003, p. 14).

Como puede verse en este apartado, la necesidad de recolectar y reconstruir fueron imperantes para las naciones frente a los hechos cruentos que habían padecido. A partir de esa consigna o mandato por la memoria, se gestaron iniciativas y proyectos para registrar, organizar, marcar y conmemorar fechas significativas, monumentos, obras literarias, producciones artísticas, documentales, entre otros formatos que permitieran dar cuenta de lo sucedido con el propósito de la no repetición mensaje que se extendió a todos los sectores sociales y políticos del país.

Como se ha podido ver el concepto de memoria ha sido objeto de interés desde la antigüedad y ha ido adquiriendo relevancia en la historia del hombre, sus cambios, transformaciones, revoluciones y guerras de diversa índole. Asimismo, el término de memoria ha

ido ampliando su definición con el paso del tiempo de acuerdo a los estudios e investigaciones realizadas y a las disciplinas que se han encargado de problematizarla en diferentes niveles.

De manera general, el concepto de memoria se ha asociado al recuerdo, capacidad de recordar, proceso mental, construcción social, “Facultad psíquica por medio de la cual se retiene y recuerda el pasado” (Real Academia Española, s.f., definición 1), “Capacidad de conservar determinadas informaciones, remite ante todo a un complejo de funciones psíquicas, con el auxilio de las cuales el hombre está en condiciones de actualizar impresiones o informaciones pasadas, que él se imagina como pasadas” (Le Goff, 1991, p. 131), “Lo que aprendemos es retenido o almacenado en nuestro cerebro y constituye lo que denominamos memoria. La memoria es siempre inferida del comportamiento. Por definición, no hay aprendizaje sin memoria ni memoria sin aprendizaje” (Morgado, 2005, p. 221, esta y otras definiciones u asociaciones al término de memoria se han ido estableciendo en la sociedad y dependiendo de la perspectiva de donde se mire cobrarán o no un sentido.

Dicha capacidad de recordar, de hacer memoria, es posible gracias al lenguaje oral y escrito y la posibilidad que este ofrece de narrar, de plasmar aquello que se considera debe ser preservado por un determinado grupo o comunidad. Respecto a la idea anterior, la narrativa y por ende la literatura ha contribuido en la reconstrucción del recuerdo puesto que, a través de un relato, de una novela, de una crónica, entre otros, el hombre ha podido dar cuenta de las experiencias que lo habitan, que lo atraviesan e incluso identifican en una sociedad, sin dejar de lado que ese recuerdo que se construye por medio de una vista al pasado ayuda en la comprensión del presente y adquiere un significado para quien o quienes recuerdan.

Asimismo, a medida que el concepto de memoria se ha ido expandiendo y trabajando, ha recibido diferentes nombres, divisiones o complementos que han permitido comprender un

determinado problema social, fenómeno o proceso determinado de la sociedad. Entre los nombres que ha recibido el concepto de memoria, ello teniendo presente que varía de acuerdo a la disciplina o campo de estudio desde donde se aborde, se encuentran la memoria sensorial, memoria a corto plazo, memoria a largo plazo, memoria explícita, memoria implícita (desde el área de la psicología y Ciencia cognitiva) y memoria histórica, memoria individual, memoria colectiva, memoria política, memoria social, memoria cultural (desde los estudios culturales).

Después de presentar este breve recorrido por el origen y definición del concepto de memoria que como ya se ha visto está unido a la narración, a la literatura, se hace necesario para los objetivos de la presente investigación delimitar el interés de este capítulo, el cual es comprender el concepto de memoria colectiva a través de algunos referentes teóricos que fundamentan este término desde su origen en el continente europeo hasta su tratamiento y problematización en el continente americano y finalmente evidenciar la manera como Téllez y Caballero Calderón en su compromiso social como escritores, trabajan la memoria colectiva en su narrativa, específicamente en las obras trabajadas en esta investigación y producidas en el marco del fenómeno de la Violencia.

3.1. La memoria colectiva

El concepto de memoria colectiva fue acuñado por el sociólogo y antropólogo francés Maurice Halbwachs, (1877-1945) en los años veinte. Fiel discípulo de Emile Durkheim, considerado uno de los fundadores de la sociología moderna. Los aportes de Halbwachs fueron de gran importancia para la sociología, además se destacó por “la fecundidad de las ideas y de las hipótesis que se expresan en ella, por la inmensidad del trabajo de apertura de nuevos campos para la sociología y el rigor científico sobre el cual se fundamenta” (Urteaga, 2010, p. 271).

Para este sociólogo francés la memoria colectiva se entiende como una corriente de pensamiento continuo “de una continuidad que no tiene nada de artificial, ya que del pasado sólo retiene lo que aún queda vivo de él o es capaz de vivir en la conciencia del grupo que la mantiene (Halbwachs, 2004a, p. 81). En este sentido, los recuerdos son colectivos pues nunca se está solo, y son los demás quienes nos recuerdan a pesar de que sean hechos en solitario, pues como lo plantea este autor “llevamos siempre con nosotros y en nosotros una determinada cantidad de personas que no se confunden” (Halbwachs, 2004a, p. 26). Lo anterior teniendo presente que el hombre es por naturaleza un ser social y por ende está inscrito en una sociedad, pertenece a un grupo o varios de ellos.

Sin embargo, este postulado de Halbwachs no riñe o anula el concepto de memoria individual, pues es consciente de su existencia y la importancia de la misma, a su vez la tiene presente en tanto es un punto de vista sobre la memoria colectiva que “cambia según el lugar que ocupa en ella, y que este mismo punto de vista cambia según el lugar que ocupó en ella y que este mismo lugar cambia según las relaciones que mantengo con otros entornos” (Halbwachs, 2004a, p. 50). Es decir que estas dos memorias se complementan y permiten llegar al recuerdo, reconstrucción y dinámica del pasado:

Para obtener un recuerdo, no basta con reconstruir pieza a pieza la imagen de un hecho pasado. Esta reconstrucción debe realizarse a partir de datos o nociones comunes que se encuentran en nuestra mente al igual que en la de los demás, porque pasan sin cesar de éstos a aquélla y viceversa, lo cual sólo es posible si han formado parte y siguen formando parte de una misma sociedad. Sólo así puede entenderse que un recuerdo pueda reconocerse y reconstruirse a la vez (Halbwachs, 2004a, p. 34).

A partir de lo anterior, una de las condiciones para llegar a reconstruir un recuerdo y que este pueda identificarse como tal, se requiere de una serie de información e ideas conjuntas del grupo al que se pertenece y que se unen con los datos que ya tiene la persona que pretende volver sobre un determinado momento. Por ende, como ya se mencionó no recordamos en solitario, sino que es la

suma de lo individual con lo colectivo, con esas voces, personas, grupos en que nos inscribimos y tenemos contacto de múltiples formas.

En este punto, es importante aludir a la idea que presenta Halbwachs (2004a), sobre lo que acontece cuando se deja de pertenecer a un determinado grupo social o hay un alejamiento del mismo y es que cuando esto ocurre, tiene lugar el “olvido”, puesto que “olvidar un periodo de la propia vida es perder contacto con aquellos que nos rodeaban entonces” (p. 33). No obstante, como lo menciona este autor si se vuelve a establecer una comunicación con el grupo al que se pertenecía con el fin de recordar es necesario tener presente que no basta con que los miembros de dicho grupo aporten sus testimonios, sino que también “hace falta que no haya dejado de coincidir con sus memorias y que haya bastantes puntos en común entre una y otras para que el recuerdo que nos traen pueda reconstruirse sobre una base común” (p. 34). Es decir, debe haber unas semejanzas y conexiones por así decirlo entre esa memoria individual y colectiva para que se reconstruya el recuerdo y éste a su vez tenga un sentido y significado para los actores implicados.

También Halbwachs (2004a), aborda en su obra los “marcos sociales de la memoria”, que “representan corrientes de pensamiento y experiencia en las que sólo encontramos nuestro pasado porque ha sido atravesado por ellas” (p. 66). Son puntos de referencia para la memoria, un conjunto de nociones que podemos percibir porque hacen parte de nosotros y gracias a ellas y a las perspectivas del grupo o grupos a los que pertenecemos podemos evocar ese pasado y reconstruirlo. Son a su vez, “instrumentos que la memoria colectiva utiliza para reconstruir una imagen del pasado acorde con cada época y en sintonía con los pensamientos dominantes de la sociedad” (2004b, p. 11).

Dichos marcos sociales de la memoria o marcos colectivos como también son nombrados por el autor son: el tiempo, el espacio, la experiencia y el lenguaje que vendrían a ser marcos más

generales o globales, puesto que también de manera más local se encuentran el marco de la familia, la religión, las clases sociales, los afectos, la música, que desarrolla de manera amplia en su obra. La importancia de estos marcos radica en que constituyen el recuerdo social, dan una estabilidad, persistencia, permiten una organización en cierta medida de los recuerdos que a su vez contribuyen a una comprensión del mismo presente, de la realidad en que se encuentran las personas.

Las ideas expuestas por Halbwachs en torno a la memoria colectiva son retomadas por el historiador inglés Peter Burke en su libro *Formas de historia cultural* (2000), específicamente en el capítulo “La historia como memoria colectiva”, texto en el cual intenta borrar esas fronteras existentes entre la historia y la memoria colectiva, al denominarlas o equipararlas de igual forma por las funciones y significados que poseen:

He titulado este capítulo «La historia como memoria colectiva porque comparto esta visión de la historia. La expresión «memoria colectiva», que se ha impuesto en la última década, resulta una útil abreviatura para resumir el complejo proceso de selección e interpretación en una fórmula simple y pone de relieve el paralelismo entre las formas en que el pasado se registra y se recuerda (Burke, 2000, p. 68).

En este sentido, se asume la historia como una memoria colectiva, en cuanto al proceso que implica y el tratamiento que se le da al pasado por parte de un grupo social, lo acontecido queda plasmado entonces en la narración, fijado por la escritura, por la literatura misma que a su vez da cuenta de esos hechos anteriores que han permitido el desarrollo y la evolución del hombre, de la civilización a través del tiempo.

Asimismo, llama la atención en este libro el giro de los historiadores a través del tiempo, en la medida en que como lo menciona Burke (2000) “están empezando a ver la selección, la interpretación y la deformación como un proceso condicionado por los grupos sociales o, al menos, influido por ellos. No es obra de individuos únicamente” (p. 66). Lo anterior teniendo presente que

se ha generado una división entre historia y memoria colectiva, asunto que incluso es abordado por Halbwachs.

Para el sociólogo francés la memoria colectiva no se puede confundir con historia puesto que para él la historia es “sin duda, la recopilación de los hechos que han ocupado la mayor parte de la memoria de los hombres [...] la historia comienza en el punto donde termina la tradición, momento en que se apaga o se descompone la memoria social.” (2004a, p. 80), ideas que han sido controvertidas por diversos autores. En el caso de Burke, en su papel de historiador reconoce la importancia del concepto acuñado por Halbwachs y a su vez llama la atención sobre las relaciones existentes con la historia, específicamente con la historia escrita que tanto menciona y critica este sociólogo y el cambio de perspectiva de los mismos historiadores frente a los hechos o momentos que están supeditados a los grupos sociales y el proceso de selección que realizan de manera conjunta. Para este autor, una de las funciones más importantes de los historiadores es la de recordar, de ahí que la historia encuentre múltiples semejanzas y relaciones con la memoria colectiva, concepto que para este historiador inglés es de suma importancia:

Son los individuos los que recuerdan en sentido literal, físico, pero son los grupos sociales los que determinan lo que es «memorable» y cómo será recordado. Los individuos se identifican con los acontecimientos públicos importantes para su grupo. «Recuerdan» muchas cosas que no han experimentado directamente. Una noticia, por ejemplo, puede convertirse en parte de la vida de alguien. De ahí que la memoria pueda describirse como la reconstrucción del pasado por parte de un grupo (Burke, 2000, p. 66).

De acuerdo a lo anterior, los grupos sociales son quienes seleccionan, clasifican, organizan y determinan lo que se va a recordar dentro de una serie de hechos o situaciones que comparten los miembros de la colectividad, dando unos usos a la memoria en donde prima lo que sea significativo o digno de ser recordado. Esa historia escrita que menciona Burke va a estar presente en diversos formatos y géneros literarios que dependiendo de quien escribe va a responder a uno u otro asunto y va a presentar un panorama de dicho acontecimiento, un proceso de construcción del recuerdo

de aquel momento histórico o suceso que ha marcado la sociedad y el cual se considera merece ser evocado en lugar de ser olvidado.

Burke (2000) al igual que Halbwachs alude al olvido que es denominado como “amnesia colectiva” que para este autor es equiparable al olvido “En suma, la amnesia colectiva. Amnesia está relacionada con «amnistía», con lo que solía denominarse «actos de olvido», la supresión oficial de recuerdos de conflictos en beneficio de la cohesión social” (Halbwachs, 2004a, p. 82). Esto con el fin de abordar aquello que los grupos sociales, culturas han pretendido olvidar y lo que desean sea recordado y a qué responde dicha selección. Un asunto recurrente en los estudios de la memoria, puesto que tanto el recuerdo como olvido se encuentran en muchos casos en disputa y en otros funcionan como complemento o están interrelacionados.

Otro de los autores que ha abordado el tema de memoria colectiva es el profesor Félix Vásquez en su libro *La memoria como acción social. Relaciones, significados e imaginario* (2001), quien plantea que es un proceso y constructo social, vínculo que provee la continuidad de la realidad social:

Proceso y producto construido a través de las relaciones y prácticas sociales, donde el lenguaje y la comunicación ostentan un papel fundamental [...] definida por su carácter social, es decir, por ser proceso y producto de los significados compartidos engendrados por la acción conjunta de los seres humanos en cada momento histórico (Vásquez, 2001, p. 26).

Vásquez (2001), también aborda el concepto de memoria a partir de Halbwachs y problematiza los diferentes nombres que ha recibido la memoria como memoria histórica, memoria colectiva, memoria social, memoria pública, entre otros, para hacer referencia a la memoria que comparte una población o grupo social sin establecer unos límites o diferenciaciones entre cada uno de dichos términos. Por lo anterior, expresa que en su estudio y análisis no hará uso de los términos de memoria histórica o memoria colectiva, sino que se valdrá del concepto de memoria social pues “denota un sentido más satisfactorio. No obstante, lo habitual a lo largo del texto, será la utilización

del vocablo memoria, sin otras precisiones, ya que, como trataré de argumentar en la segunda sección, la expresión memoria social es redundante” (p. 27). Asimismo, enuncia que en su trabajo no hará distinción alguna entre el término memoria y recuerdo pues para él tienen el mismo significado.

En cuanto al término del olvido que está presente en los autores referenciados, Vásquez menciona que “vivir en sociedad implica *hacer memoria y hacer olvido*” (p. 26), para él son “integrantes del mismo proceso que es la construcción del pasado a partir del presente” (p. 28). Todo lo anterior en relación con su interés por cómo se construye conjuntamente la memoria, qué relaciones se establecen y el significado de dichas construcciones en los procesos sociales.

De los múltiples aportes que hace Vásquez (2001) al concepto de memoria colectiva se destacan las diferentes justificaciones para dar cuenta del carácter social de la memoria, las relaciones entre el olvido y la memoria, el papel del lenguaje, de la narración en la explicación de la memoria y la importancia del transcurrir del tiempo para la memoria puesto que defiende la articulación pasado-presente-futuro “A través de la memoria conectamos pasado, presente y futuro, con lo que, simultáneamente, producimos nuevos sentidos y tratamos de establecer nuevas coherencias a esos pasados, presentes y futuros” (p. 165).

En el contexto latinoamericano el concepto de memoria colectiva ha sido trabajado por varios autores, entre ellos por la escritora y crítica literaria argentina Beatriz Sarlo, en su obra *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión* (2005), en donde problematiza el uso de los testimonios para narrar la historia, interroga los modos en los cuales el pasado asedia al presente, es decir ejerce una acción persistente en el presente que a su vez está anudada al recuerdo. Varios conceptos están interrelacionados en su libro como son construcción de la historia, testimonio, vistas de pasado, tiempo, experiencia, memoria y posmemoria.

Sarlo (2005), aborda un importante concepto: “vistas del pasado” para referirse al pasado que se intenta reconstruir desde el presente porque “el tiempo *propio* del recuerdo es el presente: es decir el único tiempo *apropiado* para recordar y, también, el tiempo del cual el recuerdo se apodera haciéndolo *propio*” (p. 10). Dichas reconstrucciones están íntimamente relacionadas con la memoria colectiva y con el proceso de significación que realiza un grupo social, una colectividad a través de diferentes medios y formatos:

Se recuerda, se narra o se remite al pasado a través de un tipo de relato, de personajes, de relación entre sus acciones voluntarias e involuntarias, abiertas y secretas, definidas por objetivos o inconscientes; los personajes articulan grupos que pueden presentarse como más o menos favorables a la independencia respecto de factores externos a su dominio. Estas modalidades del discurso implican una concepción de lo social, y eventualmente también de la naturaleza. Introducen una tonalidad dominante en las "vistas de pasado" (Sarlo, 2005, p. 15).

En este sentido, el lenguaje se encarga como ya lo han mencionado otros autores de construir ese recuerdo, ese momento específico a través de las múltiples formas, producciones y expresiones artísticas y literarias que ofrece a la sociedad. Es decir que la narrativa atraviesa la memoria y los diversos nombres que esta ha recibido, puesto que como lo menciona Halbwachs (2004b) “la memoria depende de la palabra” (p.84), de la comunicación y el intercambio de experiencias, relatos, percepciones y significaciones dentro de un mismo grupo o colectivo.

Una de las propuestas de Sarlo (2005), que dialoga con la propuesta de Vásquez (2001), es la que establece la memoria y las vistas del pasado con otros tiempos, “Del pasado se habla sin suspender el presente y, muchas veces, implicando también el futuro” (p. 13). Lo cual deja ver cómo esa construcción y reconfiguración de un recuerdo, de un momento determinado de la historia está sujeto a ese marco social global mencionado por Halbwachs llamado tiempo que es fundamental y desencadenante para la memoria colectiva.

El recuerdo entonces hace parte del tiempo mismo, del proceso de construcción de la realidad social de una época en una sociedad en particular, pues como lo menciona Sarlo

“proponerse no recordar es como proponerse no percibir un olor, porque el recuerdo, como el olor, asalta, incluso cuando no es convocado” (2005, p. 9). De tal forma que el hombre por excelencia está vinculado al recuerdo desde un presente que evoca el pasado y a la vez está anudado al futuro, no se puede dejar de lado lo que se considera se ha dejado atrás puesto que todo acontecimiento le compete irremediable el presente mismo y adquiere sentido de acuerdo al grupo y a la selección que se hace de esa vista de pasado.

En cuanto al asunto del olvido, Sarlo (2005), lo menciona de manera muy general, sin entrar en detalles, aun así, se puede intuir que para ella la concepción de una contraposición es una opción de abordaje de ambos conceptos “La cuestión del pasado puede ser pensada de muchas maneras y la simple contraposición de memoria completa y olvido no es la única posible” (p. 26).

Continuando con los aportes en el ámbito latinoamericano sobre el concepto de memoria colectiva se encuentra el libro del profesor Jorge Mendoza titulado *Sobre memoria colectiva. Marcos sociales, artefactos e historia* (2015), en el cual retoma postulados de Halbwachs en torno a la memoria colectiva de manera detallada, en donde propone debates con los planteamientos de este sociólogo francés y a la vez actualiza dichas ideas de acuerdo a sus propios estudios y experiencia. A su vez presenta al lector su apuesta conceptual más relevante la cual es el concepto de artefacto.

También, como él mismo lo menciona este libro trata de “cómo se va forjando la memoria en la sociedad, del proceso de reconstrucción de un pasado significativo; habla de los elementos que van conformando la memoria colectiva” (p. 13). Una obra que muestra un amplio panorama sobre las discusiones que se han dado en torno a la memoria en Europa y Sudamérica. Finalmente ofrece un estudio de caso que toma como referente una situación de su país que lleva como título “La guerrilla y la guerra sucia en México: cuestión de memoria colectiva” (2015), lo cual dialoga

de manera organizada y coherente con el recorrido teórico y conceptual presentado en la primera parte de su libro.

En cuanto al concepto de memoria colectiva expresa que es entendida como “el proceso de reconstrucción de un pasado vivido o significado por un grupo o una colectividad” (Mendoza, 2015, p. 12), idea que comulga con los planteamientos de Halbwachs. Además, expresa que no se recuerda solo, sino con la ayuda de los recuerdos de otras personas, de tal forma que los recuerdos propios se forman o edifican sobre unos terceros como este profesor lo denomina. Asimismo “la memoria se construye sobre la base de relaciones con otros, de sitios, fechas y significados que se delinear socialmente” (Mendoza, 2015, p. 20), de un relato conjunto y una narración que unifica a un pueblo.

Para este autor las personas recuerdan gracias a lo que la comunidad a la que pertenecen les ha transmitido y todo ello se realiza a través de las diferentes prácticas sociales que este grupo posee, en este mismo sentido la memoria colectiva “implica la experiencia de una generación cuyo recuerdo se mantiene en generaciones posteriores; este saber es mantenido por la memoria y se encuentra en el pensamiento social” (Mendoza, 2015, p. 24). Esta idea es relevante en la medida en que alude a la permanencia de la memoria, del recuerdo a través del tiempo y que es custodiado en la sociedad, en la cultura misma.

Los marcos sociales son retomados por Mendoza (2015) como puntos o referentes de apoyo para que el recuerdo emerja, son sistemas lógicos, llenos de sentido, significado que posibilitan el acceso al pasado, gracias a ellos podemos volver a ese recuerdo, aunque se crean ausentes, pero sin ellos “Y es que con la carencia de marcos la memoria sería volátil, a la memoria los marcos le “proporcionan estabilidad y persistencia” (p. 31). Los marcos retomados de Halbwachs son el

espacio, el tiempo y el lenguaje en relación a otros más locales como la familia, las clases sociales, la religión, entre otros.

Este autor llama la atención sobre el marco central de la memoria colectiva “el lenguaje” ya sea oral, escrito, pictográfico, puesto que sea cual sea el tipo de lenguaje que se use, este proporciona una mayor posibilidad de anclaje y continuidad:

La comunicación en el caso de la memoria se efectúa, preferentemente, mediante lenguaje. Ese sistema de signos que describe la realidad, que da forma y sentido a las experiencias humanas, y que vehicula los significados compartidos de una sociedad: en buena medida en el lenguaje están inscritas las experiencias de una colectividad. De hecho, las propias palabras tienen su memoria, a eso es a lo que se le nombra etimología (Mendoza, 2015, p. 72).

Es así como la memoria es social porque para edificarla es necesario recurrir al lenguaje, a sus formas y posibilidades en la medida en que atraviesan el pensamiento, permiten la comunicación entre un grupo y gracias a ello la memoria tiene lugar, perdura en el tiempo y adquiere significado y sentido para la comunidad e incluso para generaciones venideras.

Por último, Mendoza (2015) alude a la noción de artefactos entendidos como “una especie de almacenes de acontecimientos significativos que permiten comunicar *a posteriori* lo que aconteció en tiempos pretéritos” (p. 79), su intención es comunicar y evitar caer en el olvido puesto que la dinámica del olvido es “la alta velocidad, la rapidez que con su celeridad impide que nada quede, que nada permanezca: en esa cadencia todo es fugaz” (p. 24). Los artefactos pueden ser objetos hechos para preservar la memoria (lápidas, placas, inscripciones en honor a alguien) utensilios de uso cotidiano, objetos comunes que adquieren un valor en el grupo o significado que atraviesa la experiencia como por ejemplo el primer boleto de un viaje. A su vez, la escritura, la fotografía, pintura, el cine, la literatura, las artes plásticas, el cuerpo mismo, son considerados como artefactos, es decir recipientes de la memoria.

Finalmente, el concepto de memoria colectiva ha sido objeto de interés de las Ciencias Sociales y ha generado múltiples preguntas, inquietudes, ideas, postulados y relaciones con otros

conceptos de igual importancia como la historia, la cultura, la memoria individual, el olvido, el tiempo, entre otros asuntos de relevancia. En este mismo sentido, son varias las discusiones que se han dado en torno a los nombres que ha recibido la memoria y al mismo tiempo se han establecido definiciones y conceptualizaciones que han enriquecido el campo cultural, mucho más en la actualidad donde las problemáticas que vive la sociedad, entre ellas las guerras y conflictos armados, requieren de un ejercicio, de un proceso de reconstrucción de la memoria colectiva de dicha comunidad en busca de la reparación, la verdad, la justicia, con el fin de no caer en el olvido, en la impunidad por parte del Estado, de la sociedad misma.

El referente principal del concepto de memoria colectiva es Maurice Halbwachs, quien acuñó este término, por ende, este autor es fundamental en la mayoría de investigaciones y trabajos que se ha hecho en torno a este concepto, lo cual puede verse de manera clara en los cuatro autores presentados anteriormente. Dichos autores comparten en gran medida la definición que este sociólogo francés da sobre memoria colectiva puesto que la entienden como un constructo social, un proceso de reconstrucción de un pasado por parte de un grupo o comunidad al cual se le otorga un sentido y significado que será rememorado y recordado a través de las generaciones.

También, el olvido tiene lugar en las obras abordadas, para algunos de ellos como ya se mencionó es un complemento en ese proceso de construcción de memoria, para otros es la pérdida, amnesia colectiva, la falta, la carencia de un recuerdo, de una parte del pasado, que se presenta porque el individuo se aleja del grupo al que pertenece imposibilitando la reconstrucción de un recuerdo, de un proceso de reconstrucción que además desde los postulados de Halbwachs se logra con la ayuda de los otros, pues no recordamos solos. De tal manera que sigue siendo un asunto que puede generar divisiones, debates y relaciones dependiendo de la perspectiva desde donde se pretenda analizar.

Asimismo, la mayoría de los autores aquí trabajados retoman la importancia de los marcos sociales como referentes y puntos de apoyo del recuerdo, de la construcción de la memoria colectiva, como son el tiempo, el espacio, el lenguaje (marco central), y en un nivel más local se encuentran la familia, las clases sociales, la religión, entre otros que referencian y ayudan en la consolidación y evocación de esa vista del pasado, de ese proceso de reconstrucción.

El lenguaje viene a ser entonces un eje estructural que atraviesa la memoria, un marco que permite que la memoria colectiva perviva a través del tiempo y el espacio, que permanezca y sea heredado a nuevas comunidades, generaciones y tiempos. Es así como la escritura, por ende, la literatura contribuye a la construcción de la memoria colectiva dado que la memoria es narrativa y por ello en las narraciones se ordenan los acontecimientos, los hechos en el tiempo y se les otorga una trama con actores, espacios, acciones que pueden reflejar una realidad, hacer visible una problemática, que llenan de sentido y significado no solo a quien cuenta sino también a quien escucha y lee dicho relato, dicha historia. Es así como la literatura se vuelve un artefacto, en palabras de Mendoza (2015), un recipiente de memoria.

En congruencia con lo anterior, las obras literarias aportan en la construcción de memoria colectiva, en la evocación de un pasado que pertenece a un grupo social claro está que ello podría estar condicionado al contenido mismo de la obra y a las intencionalidades del escritor, siendo más concretos al compromiso social de este con su época como pudo verse en el segundo capítulo de esta investigación.

En esta línea de sentido, algunos cuentos de Téllez y la novela *Manuel Pacho* como narraciones que se inscriben en la Literatura de la Violencia, logran dar cuenta de una problemática social que fue invisibilizada en su momento por los dirigentes que ostentaban el poder, pero que, gracias a los escritores, testigos de su tiempo, decidieron desde su memoria individual recordar, es

decir hacer memoria, recurrir a esa vista de pasado para denunciar, criticar un acontecimiento que marcó la historia del país como fue el conflicto armado bipartidista y que lamentablemente sigue haciendo eco con otros nombres en la sociedad colombiana, de ahí la importancia de recordar para no repetir.

3.2. Formas de evocar y reconstruir el recuerdo en la literatura

La memoria colectiva tiene lugar en la literatura en la medida en que, a través de la narración, el relato, la escritura, se hace un proceso de reconstrucción de un recuerdo, de memoria, puesto que gracias al lenguaje el hombre logra comunicar las experiencias que lo habitan, “no hay testimonio sin experiencia, pero tampoco hay experiencia sin narración: el lenguaje libera lo mudo de la experiencia, la redime de su inmediatez o de su olvido y la convierte en lo comunicable, es decir, lo *común*” (Sarlo, 2005, p. 29).

Asimismo, existen diversas formas en que la memoria colectiva se presenta en la narración, en el caso de algunos cuentos y fragmentos de la novela objeto de estudio dichas formas tienen lugar en unas subcategorías que permitirán la comprensión y visibilización de este concepto y las categorías en las obras literarias. La primera subcategoría que atraviesa las narraciones es *la infancia*, en la que se abordarán las relaciones que se tejen entre infancia, memoria y violencia en medio del conflicto armado en Colombia. La segunda subcategoría es *el recuerdo del campo*, como imagen y espacio en que se sitúan las historias y por ende la remembranza de quienes han tenido que enfrentarse al conflicto, ver morir a los suyos y perder lo que han construido. La última subcategoría que se abordará en este análisis es *el desarraigo* el cual se hace presente en la narración y que implica la expulsión, de alguien de su lugar de origen, una de las muchas huellas que deja la violencia.

3.2.1. La infancia: voces silenciadas, semillas que no germinan

La infancia comprendida desde Gaitán (2006) como “una realidad socialmente construida, que como tal presenta variaciones históricas y culturalmente determinadas por el conjunto de mandatos, pautas y normas de conducta que se aparejan al modo de ser niño en un momento concreto” (p. 10), permite ver este concepto como una construcción social, un fenómeno social que va a estar definido y circunscrito a la sociedad, a los cambios y transformaciones que esta tenga que atravesar.

Como lo menciona Casas (2006) “La infancia, en última instancia, es lo que cada sociedad, en un momento histórico dado, concibe y dice que es la infancia” (p. 29), de ahí que este término reciba varios nombres, definiciones y clasificaciones pues responde a unas dinámicas específicas de cada comunidad.

Asimismo, la infancia como fenómeno y construcción social está inmersa en la realidad de una sociedad, de un grupo determinado y ello incide en su proceso de desarrollo, aprendizaje, socialización entre otros. En el caso colombiano, la infancia ha estado íntimamente relacionada con la violencia pues “Los niños se encuentran afectados por las mismas fuerzas políticas y económicas que los adultos están sujetos, igual que estos, a los avatares del cambio social” (Gaitán, 2006, p. 10). En esta línea de sentido, el conflicto armado ha hecho parte de la historia del país y ha generado fracturas y cambios en todo el territorio, afectando a los niños de diferentes maneras pues ellos también son víctimas que han tenido que sufrir los estragos de un conflicto que parece no tener fin.

Sus voces también han sido acalladas, sus cuerpos han sido ultrajados y violentados y han tenido que padecer la violencia y sus marcas a través del tiempo. De ahí que merezcan ser reconocidos como víctimas, como portadores de una historia, de memoria frente a una realidad

social que clama por la paz, por la justicia, el derecho a nacer, la vida misma. Desde la infancia se generan recuerdos que permanecerán en el tiempo y que a su vez se generan de acuerdo a los referentes con los que se cuentan.

En diálogo con lo anterior, los cuentos de Téllez y la novela *Manuel Pacho* presentan de sus personajes principales niños e incluso un joven que, como lo menciona Caballero Calderón (1976) en su obra “en realidad no era sino un niño grande” (p. 18). La presencia de la infancia en estas narraciones no es fortuita puesto que como ya se mencionó ellos han sido protagonistas al igual que los adultos de la violencia y sus múltiples formas en el territorio colombiano, mucho más en el campo.

En el cuento “Lección de domingo”, la historia comienza con el recuerdo de la llegada de tres hombres desconocidos al pequeño salón de clases de la señorita Marta Amaya, lo que desencadena una serie de hechos y acciones que se quedarán grabadas en la memoria del personaje principal pues este ya siendo adulto es quien cuenta la historia, es decir vuelve sobre ese pasado a través de un “artefacto” como menciona Mendoza (2015) que ayudan a preservar y trazar la memoria, objeto que en este caso es la biblia, específicamente un pasaje del evangelio de San Marcos que el personaje principal lee y es en ese momento cuando reconstruye ese recuerdo puesto que el día que ocurrió este hecho atroz en contra de su maestra y de ellos mismos como estudiantes, la señorita Marta estaba leyendo el mismo pasaje:

Debo advertirles que todo esto pasó hace muchos años, pues ya soy un viejo, y no voy a la escuela. De la significación de lo acontecido esa tarde de domingo, fuera del salón de clases, no me di cuenta sino transcurrida una buena porción de tiempo. Creo que cuando ya me había convertido en eso que llaman un hombre. Y lo habría olvidado por completo si hoy, al abrir incidentalmente una Biblia, no hubiera tropezado con las palabras de San Marcos en el Capítulo 12. “Pero si estas eran las palabras de la señorita Marta”, me dije (Téllez, 2003, 26).

En este fragmento ocurren varios asuntos importantes a tener presente, puesto que Téllez se vale de la memoria, de la construcción de un recuerdo para dar cuenta de la violencia que se sufría en

el campo y cómo la infancia, los niños, se encuentran en medio del campo de batalla encarando un conflicto que nos les corresponde y que indudablemente dejará una marca, una huella en sus vidas, puesto que el pasado asecha al presente.

Asimismo, el olvido tiene lugar en este cuando el personaje principal considera que este episodio de su vida en la escuela había sido borrado u olvidado casi en su totalidad pero que al tomar la biblia y encontrar el pasaje este recuerdo vuelve a aparecer, lo cual se sabe que ocurre porque el artefacto ha sido detonante y material edificador para la memoria colectiva, puesto que cuando se recuerda no se hace en solitario sino que se hace con los recuerdos de terceros, de ese grupo al que se pertenece. El olvido entonces dialoga con el recuerdo en este fragmento y da lugar a la memoria, hecho que se verá de manera repetitiva durante la narración.

En esta narración, el escritor también presenta una cualidad que se ha establecido de la niñez la cual es “la inocencia”, en la que se alude a la pureza del alma, la carencia de culpa, la falta de maldad o intención de hacer daño u ofender a alguien. Esta cualidad está latente en el cuento cuando mientras los niños esperan que su maestra vuelva después de ser sacada por la fuerza por dos hombres, uno de ellos se queda y comienza un juego con aquellos niños al tomar los cuadernos de la mesa de la maestra y comenzar a llamarlos por su nombre:

“Y ¿quién es Inocencio Cifuentes?”. Me incorporé. Y sentí que la cara se me llenaba de calor. No dije nada. No dije como los demás: “yo, señor”. El hombre se quedó mirándome con simpatía. “Yo también soy Cifuentes”, dijo. Todos reímos, inclusive el pequeño Pablito Mancera a quien, tal vez, le había pasado ya el miedo. El hombre continuó su juego. Y se divertía evidentemente. Y nosotros empezamos a divertirnos también. [...] Empezábamos a olvidar a la señorita Marta. Empezábamos a olvidar que se la habían llevado los otros dos. Y que los tres entraron, bueno, como ladrones. Empezábamos a olvidar que debajo de los sacos, colgados del cinturón, estaban los revólveres. Empezábamos a olvidar la guerra entre revolucionarios y gobiernistas (Téllez, 2003, p. 27).

En este fragmento se puede ver claramente como los niños en medio del miedo y la zozobra en que se encuentran, actúan de manera inocente al entrar en el juego que aquel hombre les proponía y comienzan como el personaje principal menciona a divertirse y a olvidarse por así decirlo de

todo lo que estos hombres representaban, de las armas que los acompañaban, de la ausencia de su maestra y de la guerra misma puesto que el juego se mostraba como un distractor de aquella realidad y un medio para alejar el temor que embargaba su cuerpo desde el momento en que aquellos hombres entraron al salón. Sin duda, este recuerdo del personaje principal de manera descriptiva permanece almacenado en su memoria y por ende en el grupo que hace parte de esta historia.

La inocencia se muestra como un escape, una salida ante la realidad que desborda y que se muestra inexplicable ante los ojos de aquellos niños que se encuentran en medio de una guerra que les es ajena. Sin embargo, el miedo continúa acechándolos y se convierte en una constante durante toda la narración, un momento de tensión, confusión e indefensión:

Nadie saldrá de aquí todavía. ¿Entiende? ¿Entienden todos?”. Collazos se sentó de nuevo. Silencio absoluto. El miedo había regresado a la clase y entraba, de lleno, a nuestros pechos. Un casi imperceptible hilo de llanto sonaba a mi espalda. Era, claro está, Pablito Mancera” (Téllez, 2003, p. 28).

De nuevo el conflicto armado los alcanza y amenaza de manera contundente y directa, aquellos niños se encuentran a merced de sus verdugos sin derecho a opinar, preguntar o actuar frente a lo que escuchan, observan y perciben en aquel salón de clases. Su voz es silenciada por los hombres que han irrumpido abruptamente y que los vigilan, atemorizan e imponen su voluntad puesto que representan una autoridad a la que hay que obedecer puesto que de ello depende la vida.

¿Ustedes desean saber cuánto tiempo pasó hasta cuando los otros dos hombres se presentaron otra vez a la puerta del salón? Pero eso es exigirme demasiado. Y estoy seguro de que si ustedes se encuentran alguna vez con Collazos, con Villarreal o con Cepeda o con Pablito Mancera, no conseguirían saber más de lo que yo les cuento. El tiempo es una cosa vaga e imprecisa, una cosa que a veces se detiene como un tren que falla y otras sigue raudo, como un río impetuoso. Lo único que puedo decirles es que en medio de ese trozo de tiempo yo quedé sumergido, con el corazón palpitante de miedo. Pensé que si me movía, el hombre podía matarme (Téllez, 2003, p. 29).

De igual forma, en este fragmento el personaje que narra la historia expresa que lo que está contando incluye a su grupo, coincide con la versión de sus compañeros pues todos estuvieron ahí y es entonces donde tiene lugar lo que menciona Halbwachs (2004a) “En efecto, la memoria se

construye sobre la base de relaciones con otros, de sitios, fechas y significados que se delinear socialmente” (p. 20). Asimismo, se hace hincapié en el tiempo que como marco social sirve de referencia para construir ese recuerdo en específico y los pensamientos que se tejieron en torno a este, pero también se desdibuja y parece no tener una medida clara, esto se puede evidenciar en los modos de nombrar el recuerdo y en la expresión “el tiempo es una cosa vaga e imprecisa”.

En esta línea de sentido, el cuento “El regalo” también aporta en el abordaje de la infancia en medio del fenómeno social de la violencia en Colombia. Este relato presenta la historia del niño Diomedes quien va un domingo a visitar a su padre que se encuentra en la cárcel que está en el pueblo, por lo que tiene que emprender un largo camino para llevarle un pequeño canasto con regalos de su madre, debido a que esta se encuentra enferma, tendida en la estera por un fuerte dolor en el estómago. Mientras hace el recorrido respectivo para llegar a su destino se encuentra varios de sus vecinos y conocidos quienes intentan advertirle que se cuide, que algo está pasando, pero no logran persuadirlo. Cuando Diomedes entra al pueblo un guardia lo retiene por la espalda puesto que nadie puede entrar a la plaza y no comprende la razón, simplemente observa que hay varios guardias en cada esquina y se aprovecha que la gente forma un tumulto para reclamarle a este guardia y se escurre para cumplir su objetivo y ver a su padre. La detonación de un fusil hace que el cuerpo del niño se desplome en medio de la plaza y que el canasto ruede y deje en el polvo los alimentos que contenía y la vida de aquel infante.

Diomedes va corriendo. “¿A dónde vas tan aprisa?”, le pregunta, al pasar, montado en su bello zaino el mayordomo de “Las Tres Colinas”, don Urías Gutiérrez. “Voy al pueblo, a ver a papá”, responde deteniéndose Diomedes. “¿Qué llevas ahí?”. “Un encargo de mamá”. Don Urías mira al niño Diomedes, quiere decirle algo, pero se arrepiente, aprieta con los talones el vientre de su cabalgadura y sigue al trote. Diomedes ve alejarse el caballo y el Caballero Calderón como en los cuentos: entre una nube de polvo (Téllez, 2003, p. 38).

A medida que se va narrando la travesía del niño Diomedes para llegar a donde se encuentra su padre, se van mostrando las cualidades y características propias de este personaje, un niño de 11

años que ha tenido que recorrer este camino muchas veces bajo las inclemencias del tiempo, sin zapatos al punto que sus pies han perdido la curva, pero a pesar de ello le permiten continuar caminando por ese sendero por ese camino que la vida misma le ha propuesto y que ya sabe sortear a su corta edad.

Sin embargo, la sombra del conflicto armado lo asecha desde que comienza su recorrido y a pesar de que intentan advertirle, él tiene un objetivo fijado y debe alcanzarlo sin importar las consecuencias puesto que alguien muy importante lo espera y además su madre le ha encargado esta misión, la cual piensa cumplir a cabalidad:

“Cuidado, cuidado”, le grita una mujer, tratando de agarrarlo por el brazo. Pero él se desprende con violencia. “Voy a la cárcel a ver a papá”, responde orgulloso. El canasto oscila sobre su brazo al impulso de la carrera. Diomedes se siente feliz. Ha olvidado todo, todo, para recordar únicamente a papá que está en la cárcel. Por eso corre, vuela como un endemoniado, para llevar el regalo de los seis bollos blancos y del trozo de cerdo. Nadie podría detenerlo (Téllez, 2003, p. 40-41).

Diomedes le ha dado prioridad al recuerdo de su padre en la cárcel, que a su vez le da la confianza para ir al pueblo y cumplir con el objetivo de ver a su padre y entregarle los alimentos que su madre ha preparado para él. Dicho recuerdo hace parte de ese marco referencial de la familia, por lo que ha adquirido sentido y significado para este niño al punto que se ha vuelto su fuerza para seguir adelante y llevar aquel regalo.

La inocencia también tiene lugar en esta historia pues Diomedes no logra comprender las señales que se le presentan en el camino cuando lo intentan detener y advertir de lo que está pasando en el pueblo y cuando tanto la señora como el guardia lo agarran para protegerlo ante la situación de orden público y violencia que se estaba presentando en el pueblo.

A su vez, tampoco logra comprender la razón por la que no puede entrar a la plaza puesto que “al otro extremo, está la cárcel, y en la cárcel está papá” (Téllez, 2003, p. 40), esta idea, este recuerdo como el mismo narrador lo menciona guía su camino y sus acciones por lo que encuentra la manera de escabullirse en medio de la discusión que se genera entre el guardia y la gente que

llega para ver lo que sucede con él. Pero en medio de una contienda no hay límites ni respeto por la vida, sea quien sea, por ello “Las niñas y los niños han sido las víctimas más afectadas por el conflicto armado y en ellos permanecerán las huellas de la guerra que vivieron” (Mariño, 2005, p. 51).

La muerte de este niño representa al mismo tiempo una pérdida del Estado mismo, de la sociedad, que en lugar de brindar protección, bienestar y condiciones para que los niños puedan crecer en un ambiente sano continúan una disputa que sigue dejando a su paso innumerables víctimas. En este sentido, la frase con la que finaliza el relato adquiere todo sentido en relación con el desarrollo de la infancia y la promesa que es para la sociedad, “El canasto ha rodado un poco y ha dejado sobre el polvo seis miserables bollos de maíz, un trozo de cerdo y un proyecto de hombre” (Téllez, 2003, p. 41).

Para finalizar el análisis propuesto de esta subcategoría de la infancia en relación a la memoria colectiva, se encuentra la novela *Manuel Pacho*, en donde el protagonista es Manuel Pacho que, aunque “parecía un enano viejo, en realidad no era sino un niño grande” (Caballero Calderón, 1976, p. 18). A este personaje le toca enfrentar la violencia de manera directa puesto que tiene que ver la masacre de su familia a manos de unos bandidos y a causa de ello debe dejar su propio hogar y comenzar una travesía con el cadáver de su padre a costas, una realidad que para la edad y la mentalidad de este personaje es abrumadora, desconcertante y sin duda deja una marca en quien tiene que sufrir y padecer esta situación.

Una nube roja le pasó ante los ojos. Cuando pudo abrirlos y aclararlos columbró a los bandidos que tiraban los cadáveres al río. Los cogían por las manos y los pies, entre dos; los balanceaban en el aire y los lanzaban al agua que chapoteaba y estallaba en un hervidero de espumas (Caballero Calderón, 1976, p. 12).

Como lo mencionan Barrera y Aldana (2016) al tratar las secuelas que la guerra ha dejado en una persona, mucho más en un niño, expresan que dichas secuelas afectan su desarrollo en diferentes dimensiones que sin duda repercutirán en la vida adulta:

El ser testigo presencial de actos de barbarie como el asesinato de sus seres queridos en las plazas de los pueblos, las torturas a las que fueron sometidos sus vecinos para obtener información y demás episodios a través de los cuales los grupos armados logran sembrar el terror, pues todo esto afecta el estado y desarrollo afectivo, emocional, familiar y escolar de los menores, los cuales llegan a presentar posteriores episodios depresivos y que a largo plazo los puede convertir en adultos inseguros, reprimidos, con dificultades en los procesos de aprendizaje y socialización (Barrera y Aldana, 2016, p. 71).

Este es el caso de Manuel Pacho que tiene que perder a su familia gracias al conflicto bipartidista de una manera cruel y descarnada pues tiene que ser testigo de los hechos y tomar decisiones que darán un giro en la historia en la medida en que harán que este niño grande como lo nombra el narrador se vea en la obligación de asumir el liderazgo de un objetivo, de realizar un acto de heroísmo al tener que llevar el cuerpo de su padre a costas por el llano enfrentándose a diferentes peligros y contrariedades, lo que lleva a que este personaje “crezca” en medio del trayecto que se ha marcado, sin dejar de lado que los miedos, las dudas, la sensación de soledad y la desesperanza lo acompañan en dicho recorrido de manera permanente.

En medio de su recorrido hacia el pueblo de Orocué, Manuel Pacho va construyendo recuerdos de su infancia, su paso por el colegio, las diferentes experiencias en la hacienda con sus padres y su amor por el llano al igual que su conocimiento de aquella tierra, aquella naturaleza que desde pequeño lo acompañaba.

En un fragmento de esta novela se alude a la memoria en medio de la construcción de recuerdos que este personaje va haciendo sobre sus experiencias en el colegio, los profesores y compañeros:

A medida que pasaba el tiempo, aquellas imágenes se desdibujaban y se deslucían; se empeñaban en el cristal sucio de la memoria. Pero pasaba algo más. Pasaba que esas imágenes se iban cristalizando en esqueletos de palabras, de manera que recordar era repetir lo que había contado

muchas veces a los peones en la cocina, en tanto que el invierno, con las crines al viento, galopaba por el llano como un tropel de caballos (Caballero Calderón, 1976, p. 62).

Caballero Calderón por medio del narrador omnisciente establece una relación del recuerdo con las palabras y al mismo tiempo se alude a ese recuerdo, a esa memoria colectiva que se va construyendo o edificando con los otros, con esa familia que Manuel Pacho tenía aparte de sus padres, puesto que los empleados de la casa también hacían parte de ese marco social que le permitía volver una y otra vez sobre aquellas historias, aquellos relatos y vivencias de su infancia.

El olvido también tiene lugar en esta narración, pues hace que Manuel Pacho omita o borre de manera pasajera lo que ha ocurrido con su familia, con su casa mientras recorre el llano que tanto lo inspira. Sin embargo, cuando reconstruye el recuerdo de lo que ha vivido y padecido vuelve a ser consciente de su presente, de la soledad en que se encuentra y de la misión que ha emprendido de manera decidida:

-Olvidaba que ya no habrá parranda esta noche, ni vendrá el curandero, ni quedan restos de la casa de “La vuelta del cura”. Con esta mala cabeza que tengo olvidaba que, a la mamita, y al mayordomo y su mujer y a Ana Tulia y sus dos hermanitas, y a los cuatro peones, y al cuidandero, los bandidos los mataron y los tiraron al río. Los cogieron entre dos, el uno por las muñecas y el otro por los tobillos, y ¡zas! Al agua. Olvidaba que todo eso se acabó, ¡compasión de Manuel Pacho! Ahora voy solo por el llano, solo con mi alma, sin nadie que me acompañe, ni siquiera la patasola, solo con el cadáver de viejo que se estaba pudriendo sobre mis espaldas (Caballero Calderón, 1976, p. 103).

En este fragmento, el olvido le permite llegar a ese recuerdo pues como lo menciona Vásquez (2001) “El olvido no puede existir sin memoria, ya que identificar un olvido, significa reconocer una ausencia o una pérdida” (p. 68), lo cual puede verse de manera clara en los pensamientos de Manuel Pacho pues al construir dicho recuerdo se da cuenta de la pérdida que ha tenido sobre su realidad, su historia y su experiencia. Los cuidados y la protección que le brindaba su grupo, su comunidad, su familia ya no los tenía puesto que la violencia se los había arrebatado de repente y ante ello solo el cuerpo de su padre que llevaba a cuestas llegaba a ser su única compañía.

A Manuel Pacho como a Inocencio Cifuentes y Diomedes el conflicto armado bipartidista les arrebató su familia, su escuela, sus sueños, su propia infancia y credibilidad en la misma humanidad, pues los vejámenes a los que fueron expuestos, las torturas y balas que atravesaron su cuerpo son marcas que quedan en la memoria. Al personaje Manuel Pacho propuesto por Caballero Calderón (1976) el mundo le era extraño y ajeno después de lo sucedido con su familia “Era como si le hubieran arrancado violentamente el porvenir y sobre el día de mañana no se le ocurriera la menor idea” (p. 127).

La infancia entonces se ve atravesada por la violencia y la memoria colectiva en estos cuentos y novela de manera contundente pues incluso para algunos de los personajes la infancia y todos sus matices, características y cualidades les han sido arrebatadas por una masacre, de una o múltiples torturas, del abuso de poder y del despojo de su propia tierra, de su propio hogar. Los niños han sido víctimas de un conflicto armado que parece perpetuarse en el tiempo y que sigue menoscabando el proyecto de construcción de una sociedad equitativa. La memoria colectiva tiene entonces un lugar importante en ese proceso de reconstrucción de recuerdos e incluso de esos olvidos que los personajes realizan con respecto a las crueles y desgarradoras experiencias que les toca vivir y que dan cuenta de una realidad social que aún sigue teniendo eco en Colombia.

3.2.2. El recuerdo del campo: escenario de memoria y olvido en medio de la violencia

La palabra campo proviene del latín *campus* (terreno plano). Es entonces un espacio, un lugar en el que habitan personas que trabajan o labran dicho terreno, el nombre que reciben dichas personas es campesinos, aun así, es importante reconocer que en la actualidad otras poblaciones también se encuentran y hacen parte de este sitio.

Se ha elegido el *recuerdo del campo* como subcategoría puesto que evoca y hace referencia a un espacio en el que se desarrollan unas determinadas dinámicas, acciones y narraciones como

puede verse en las obras literarias objeto de estudio. Es en este sentido que podría inscribirse en el marco social del espacio que aborda Halbwachs (2004a) al convertirse en un sitio que ocupa una población y que posibilita la memoria. Asimismo, en este espacio convergen significados y símbolos propios de una comunidad. El recuerdo del campo se consolida como un espacio social y común en el que se dan diferentes interacciones, experiencias, intercambios que van adquiriendo valor para una comunidad y,

Aunque en una gran ciudad es fácil ser olvidado, los habitantes de un pueblo no dejan de observar, y la memoria de su grupo graba fielmente todo lo que puede de los hechos y los gestos de cada uno de ellos, porque repercuten en cualquier pequeña sociedad y contribuyen a modificarla. En estos entornos, todos los individuos piensan y recuerdan en común. Cada uno tiene, como es natural, su punto de vista, pero en una relación y una correspondencia tan estrecha con los de los demás que, si sus recuerdos se deforman, basta con situarse en la perspectiva de los demás para rectificarlos (Halbwachs, 2004a, p. 79).

Como lo menciona este sociólogo francés, los pueblos y por ende el campo o el recuerdo del mismo favorece la memoria de un grupo social en la medida en que se da un conocimiento y reconocimiento del espacio mismo que se comparte, de los miembros, de las dinámicas y de los movimientos que se pueden realizar al interior de dicho lugar y que lo diferencian de otros sitios. De ahí que el recuerdo del campo conlleve a la construcción de ese pasado con mayor rigor y detalle puesto que hay un proceso de edificación conjunta, una perspectiva en común que al compartirse con los demás da mayor veracidad y valor a aquel recuerdo, a aquella vista.

En muchos de los cuentos de Téllez analizados aquí y en la novela Manuel Pacho el recuerdo del campo es un escenario para dar cuenta de una problemática social y política que estaba desangrando al país. Además, la elección de este lugar no es fortuita pues en medio del conflicto armado el campo ha sido el sector más golpeado, abandonado y violentado, por lo que sus habitantes son quienes han tenido que sufrir los estragos de dicha contienda.

Cinco de los seis cuentos que hacen parte del objeto de estudio tienen como escenario el campo, al igual que la novela de Caballero Calderón, no obstante, las relaciones que se han

establecido en este capítulo en relación a la memoria colectiva y a las subcategorías abordadas hacen que solo tres de ellos se tomen como referente para vincularlo con la memoria colectiva y con esa subcategoría en específico como se verá a continuación:

El día se presentaba hosco, con nubes de plomo y una evidente amenaza de lluvias. Hacía bochorno. Juan miraba los campos por encima, más allá del sombrero del visitante: verdes, amarillos, pajizos, otra vez verdes, un verde más intenso que los otros, y luego un verde desleído. El valle se veía bien desde ese sitio. Era un buen sitio para verlo ondeante, verdeante con todas sus espigas, cuando el viento soplaba (Téllez, 2003, p. 17).

En este apartado del cuento “Cenizas para el viento” el narrador omnisciente presenta al lector el lugar en el que ocurre la tragedia de la familia de Juan Martínez, un valle, un campo inspirador habitado por familias campesinas herederas de dicha tierra. Aun así, el día en que el hijo de Simón Arévalo va a darles la razón enviada por los guardias de que es mejor que se vayan del pueblo el día se muestra áspero y desagradable, ambiente que a su vez está en línea con la amenaza que recibe esta familia y que ya ha sido proferida a otras familias de aquel lugar.

Juan comienza a recordar gracias al recuerdo del campo, de su vereda, su casa e incluso recuerda la deuda que tiene de la casa que habita. Asimismo, recurre a una vista del pasado (Sarlo, 2005) que le permite volver a un momento específico que lo inquieta y preocupa “Recordó que una semana antes había estado en el pueblo. Una cosa le llamó la atención: algunos guardias, además del fusil, llevaban en la mano un rebenque. ¿El fusil?, vaya. ¿Pero el látigo? Juan cavilaba” (Téllez, 2003, p. 19). El comportamiento del pueblo y de la autoridad había cambiado y ello le generaba temor, este recuerdo sería también una señal, un indicio de que las cosas no estarían bien y se pondrían aún peor. La muerte rodeaba la comarca y estaba persiguiendo a Juan, ya había tocado a su puerta, se había anunciado y no había marcha atrás, por lo que la vida de aquella familia quedó reducida a cenizas.

El recuerdo feliz del campo, de la vereda y las vivencias de Juan y su familia se contraponen al presente temeroso que viven los personajes frente a esa sentencia de muerte que los acecha. En

este punto el pasado y le presente tienen lugar gracias al recuerdo que tiene este personaje principal en la narración permitiendo que el lector participe en este proceso de memoria colectiva, que establezca relaciones, preguntas, interpretaciones y comprensiones en torno al fenómeno social de la Violencia, las víctimas, el abuso de poder, la memoria y el olvido en el campo colombiano.

En el cuento “Lección de domingo” el campo es el escenario de la violación a la señorita Marta y la tortura psicológica y abuso de poder ejercidos a los once estudiantes de aquella escuela y de manera general escenario de disputa entre “revolucionarios y gobernistas” (Téllez, 2003, p. 27), a su vez es la tierra que los vio nacer, es el mundo para aquellos pequeños, el cual se observa detrás de una ventana del salón de clase, “más allá de ese muro de cal, por detrás de la espalda del hombre sentado en la silla de la señorita Marta, estaba el campo, y el olor del campo, y nuestras casas y mamá esperándome” (Téllez, 2003, p. 28). Ese sitio está lleno de significados y valor dado por el grupo social al que pertenecen, en el cual se construyen recuerdos, se generan experiencias y aprendizajes.

La situación que se presenta en aquella escuela que hace parte del pueblo y del campo mismo repercute en cada espacio “Y no se oía nada más que ese susurro de pena en todo el silencio de la clase, en todo el silencio de la casa, probablemente en todo el silencio del pueblo y de los campos” (Téllez, 2003, p. 29). De ahí que sea un marco social y punto de referencia del recuerdo del narrador, del mismo escritor que quiso evidenciar la violencia en aquellas tierras y las víctimas del conflicto armado bipartidista.

Otro de los cuentos que tiene como marco social el campo es “El regalo”, puesto que Diomedes vive en una vereda lejana al pueblo y debe ir a este lugar a visitar a su padre que se encuentra en la cárcel:

El camino, además de largo, es estrecho. “De herradura” lo llaman. Y hay, en efecto, huellas de herradura que quedan impresas en el polvo blando y caliente. Huellas de mulas, con su carga de panela, huellas de caballo, con su carga humana, huellas de asno (Téllez, 2003, p. 38)

Las huellas a su vez dan cuenta del paso mismo de la vida, de la dinámica de la comunidad en la que se inscribe la narración y de las condiciones que tiene aquel lugar. Sitio que está lleno de significado, de prácticas sociales y culturales que enuncia el narrador y que van dibujando al lector aquella imagen de pueblo y vereda.

Es el camino de su vida. Árboles, piedras, recodos, ventas, sembrados, el manantial del kilómetro 29, la Cruz del Diablo en la colina de “Las Acacias”, la fritanga en la tienda de Ramírez, el olor de la caña molida en el trapiche de los señores González, y la sombra al lado derecho, en la mañana, y al lado izquierdo, en la tarde. Sabe dónde se pueden cortar ramas para prender fuego en la cocina del rancho, dónde se puede coger una fruta, sin peligro, dónde se puede mirar, también sin peligro, el trabajo de las abejas y la paciente tarea de las hormigas (Téllez, 2003, p. 39-40).

En este fragmento se da cuenta de una memoria colectiva que ha sido construida por el pueblo a través del campo, de los caminos que unen la comunidad, de la naturaleza, los encuentros entre los vecinos, de las prácticas sociales de aquel grupo social al que pertenece y que a su vez están construidas en colectivo. Ese camino es su vida misma construida con la ayuda de los otros, de sus recuerdos, sus voces, sus experiencias, sus dinámicas.

En cuanto a la novela Manuel Pacho, esta se gesta en el campo, lugar que ama este personaje y que inspira todas sus alegrías y recuerdos, incluso aquel lugar era un alivio para los dolores “Para todo hay remedio en el llano. Para el cólico el arbojol, la zarzamora para las calenturas, la cañafístula para aflojar la cañería del 'estógamo” (Calderón, 1976, p. 50), además, dicho espacio hacía que tuviera claro lo que él era y cómo hacía parte de la comunidad de llaneros “Yo soy un jinete, un llanero, un castrador, un domador de potros” (Calderón, 1976, p. 59), así estas ideas de Manuel Pacho fueran una fantasía acerca de su personalidad, se constituían y eran posibles gracias a la existencia del campo.

El escritor Eduardo Caballero Calderón ubica su historia en el llano, dándole relevancia a este espacio en la medida en que hay muchos apartes para describir el paisaje, las prácticas sociales y culturales de los habitantes de dicho lugar y para mostrar el amor de su personaje principal por

estas tierras y todo lo que de manera individual y por ende colectiva significa este sitio para Manuel Pacho y cómo tiene que recorrer los caminos que tanto ha transitado con el cadáver de su padre a cuestras enfrentándose a diferentes peligros y cruciales decisiones.

Quando el profesor masculaba latines o fórmulas de otro mundo, al pie de la pizarra embadurnada de trazos de tiza que no querían hacer nada. Manuel Pacho pensaba en el llano. Ahora en medio del llano, Manuel Pacho ni lo miraba siquiera. Lo sabía, lo sentía como uno sabe y siente su propia piel sin necesidad de mirársela (Caballero Calderón, 1976, p. 76).

Para este personaje el llano específicamente representaba todo lo que era, todo lo que tenía, sabía y conocía pues era su mundo. De ahí que emerjan y se construyan múltiples recuerdos en medio de la travesía que ha emprendido y en donde su vida parece pasar a un segundo plano pues la promesa de darle un entierro digno y católico al cuerpo de su padre es su único gran objetivo, ello en medio de la culpa, la tristeza y la soledad en la que se encuentra. Sus recuerdos están acompañados por los de esos otros, sus padres, compañeros, profesores, vecinos, empleados de la hacienda, los mismos bandidos o bandoleros que destruyeron y arrasaron con todo lo que tenía y que indudablemente era su mundo.

El campo como marco social donde se construyen los recuerdos de este personaje tiene relevancia para el desarrollo de la historia, da cuenta de una colectividad, de una comunidad que se ve afectada de manera directa por el conflicto armado bipartidista y a la vez refleja el olvido y la falta de garantías, de seguridad, de protección para quienes habitan dicho lugar y quienes están sometidas a los más grandes vejámenes a manos de aquellos que por un partido, un color, una ideología han ido en contra de la población.

3.2.3. El desarraigo en la contienda: entre el resistir y el huir

La palabra desarraigo hace alusión a ese proceso en que una persona se ve forzada a dejar o abandonar su hogar. También, está relacionado con “Separar a alguien del lugar o medio donde se ha criado, o cortar los vínculos afectivos que tiene con ello” (Real Academia Española, s.f.,

definición 3). En el estudio hecho por Vladimir Montoya (2012), el desarraigo es comprendido como una “estrategia de control y dominio territorial” (p. 24-25).

Las definiciones anteriores dialogan en gran medida con lo que acontece con los personajes protagonistas de las historias de Téllez y Caballero Calderón, puesto que el desarraigo tiene lugar en el cuento “Cenizas para el viento” y en la novela *Manuel Pacho*, de manera diferente teniendo presente que en el primero se presenta una resistencia a esta expulsión proferida por terceros y en el caso de la novela se da una huida, un abandono del hogar en vista de que la violencia ha arrasado con todo y lo ha reducido todo a cenizas.

En el cuento “Cenizas para el viento”, la historia desde el inicio va mostrando la forma como se presenta el desarraigo por medio del aviso dado por el hijo de Simón Arévalo a Juan Martínez en su casa “Dijo que si no nos íbamos antes de una semana vendrían para echarnos” (Téllez, 2003, p. 19), a lo cual la familia Martínez hace caso omiso pues como ellos mismos lo mencionan tendrán que matarlos antes de que decidan abandonar su hogar y lo que allí tienen y a lo que a su vez le han dado valor y significado.

No obstante, el miedo de ser echados o expulsados de su tierra, de su casa los acompaña durante toda la historia, específicamente a Juan, el personaje principal quien tiene un segundo encuentro con uno de los guardias del pueblo que se encuentra en compañía de Arévalo, escena en la que es enfrentado con mayor determinación y es acusado de pertenecer a los que se están resistiendo a la autoridad, por ende, a sus órdenes, “le dijo: “¿Y usted también es de los que están resistiendo?”. Juan debió de haber palidecido como Benavides porque sentía que el corazón le saltaba en el pecho” (Téllez, 2003, p. 20). En este sentido, como lo menciona Montoya (2012) el desarraigo es “un horizonte plagado de temor e incertidumbre” (p. 22), en el cual se encuentra este

personaje puesto que, aunque no piensa abandonar su casa teme a lo que puede acontecer con su familia, con su hogar y con los cambios que ha estado observando en el pueblo.

La última amenaza se produce un día en la madrugada en la casa de Juan, quien sale después de escuchar varios disparos cerca y entonces se encuentra esta escena:

El guardia echó otro tiro al aire, al acercarse a Juan. “¿Suena bien, no?”, dijo, “y sonarán mañana muchos más, si a esta hora no se han largado de aquí. ¿Entienden?”. Rastrilló de nuevo la pistola y apuntó a lo lejos, hacia las esbeltas espigas de maíz, por divertirse, por puro juego. Arévalo estaba cabizbajo. No miraba a Juan, ni a Carmen quien había salido corriendo para ver qué pasaba. “Ya lo saben, a largarse, a largarse pronto”. Acomodó la pistola entre la cartuchera, cogió del brazo a Arévalo y volteó la espalda. Hasta ese momento Juan comprendió que el aliento del guardia apestaba a aguardiente (Téllez, 2003, p. 22).

El desarraigo es inminente, la presencia de la familia Martínez es un problema para la autoridad y por ello deben hacer que se vayan sin importar las consecuencias. Es una cuestión de control, de poder territorial que suma en medio de una contienda como lo es el conflicto armado bipartidista, mucho más cuando como lo presenta la historia la autoridad misma es quien necesita acabar con la resistencia, con los rojos como se menciona en la narración.

Aun así, Juan y su familia no quieren abandonar su casa, no entienden el motivo para hacerlo pues todo lo que tienen y han construido se encuentra en ese lugar puesto que como lo menciona Mendoza (2015) al hablar del desarraigo este supone, “en términos de memoria [...] desarraigarlos, desalojarlos de sus experiencias y, por tanto, de su memoria, de su identidad, por eso su resistencia: las razones son menos económicas y más de orden identitario” (p. 54). Lo que podría decirse que justificaba el que esta familia se negara a perder su tierra, su grupo social, su propia identidad e incluso a olvidar puesto que alejarse de su comunidad y desvincularse de la misma puede tener como efecto el olvido mismo como lo explica Halbwachs (2004a).

Al final, ante la resistencia de esta familia la autoridad decide cumplir la amenaza y prenderle fuego a este lugar con ellos adentro “Todos cumplieron: Arévalo y la autoridad, Juan y

Carmen y el niño. La casa ardió fácilmente, con alegre chisporroteo de paja seca, de leña bien curada, de trastos viejos” (Téllez, 2003, p. 22).

Respecto a la novela de Caballero Calderón, el protagonista de la historia Manuel Pacho se tiene que enfrentar al desarraigo sin defensa alguna, pues como ocurre con el cuento anterior, los bandidos después de efectuar la masacre en la hacienda deciden quemar este lugar “¿Le pegamos fuego a la casa? ¡Las casas no se pueden llevar! [...] La casa grande, con todas sus dependencias, ardió por los cuatro costados” (Caballero Calderón, 1976, p. 17-18).

Su casa no era más que un montón de cenizas, aun así, después de dar una vuelta por toda la casa sentía que a pesar de estar en escombros todo ello le pertenecía, quería aferrarse a esa idea. Sin embargo, durante el recorrido que emprendería dicha idea cambiaría y lo llevaría a sentirse miserable y sin hogar.

Escupió en las palmas de las manos. Ató con la cincha sólidamente los cabos del chinchorro en que había envuelto el viejo y se lo cargó al hombro. Antes escrutó el cielo, ahora negro, estrellado y rayado de luceros errantes, pues la luna se había perdido. No era que se hubiera puesto, era que andaba lejos. El incendio corría hacia atrás con el viento, donde el cielo se derretía y chorreaba candela sobre el llano (Caballero Calderón, 1976, p. 35).

Este joven ha tenido que abandonar su hogar con el cadáver de su padre a cuestas pues el objetivo de darle una cristiana sepultura es ahora su guía y propósito en medio de este trágico panorama. También, se convierte en una huida de aquel sitio en donde su vida se ha construido, sus experiencias, aprendizajes, conocimientos, actividades y lazos de diversa índole. Todo ello deja de tener un lugar tangible y entonces comienza a estar presente en ese constructo social llamado memoria en donde se alojan, organizan, seleccionan esas acciones, historias, prácticas sociales, aprendizajes, experiencias que Manuel Pacho ha tenido a lo largo de su vida.

De manera recurrente el marco social del espacio, de la familia, de la religión se hacen aquí presentes en medio del desarraigo que tiene que padecer este personaje. Los recuerdos que se construyen y se narran tienen como puntos de apoyo los momentos con sus padres, con su

comunidad, con la iglesia en la medida en que quiere cumplir con los preceptos que esta le demanda, mucho más al ser su padre hijo de un cura de la región. Asimismo, el llano lo inspira, lo acompaña y al mismo tiempo lo enfrenta a sus miedos y temores, llevándolo entre muchas cosas a construir recuerdos en colectivo, de tal forma que se recuerda lo que es memorable y vale la pena ser recordado mientras que otras cosas se quedan en el olvido.

En cambio ahora los sentía realmente muertos porque dentro de él, en su conciencia y en sus carnes, ya no podía sentirlos. Su muerte era un frío en la columna vertebral, un vacío en el estómago, un silencio en el corazón que golpeaba sordamente dentro del pecho, una ausencia en la cabeza que se llenaba apresuradamente con el borboteo de la sangre. La muerte de ellos era su soledad definitiva [...] Era como si le hubieran arrancado violentamente el porvenir y sobre el día de mañana no se le ocurriera la menor idea Caballero Calderón, 1976, p. 127).

En esta línea de sentido, el desarraigo del que ha sido víctima este personaje gracias al conflicto bipartidista en que se desarrolla la historia, lo ha llevado a este momento de desesperanza, confusión y angustia, a ser consciente de la pérdida de sus padres, dando lugar a la ausencia, al vacío, a la falta de un sentido para vivir, para continuar, para un nuevo amanecer. Este es uno de los efectos del desarraigo, pues se está perdiendo un vínculo con ese grupo social, con ese lugar de origen, con la familia misma.

A pesar de las condiciones en que se encuentra este personaje, se esfuerza en seguir construyendo recuerdos apoyándose de los puntos de referencia que le quedan, es decir, esos marcos sociales que prevalecen como el espacio, el llano mismo, la religión, el tiempo y los artefactos que le ayudan a preservar esa memoria como el cuerpo mismo de su padre, algunos objetos y prendas que lo acompañan, entre otros que le ayudan en ese proceso de evocar el pasado con sus múltiples matices, con todo lo que requiere reconstruir el pasado desde el presente, pues como lo expresa Jelin (2002) “abordar la memoria implica referirse a recuerdos y olvidos, narrativas y actos, silencios y gestos. Hay en juego saberes, pero también hay emociones. Y hay también huecos y fracturas” (p.17).

La resistencia y la huida se presentan en estas dos historias como respuesta al desarraigo que trae consigo el conflicto armado bipartidista, la violencia misma. En esta situación, la memoria colectiva tiene relevancia en la medida en que se hace evidente en esa necesidad de cuidar y proteger ese lugar, ese espacio de recuerdos de un grupo social en donde habitan múltiples sentidos y significaciones propias de una comunidad, que a su vez identifican a quien pertenece a dicho sitio. Respecto al huir en lugar de resistir, la memoria colectiva también se hace presente puesto que, en medio de la expulsión, de la salida es cuando más se requiere aferrarse a dichos recuerdos, a ese constructo social, valiéndose de esos marcos sociales, de los artefactos que se tiene a la mano para preservar la memoria, para mantener el vínculo con el grupo para comprender el presente mismo e incluso pensar en un futuro.

Finalmente, Téllez y Caballero Calderón abordan la memoria colectiva a través de los objetos de estudio de esta investigación, al dar voz a sus personajes con sus historias cruentas que sucedieron en el campo en medio del conflicto armado bipartidista y que se vuelven universales y actuales ante la realidad que vive el país. A su vez, dan lugar a la memoria al mostrar mediante su narrativa el proceso de construcción social del recuerdo que tienen que hacer los personajes para enfrentar la realidad que se desborda ante sus ojos, lo que implica que tengan que luchar en contra del olvido, el abuso de poder, el silencio y el desarraigo que el conflicto armado pretende imponer y perpetuar a través del tiempo. Al realizar el proceso de reconstrucción de un recuerdo mediante la narrativa se contribuye a la defensa de la vida, a la comprensión de una realidad social, a la reparación de aquellas fracturas que ha dejado la violencia y a la posibilidad de escribir un nuevo capítulo en la historia colombiana.

En este sentido, la literatura de la Violencia se convierte en un lugar de la memoria en el sentido de Pierre Nora (2008) en la medida en que es un rastro y al mismo tiempo un bastión en

donde se cristaliza, ancla y condensa la memoria colectiva que pertenece a una historia que la solicita porque la ignora o la desconoce. Es así como las obras literarias que abordan este fenómeno contribuyen de manera significativa a que lo sucedido no se repita, pero tampoco se olvide, a que las voces silenciadas puedan ser escuchadas y a que, en medio de la inmediatez, del paso del tiempo, de la evolución humana, esta memoria se preserve, se conozca y se le otorgue el valor y relevancia que merece para la historia del país.

Conclusiones

Esta propuesta investigativa permitió realizar un recorrido histórico por el fenómeno social de la Violencia en Colombia, teniendo en cuenta el ámbito político, cultural, religioso e incluso literario y al mismo tiempo comprender la manera como se vivió dicho periodo tanto en la ciudad como en el campo, siendo este último el sector más afectado por el conflicto armado. Es por ello que el campo se vuelve el escenario predilecto de muchas de las obras literarias que hacen parte de lo que se considera hoy en día como Literatura de la Violencia y que, como su nombre lo indica, son obras que tratan este fenómeno de manera directa y que presentan desde diferentes puntos de vista acercamientos a este periodo y a su vez enfatizan en el efecto desencadenante de esta contienda política en el devenir colombiano.

En esta línea de sentido, el conflicto armado bipartidista marcó un hito en la historia de la nación en cuanto a que tuvo implicaciones en la sociedad colombiana que siguen teniendo eco en la actualidad. A su vez, el ciclo de odios que se dio entre los liberales y conservadores a causa de la lucha por el poder, la tierra y las ideas políticas, llevaron a que el pueblo se dividiera en dos bandos y comenzara una disputa entre los mismos ciudadanos que motivados por una sed de venganza, una búsqueda de cambio, un descontento con el mismo Gobierno, deciden alzarse en armas, arrebatarse vidas, apoderarse de terrenos y responder con fuego ante la represión y el hostigamiento que se vivía a nivel nacional.

La iglesia como órgano de importancia en la construcción social y política de la nación también tuvo injerencia en las decisiones tomadas por el gobierno de aquel tiempo. Esta institución eclesiástica apoyó en su momento a los conservadores atacando a los liberales, incrementando el odio y el señalamiento de los mismos por considerar que no preservaban las buenas costumbres y

los valores tradicionales del país. Dicho apoyo fue cambiando a medida que la situación lo requería y a raíz de los cambios a nivel político, social y cultural.

La literatura de la época da cuenta de ese lugar privilegiado que ocupaba la Iglesia y que está presente en las diferentes narraciones, en donde se muestra como motor, fuerza y guía de los personajes para sobrevivir a la Violencia, brinda consuelo y resignación frente al triste y desgarrador panorama que deja el conflicto armado, aunque también puede ser cómplice del mismo, es por ello que la Literatura de la Violencia muestra otros aspectos donde los agentes religiosos censuran, reprimen y son avales de la injusticia, el destierro y el abuso del poder.

El género narrativo que predominó y se fortaleció en este periodo de la historia de la literatura colombiana implicó un cambio y una renovación en el campo literario colombiano, dio espacio para conocer otras formas de comprender el fenómeno social de la Violencia desde perspectivas diversas, como por ejemplo el hecho de narrar historias más cercanas a la realidad nacional y que no estuvieran concentradas en estilos y acontecimientos venidos del exterior, de tal manera que se confronte al lector con su propia realidad.. Asimismo, esta literatura tiene un propósito de formación o concientización en el lector haciéndolo participe de la obra literaria mediante su lectura, su interpretación, dándole sentido y significado a la narración a partir de unos elementos estéticos y literarios que convergen y al final contribuyen a que pueda tomar postura con respecto a la realidad nacional o interpelarla.

Al poner en cuestión las categorizaciones y divisiones de la Literatura de la Violencia hecha por estudiosos del tema como Escobar Mesa, Osorio, Restrepo, Monroy, se amplía el panorama y comprensión de dicho concepto en la medida en que se flexibilizan los grupos en los cuales se clasifica dicha literatura y se reconfigura la taxonomía planteada para la misma, de tal manera que no se encasilla en un solo lado o se desvaloriza su condición estética, por el contrario, se le atañe

un valor estético, literario y nacional respecto a sus aportes a la historia y memoria de la nación. Además, se establecen unas condiciones y características propias de este tipo de literatura colombiana que a su vez permiten retomar y recuperar obras literarias que habían quedado por fuera de la categoría y que, por su ubicación cronológica y tratamiento de los temas de la Violencia, hacen parte de ella, como es el caso del compilado de cuentos *Cenizas para el viento* y la novela *Manuel Pacho*, esta última no aparece nombrada como parte de la literatura de la Violencia y que como se ha visto reúne las características, temáticas, cronológicas y de desarrollo para entrar en este fenómeno literario.

Asimismo, en ese debate que se genera entre los autores es importante mencionar que la Literatura de la Violencia no está supeditada -como lo menciona Monroy (2011), que a su vez referencia a Osorio (2003) a una fecha límite o final de la historia colombiana puesto que incluso en la actualidad se pueden estar gestando producciones literarias que por sus condiciones, intereses y formas de tratar la Violencia puedan situarse dentro de este tipo de literatura, de tal manera que el campo literario colombiano puede seguir enriqueciéndose con dichas narraciones y expandiendo sus miradas y comprensiones frente a este conflicto armado que dejó cientos de víctimas, cicatrices, preguntas y marcas no solo en quienes tuvieron que padecer y vivir de manera frontal esta realidad sino en las creaciones culturales, en la forma de comprender el país, su realidad política y social y, quizás la más importante para esta investigación, la marca de un antes y un después en las creaciones literarias nacionales.

Dentro de este orden de ideas, los escritores de la época de la Violencia tuvieron que enfrentarse a múltiples desafíos entre los que se encuentran: la censura por parte del Gobierno como ocurrió con Téllez y la obra literaria objeto de estudio; la construcción de la narración misma, de los personajes, del cuidado del lenguaje; la renovación de la escritura con la inclusión fuerte de

los géneros narrativos; la búsqueda del equilibrio entre el hecho estético y el hecho histórico; el tratamiento responsable de este fenómeno ante el lector y encontrar la manera adecuada de visibilizar, denunciar y criticar la problemática social que aquejaba al país.

Tanto Téllez como Caballero Calderón al ser escritores, periodistas y diplomáticos del país, es decir, figuras reconocidas de la élite colombiana tuvieron que hacer la elección de escribir sobre el conflicto armado bipartidista, teniendo presente que pudieron haber continuado abordando otros asuntos de interés nacional o literario sin necesidad de inmiscuirse en medio de esta contienda política, pero que a pesar de los riesgos o juicios que pudieran suscitar sus producciones literarias sentían necesario dar a conocer a la sociedad colombiana, comenzando por su propio círculo intelectual esta realidad dolorosa que marcaría la historia de la nación.

Asimismo, al decidir asumir un compromiso social con su tiempo a través de la escritura sentaron un precedente para otros integrantes del gremio y para futuras generaciones en la medida en que sus obras se volvieron referentes de estudio del fenómeno de la Violencia en Colombia y en algunos casos obras de obligatoria lectura en diferentes espacios académicos. Aun así, debería ser mayor su difusión y proceso de edición en la actualidad.

Estos escritores colombianos, testigos de su tiempo y comprometidos con su realidad, utilizan el arma de la escritura (Sartre, 1950) para develar una problemática, denunciar el abuso de poder y la represión que vive el pueblo y criticar los actores, acciones y razones que confluyen en medio de la contienda y que dividen al país de múltiples maneras, haciendo que los mismos vecinos, amigos, conocidos y compatriotas se vean enfrentados en el campo de batalla, defendiendo ideales políticos, algunos con argumentos y otros sin ellos, esto en detrimento de la estabilidad del país.

El tratamiento de la Violencia en las obras literarias estudiadas se da a partir de diferentes estilos y recursos narrativos evidencia de los cambios y renovaciones del compromiso social de los escritores con la realidad del país en la medida en que se nota el interés en los diversos puntos de vista a partir de los diálogos y la descripción de los hechos, de igual forma la construcción de los personajes y la evolución de los mismos frente a la secuela de la muerte permite ver la calidad estética y literaria de la narración que enriquece la lectura y garantiza desde lo que se ha trabajado en esta investigación una ruptura con los antecedentes literarios y una preocupación por llevar al público lector historias con sentido social y fuerza literaria.

Respecto a las subcategorías propuestas del compromiso social del escritor, es importante mencionar que las dos categorías tanto de poder como revolución permiten hacer una lectura de más general de las obras en la medida en que son categorías antagónicas, que están en pugna de manera permanente en la novela y los cuentos y que a su vez dan lugar para tratar el asunto de lo humano, el abuso de poder que viene tanto de las bandas armadas como del Gobierno de turno que en lugar de proteger a sus ciudadanos incendia el territorio nacional, convirtiéndose en un verdugo más, de forma que ya no hay fronteras entre los que podrían denominarse buenos y malos puesto que vendrían a ser lo mismo solo que con diferentes uniformes, colores, pero con la misma sed de venganza y poder.

Asimismo, lo sacro está imbricado en el compromiso social del escritor frente a su obra, puesto que no excluye el papel de lo sagrado en medio del conflicto bipartidista, es decir, no evita temas sensibles como este, por el contrario, los hace protagónicos por su misma importancia en la vida real y problemática del país en aquel periodo de la historia. De ahí que el compromiso se evidencie y patente en no ocultar ni embellecer o mitigar lo que ello trae consigo y puede generar en la sociedad.

El catolicismo imperante en Colombia ha sido fuente y medio para enfrentar la violencia, para aferrarse a la vida, pero también lo profano, el miedo y el castigo divino son cuestionados y puestos en escena en estas historias, de tal forma que se muestran dos caras, dos lecturas y roles que asume el asunto de lo sagrado, de la religión católica, de lo supremo en medio del fenómeno social de la Violencia y de la fe de un pueblo, de la construcción e identidad de una nación.

De igual manera, la intencionalidad de llevar estas historias a la élite letrada y demás público lector de la época no puede pasar desapercibido, teniendo presente que gracias a las narraciones y la calidad estética y literaria de las mismas se contribuyó a ese despertar de la literatura nacional y a la toma de conciencia que ofrece la literatura y que, en la medida de las posibilidades, contribuye a la transformación social y se convierte en un legado para la historia, para la memoria y para el pueblo.

Por su parte y como ya se ha mencionado anteriormente la memoria colectiva ocupa un lugar importante en las obras literarias objeto de estudio y en el marco del fenómeno social de la Violencia debido a que el tratamiento de este fenómeno requiere evocar un pasado y construir a partir de ello una narración, una historia y tejer unas relaciones de sentido y significado, dicho proceso se hace en doble vía; el escritor toma elementos de ese pasado desde un presente para comprender lo que allí ha sucedido y el lector a su vez tiene que reconstruir ese pasado, ese momento que será recordado a partir de la narración participando así de ese mismo proceso de construcción social que hacen los personajes, el narrador y en este caso el mismo escritor de la obra literaria.

Esa corriente de pensamiento continuo que propone Halbwachs (2004a), implica un diálogo entre el pasado, el presente e incluso el futuro en la medida en que no se puede reconstruir el uno sin el otro, se encuentran entrelazados, se persiguen unos a otros y fluyen de distintas formas

en la narración. Asimismo, el recordar o construir un recuerdo implica a los otros, a un grupo social al que se pertenece, pues no se recuerda solo, sino que se recuerda a partir de los recuerdos de otros, de esos marcos sociales de memoria que nos ayudan en ese proceso y que establecen conexiones entre esos tiempos en que se mueve y define una sociedad.

Dichos marcos sociales como el espacio, el tiempo, la experiencia y el lenguaje son referentes para que se produzcan y se reconstruyan los recuerdos, dando una estabilidad, una organización y una comprensión del mismo presente. A su vez existen otros marcos sociales locales que también tienen injerencia en ese proceso como son la familia, la religión, las clases sociales, entre otros que contribuyen a que la memoria colectiva tenga lugar y adquiera sentido y significado para la comunidad.

Estas ideas dialogan con las narraciones de Téllez y Caballero Calderón en la medida en que sus personajes tienen la necesidad de recordar para comprender su propia realidad, para volver a sentirse parte de un grupo social, para sanar, para olvidar y continuar con sus vidas a pesar de la marca que ha dejado la Violencia. La memoria colectiva como proceso de construcción social es necesaria en medio del conflicto armado para no retroceder, para no caer en la repetición y para llegar a la justicia y que tenga lugar la reparación de las víctimas y de quienes han tenido que padecer de diferentes formas una contienda política y social que ha acabado con la tranquilidad, con la esperanza, con las familias colombianas y con esa idea de futuro.

En medio del conflicto armado la infancia ha sido golpeada de manera directa y ello puede verse reflejado en los cuentos y novela aquí analizadas, por ello se consideran una de las subcategorías de la memoria colectiva, teniendo presente que la memoria de aquellos pequeños que han sido violentados y ultrajados está con ellos hasta su adultez como en el caso del cuento “Lección de domingo”, siendo entonces artefactos de la memoria, del conflicto armado. Estos

protagonistas de las historias han tenido que perder la vida en medio de una guerra ajena que carece de sentido y propósito. Una realidad que sigue teniendo vigencia y que a pesar de las acciones emprendidas sigue siendo deficiente frente al alto número de niños reclutados, abusados y con familias destruidas que deja el conflicto armado y que parece ser un capítulo inconcluso de la historia colombiana.

La muerte, el desplazamiento y el temor presente en estos relatos también simboliza una pérdida de la sociedad, del Estado que abandona a su suerte a los menos favorecidos, al pueblo mismo en sus necesidades, angustias y preocupaciones. La infancia se cuestiona y problematiza en estas narraciones en la medida en que son víctimas y proyectos de hombres que se destruyen gracias a una bala, a la indiferencia y a la lucha de poderes e ideales que enfrenta el país hace muchos años.

La memoria colectiva en estos cuentos y novela tiene un espacio establecido que permite que confluyan diferentes construcciones sociales, es decir, recuerdos de diversa índole. Dicho espacio es el campo el cual también se desprende como subcategoría de la memoria porque es allí en medio de esas dinámicas sociales y culturales que se dan los enfrentamientos y las luchas entre los bandos, en donde se recuerda y se olvida, en donde dialogan el pasado y el presente de manera permanente. Tanto Téllez como Caballero Calderón privilegian el campo para contar las historias que allí han sido olvidadas, censuradas o tergiversadas por el Gobierno de turno y que no llegan de manera directa a las ciudades, siendo invisibilizadas. La preocupación de estos escritores contribuye a que este escenario sea testigo de las interacciones, las muertes, la desolación y el terror que siembra la Violencia y que a su vez vuelque la mirada del lector sobre dicho lugar, de tal forma que tenga lugar la memoria.

El campo sigue siendo uno de los lugares más golpeados por el conflicto armado de tal forma que es sin duda un espacio de memoria, de marcas del pasado y del presente, un lugar que ha sido violentado y ultrajado y que aun así se resiste a perderse en medio de las llamas, de las armas, de las torturas, del abuso y del abandono en que se encuentra por parte del Estado, puesto que son sus habitantes, conservan la esperanza, las ganas de progresar, de ver crecer a sus hijos, de perdonar y continuar a pesar de que la Violencia siga tocando a su puerta.

Igualmente, el desarraigo está presente en las obras literarias objeto de estudio y a su vez es una de las consecuencias y marcas que deja el conflicto armado. En las obras existen dos respuestas ante esta situación; la primera es resistirse a dejar todo aquello por lo que se ha luchado, la familia, la tierra, la casa, la comunidad, la identidad y la memoria misma y la segunda es abandonarlo todo e intentar comenzar de cero en medio de la desolación, la tristeza y el enfado que conlleva el ser expulsado de su propio territorio.

Dichos personajes víctimas del desarraigo acuden a la memoria colectiva para no perder el vínculo con su grupo social, para defender su hogar, para comprender y construir su propia identidad en medio de una disputa que ha cobrado cientos de vidas. La defensa del recuerdo, la lucha contra el olvido y la preservación de aquellos momentos memorables se vuelven razones fundamentales para intentar sobrevivir ante la ola de Violencia, para construir un nuevo camino, para conservar aquello que merece ser recordado y para aprender de ese mismo pasado que influirá en el presente y que también estará vinculado a ese futuro, a ese nuevo amanecer.

Los hallazgos de esta investigación pretenden hacer un reconocimiento al compilado de cuentos de Téllez y a la novela de Caballero Calderón, por sus aportes a la historia de la nación frente a la comprensión y lectura del fenómeno social de la Violencia, la pregunta por el lugar que ocupa la memoria colectiva en la sociedad colombiana, mucho más en medio del conflicto armado

y ante la realidad que sigue viviendo el país, y sus contribuciones al campo literario en la medida en que mediante diversos recursos, estilos y formas construyeron sus narraciones con una destacada calidad estética y literaria que da cuenta de su preocupación, sensibilidad, trayectoria, conocimiento y compromiso con la literatura y con su época. Asimismo, esta indagación sirve como base y referente para otros estudios sobre los escritores, las obras literarias, las ideas intelectuales y el abordaje de este fenómeno social que ha marcado a la nación.

La selección de las obras objeto de análisis y los vínculos establecidos entre las mismas al igual que entre sus escritores, es una puerta que se abre para continuar ahondando en las obras no solo literarias sino ensayísticas y periodísticas que poseen dichos escritores y las ideas que se desprenden en torno al conflicto armado bipartidista y por ende a los actores de este periodo. A su vez, queda la pregunta a desarrollar sobre las otras posibles categorías y subcategorías que se podrían desprender tanto de los cuentos como de la novela misma y que podrían seguir enriqueciendo el campo literario colombiano y evidenciando el compromiso social de Téllez y Caballero Calderón.

De igual manera, el concepto de compromiso social del escritor sigue siendo un tema amplio por investigar, en la medida en que no se ha hecho un estudio sobre la existencia de un compromiso propiamente colombiano en esta época de la Violencia anterior a los postulados de Sartre (1950), dados los hechos y acciones realizadas por varios escritores de la época antes de los cincuenta.

Finalmente, sería interesante una investigación que incluya en el corpus una tercera obra literaria que se halle en medio de esa época temprana y tardía en que se ubica el compilado y la novela, o que por el contrario sea más contemporánea, de tal forma que pueda dialogar con el fenómeno social de la Violencia desde otras perspectivas, intencionalidades y lecturas que lleven

a una comprensión más amplia del conflicto armado bipartidista. Lo anterior apostando por un diálogo entre el pasado, el presente e incluso el futuro de la nación, lo cual sería un aporte a los estudios de la historia literaria nacional teniendo en cuenta sus diversos procesos a lo largo del tiempo.

Referencias

- Álvarez, J. (2002). *Las relaciones entre partidos políticos, Iglesia, Fuerzas Armadas y Gremios con el Estado en Colombia de 1934 a 1962* [Tesis de doctorado, Universidad Complutense de Madrid]. Repositorio Institucional de la UCM.
<https://eprints.ucm.es/id/eprint/1674/>
- Acevedo, C. (2010). Eduardo Caballero Calderón Calderón: panorámica de su obra ensayística. *Revista Estudios de Literatura Colombiana* (27), 119-134.
- Acuña, O. (2013). Censura de prensa en Colombia, 1949-1957. *Historia Caribe*, 8 (23), 241-267.
<http://www.scielo.org.co/pdf/hisca/v8n23/v8n23a09.pdf>
- Barrera, S. y Aldana, C. (2016). Infancia en el conflicto armado: un asunto de memoria [Tesis de pregrado, Universidad Pedagógica Nacional].
 Repositorio institucional Universidad Pedagógica Nacional.
<http://repository.pedagogica.edu.co/bitstream/handle/20.500.12209/2414/TE-19622.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Beltrán, M. (2019). La dictadura de Rojas Pinilla (1953-1957) y la construcción del “enemigo interno” en Colombia: el caso de los estudiantes y campesinos. *Revista Universitaria de Historia Militar*, 8 (17), 20-47.
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7444955>
- Boletín Cultural y Bibliográfico. (2003). Cronología de Eduardo Caballero Calderón. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 40(62), 176-178.
https://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/boletin_cultural/article/view/1093/1399
- Braun, H. (2018). *La nación sentida: Colombia, 1949 el país se busca en sus palabras*. Bogotá: Aguilar.

- Bergalli, R., y Rivera I. (2006). *Torturas y abuso de poder*. Barcelona: Anthropos Editorial
- Bermúdez, A. (2020). *Aproximación al pensamiento de Eduardo Caballero Calderón Calderón en el semanario Sábado (1945-1953) durante la época de la Violencia* [Tesis de pregrado, Universidad de Antioquia]. Repositorio Institucional Universidad de Antioquia.
https://bibliotecadigital.udea.edu.co/bitstream/10495/16589/1/Berm%C3%BAdezAlejandra_2020_CaballeroCalder%C3%B3nS%C3%A1badoViolencia.pdf
- Burke. P. (2000). *Formas de historia cultural*. Madrid: Alianza Editorial.
- Caballero Calderón, E. (1976). *Manuel Pacho*. Medellín: Editorial Bedout.
- _____. (1948, 18 de diciembre). Antes y después del 9 de abril. *Sábado*, 6 (282), 1,14.
https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/161318
- Candiano, L. (2014). Representaciones del intelectual (revolucionario). El caso cubano (1959-1971) y su legado para el siglo XXI.
<http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/becas/20141202045711/Representacionesdelintelectualrevolucionario.pdf>
- Cárdenas, J. (2018). Panorama de la literatura sobre el conflicto armado en Colombia, siglos XX y XXI. Consideraciones sobre su desarrollo y evolución narrativa. *Hallazgos*, (29), 19-44.
<http://www.scielo.org.co/pdf/hall/v15n29/1794-3841-hall-15-29-19.pdf>
- Carrillo, V. (2019). "Las Américas", una historia de novelas. El Concurso Literario de la Unión Panamericana como instrumento diplomático". *Revista de Historia de América*, (156), 279-319.
<https://revistasipgh.org/index.php/rehiam/article/view/242/242>
- Castelblanco, S., y Oviedo, A. (2013). *Monseñor Builes. la tradición de las buenas costumbres y la modernidad* [Tesis de maestría, Universidad Javeriana].

Repositorio institucional Universidad Javeriana.

<https://repository.javeriana.edu.co/bitstream/handle/10554/15268/CastebiancoBachillerSandraYanette2013.pdf?sequence=1>

Cediel, L. (1988). Los valores del campesino en los personajes de Eduardo Caballero Calderón Calderón. *Revista de la Universidad de La Salle*, 8 (16), 267-270.

<https://ciencia.lasalle.edu.co/cgi/viewcontent.cgi?article=1841&context=ruls>

Cortés, D, y Cerón, A. (2019). *Negociando con el ELN. Una mirada desde su complejidad*. Bogotá: Escuela Superior de Guerra.

Casas, F. (2016). Infancia y representaciones sociales. *Política y Sociedad*, 43 (1), 27 - 42.

<https://revistas.ucm.es/index.php/POSO/article/view/POSO0606130027A/22636>

Cros, E. (2003). *El sujeto cultural, sociocrítica y psicoanálisis*. Medellín: Universidad EAFIT.

Chicharro, A. (2012). *Entre lo dado y lo creado. Una aproximación a los estudios sociocríticos*.

Varsovia: Instituto de Estudios Ibéricos e Iberoamericanos de la Universidad de Varsovia.

De Miguel Magro, T. (2005). El tiempo y la muerte en Cenizas para el viento.

https://www.academia.edu/4648418/_El_tiempo_y_la_muerte_en_Cenizas_para_el_viento_de_Hernando_T%C3%A9lez_Pterod%C3%A1ctilo_University_of_Texas_Austin_3_3_Spring_2005_16_25

Duarte, J. (2019). *El drama sin amor". La novela de la violencia en Colombia, 1902-1962* [Tesis de doctorado, Universidad Nacional de Colombia] Repositorio institucional Universidad Nacional de Colombia.

<https://repositorio.unal.edu.co/bitstream/handle/unal/77995/91281417.2019.pdf?sequence=7&isAllowed=y>

- Duchet, C. (1991). Posiciones y Perspectivas sociocríticas. *Sociocríticas. Prácticas textuales: Cultura de fronteras*. Malcuzyński, M.P (ed.) (pp. 43-49). Amsterdam: Rodopi.
- Escobar, A. (1997). Literatura y violencia en la línea de fuego. En J. López (Ed.) *Ensayos y aproximaciones a la otra literatura colombiana* (pp. 113-145). Bogotá: Universidad Central
- El Sharkawy, F. (2000). *La visión del mundo árabe en la narrativa de Juan Goytisolo* [Tesis de doctorado, Universidad de Murcia] Digitum. Repositorio Institucional de la Universidad de Murcia.
<https://digitum.um.es/digitum/bitstream/10201/140/1/Sharkawy.pdf>
- Fajardo, D. (2015). *Estudio sobre los orígenes del conflicto social armado, razones de su persistencia y sus efectos más profundos en la sociedad colombiana. Conflicto social y rebelión armada en Colombia*. Bogotá: Espacio crítico.
<https://www.corteidh.or.cr/tablas/r33442.pdf>
- Fals Borda, O. (1985). Lo sacro y lo violento, aspectos problemáticos del desarrollo en Colombia. En M. Cárdenas (Ed.), *Once ensayos sobre la violencia* (pp. 25-52). Bogotá: Fondo Editorial CEREC.
- Figuroa, H. (2016). “Monseñor Miguel Ángel Builes, un político intransigente y escatológico (1925-1950)”. *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, 21 (1), 237-259.
<https://revistas.uis.edu.co/index.php/anuariohistoria/article/view/5348/5628>
- Gaitán, L. (2006). La nueva sociología de la infancia. Aportaciones de una mirada distinta. *Política y Sociedad*, 43(1), 9-26.
<https://dx.doi.org/10.5209/POSO>
- Gallego, D. (2017). *Connivencia en cenizas para el viento, del Hernando Téllez literario a su contexto humano* [Tesis de maestría, Universidade Federal de São João del-Rei]. Repositorio USFJ.

[https://ufsj.edu.br/portal2-repositorio/File/mestletras/Diego%20Alejandro%20\(2\).pdf](https://ufsj.edu.br/portal2-repositorio/File/mestletras/Diego%20Alejandro%20(2).pdf)

García Márquez, G. (1959). Dos o tres cosas sobre “La novela de la violencia”.

<https://www.semana.com/agenda/articulo/dos-tres-cosas-sobre-la-novela-de-la-violencia/36312/>

Gómez Restrepo, A. “Acta de la Junta Pública del 23 de abril de 1942”. *Discurso leído en el acto de su recepción por el señor don Eduardo Caballero Calderón Calderón y Contestación del señor don Eduardo Guzmán Esponda*. Bogotá: Biblioteca Nacional, 1944, 7-9.

González, F. (2008). La Iglesia como actor de la gobernanza en Colombia. Reseña de dos textos claves sobre el rol de la Iglesia desde el Siglo XX.

<http://www.institut-gouvernance.org/es/document/fiche-document-148.html>

González, S. (2018). Hernando Téllez (1908-1966): apuntes para una biografía. *Revista Iberoamericana*, 84 (262), 25-41.

<http://revista-iberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/Iberoamericana/article/view/7575/7687>

Goytisolo, J. (2005a). El furgón de cola. En *Los ensayos* (pp. 45-65). Barcelona: Ediciones Península

_____. (2005b). Los escritores españoles frente al toro de la censura. En *El furgón de cola* (pp.53-61). Barcelona. Ediciones Península.

Halbwachs, M. (2004a). *La memoria colectiva* (I. Sancho, Trad.; 2.ª ed.). Zaragoza: Prensas. (Trabajo original publicado en 1968).

Hernández, W. (2016). *Implicaciones en torno al fenómeno de la violencia en Cenizas para el viento de Hernando Téllez* [Tesis de pregrado, Universidad Tecnológica de Pereira].

Repositorio institucional UTP.

<http://repositorio.utp.edu.co/dspace/bitstream/handle/11059/6551/40141H557.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

Holloway, J. (2002). *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy.*

Caracas: Vadell Hermanos Editores, C.A.

https://ilusionismosocial.org/pluginfile.php/601/mod_resource/content/3/cambiar-el-mundo-el-poder-1275850.pdf

Iglesias, R. (2002). Hernando Téllez. Cenizas para el viento. *Hybrido: arte y literatura*, (6), 86-94.

<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2652501>

Jelin, E. (2003). *Los derechos humanos y la memoria de la violencia política y la represión: la*

construcción de un campo nuevo en las ciencias sociales. Buenos Aires: Instituto de Desarrollo Económico y social.

http://biblioteca.clacso.edu.ar/gsd/collect/ar/ar-025/index/assoc/D4331.dir/cuaderno2_Jelin.pdf

Krüger, H. (1965). Una novela de Caballero Calderón: "Manuel Pacho" ante la crítica estructural y objetiva. *Boletín Cultural Y Bibliográfico*, 8(03), 389-405.

https://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/boletin_cultural/article/view/5191

LeGrand, C. (1988). *Colonización y protesta campesina en Colombia (1850-1950).* Bogotá: Universidad Nacional de Colombia

<https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/53401>

Le Goff, J. (1991). *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario.* Barcelona: Ediciones Paidós

Ley 200 de 1936. (1936, 16 de diciembre). Congreso de la república.

https://www.funcionpublica.gov.co/eva/gestornormativo/norma_pdf.php?i=16049

- Londoño, D. (2015). *Muerte y banalidad: una visión del absurdo en los cuentos “Preludio” y “El regalo” de Hernando Téllez* [Tesis de maestría, Universidad EAFIT]. Repositorio institucional Universidad EAFIT.
https://repository.eafit.edu.co/bitstream/handle/10784/8082/Daniela_LondonoCiro_2015.pdf?sequence=2&isAllowed=y
- Lozano, M. (2014). Fórmulas por mutuo acuerdo: veintiún años continuos de dictaduras militar y bipartidista en Colombia, 1953-1974. *Jurídicas*, 10 (1), 77-93.
https://revistascientificas.cuc.edu.co/juridicascuc/article/view/461/pdf_45
- Lleras, A. (2003). Confesión de parte, de Hernando Téllez. Prólogo. En *Alberto Lleras-Antología. Selección de Otto Morales Benítez* (pp. 145-152). Bogotá: Villegas Editores.
- Mariño, C. (2005). *Niñez víctima del conflicto armado: consideraciones sobre las políticas de desvinculación*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Malinowski, B. (2009). *Magia, ciencia y religión*. Barcelona: Planeta-Agostini.
<https://asodea.files.wordpress.com/2009/09/malinowski-bronislav-magia-ciencia-y-religion.pdf>
- Manosalva, A. (2013). *Los obispos colombianos en la época de la Violencia: paz, guerra y anticomunismo (1945-1965)* [Tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia].
Repositorio institucional Universidad Nacional.
<https://repositorio.unal.edu.co/bitstream/handle/unal/75346/469112.2014.pdf?sequence=1&isAllowed=>
- Mendoza, J. (2015). *Sobre memoria colectiva. Marcos sociales, artefactos e historia*. México: Universidad Pedagógica Nacional.

Monroy, L. (2011). La novela de la violencia bipartidista y una reflexión sobre la violencia posterior.

En *Cien años de novela en el Tolima: 1905-2005* (pp. 31-95). Ibagué: Universidad del Tolima.

Montoya, V. (2012). Memorias en fuga. Violencias y desarraigo en Colombia [Tesis de doctorado,

Universidad de Barcelona]. Repositorios digitales de la Universidad de Barcelona.

https://www.tesisenred.net/bitstream/handle/10803/83520/VMA_TESIS.pdf?sequence=2&is

Allowed=y

Morales, C. (2014). *Incidencia de la reforma agraria de 1936 en la creación de autodefensas*

campesinas en Colombia [Tesis de pregrado, Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario]. Repositorio institucional EdocUR.

<https://repository.urosario.edu.co/bitstream/handle/10336/8923/1082932448->

2014.pdf?sequence=3

Morgado, I. (2005). Psicobiología del aprendizaje y la memoria. *Cuadernos de información y*

comunicación, (10), 221-233.

<https://www.redalyc.org/pdf/935/93501010.pdf>

Murcia, S. (2015). *Cenizas para el viento y otras historias: una lectura Fenomenológica* [Tesis de pregrado, Universidad Distrital Francisco José de Caldas]. Repositorio RIUD.

<http://repository.udistrital.edu.co/handle/11349/2524>

Murillo, J. (2021). Eduardo Caballero Calderón y Ediciones Guadarrama: edición y visibilidad literaria entre Colombia y España, 1954-1960. *Revista Chilena de Literatura* (104), 725-750.

<https://scielo.cl/pdf/rchilite/n104/0718-2295-rchilite-104-00725.pdf>

Nieves, L. (2014). *Novela de la violencia: una herramienta para la construcción de memoria histórica en Colombia. 1946-1959* [Tesis de pregrado, Universidad Colegio Mayor de Nuestra

Señora del Rosario]. Repositorio institucional EdocUR.

<https://repository.urosario.edu.co/bitstream/handle/10336/8922/1014237596-2014.pdf?sequence=4>

Nora, P. (2008). *Los lugares de la memoria*. Montevideo: Traducciones Trilce

Ortiz, J. (2018). “Lección de domingo” como reflejo artístico de una realidad. *La tercera orilla* (20), 65-68.

<https://revistas.unab.edu.co/index.php/laterceraorilla/article/view/3276/2843>

Osorio, O. (2003). Anotaciones para un estudio de la novela de la Violencia en Colombia. *Poligramas*, (19), 127-142.

_____. (2016). En torno a la dimensión literaria de viento seco. *Acta Literaria* (53), 11-125.

https://scielo.conicyt.cl/pdf/actalit/n53/art_08.pdf

Pataquiva, G. (2009). Las Farc, su origen y evolución. *UNISCI Discussion Papers*, (19), 154-184.

<https://www.redalyc.org/pdf/767/76711407010.pdf>

Pecaut, D. (1987). Acerca de la Violencia de los años cincuenta. *Boletín socioeconómico*, (17), 34-48.

<https://bibliotecadigital.univalle.edu.co/bitstream/handle/10893/5462/Acerca%20de%20la%20violencia%20de%20los%20anos%20cincuenta.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

Penagos, J. (2013). El proceso de representaciones sobre las FARC. 1964. Los inicios. *Anagramas*, 11 (22), 145-162.

<http://www.scielo.org.co/pdf/anqr/v11n22/v11n22a09.pdf>

Pinzón, R. (2017). *Poder popular: una apuesta y dos rumbos. el caso del partido comunista de Colombia (marxista-leninista) / ejército popular de liberación y del ejército de liberación nacional* [Tesis de pregrado, Universidad Pedagógica Nacional]. Repositorio Institucional de la Universidad Pedagógica Nacional.

<http://repository.pedagogica.edu.co/bitstream/handle/20.500.12209/9184/TE-20971.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

Restrepo, L. (1985). Niveles de realidad en la literatura de la “violencia colombiana”. En M. Cárdenas (Ed.), *Once ensayos sobre la violencia* (pp. 25-52). Bogotá: Fondo Editorial CEREC.

Reyes, F, Mesa, C. y Gómez, S. (2016). Expresiones de la violencia: análisis narrativo de la figura de Laureano Gómez Castro. *Universitas humanística* (72), 15-36.

https://repository.usta.edu.co/bitstream/handle/11634/4823/Informe_final_proyecto_Expresiones_de_la_violencia_an%C3%A1lisis_narrativo.pdf?sequence=1&isAllowed=yRivas,

Rivas, C. (2010). *Revista Mito: vigencia de un legado intelectual*. Medellín: Universidad de Antioquia

Rueda, C. (2011). La circularidad vida-muerte a través de la figura materna en “Sangre en los jazmines” y “La canción de mamá” de Hernando Téllez. *Ensayos críticos sobre cuento colombiano del siglo XX* (p. 99-126). Bogotá: Universidad de los Andes.

Ruiz, J. (2010). “Manuel Pacho”. *Revista Aleph* 155 (44), 67-69.

Sapiro, G. (2016). *La sociología de la literatura*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Sarlo, B. (2005). *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Sartre, J. (1950). *¿Qué es la literatura?* Buenos Aires: Editorial Losada, S.A.

Sánchez, G., y Meertens, D. (2002). *Bandoleros, gamonales y campesinos. El caso de la Violencia en Colombia*. Bogotá: El Áncora Editores.

Sierra, R. (1988). La responsabilidad social del escritor. En *La responsabilidad social del escritor* (pp. 13-39). Manizales: Biblioteca de Escritores caldenses.

- Taborda, J. (2011). Juan Goytisolo y el árbol de la literatura hispanoamericana. En E. Neira (Ed.) *La función social y política del escritor en América Latina* (pp. 58-86). Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Téllez, H. (2003). *Cenizas para el viento*. Bogotá: Editorial Norma.
- (2017). *Nadar contra la corriente*. Bogotá: Ministerio de Cultura: Biblioteca Nacional de Colombia.
- (2017). El compromiso de la crítica. En C. Rincón (Ed.), *Crítica Literaria II 1948-1956*. (pp. 171-179). Bogotá: Instituto Caro y Cuervo
- Urteaga, E. (2010). El pensamiento de Maurice Halbwachs. *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, 28, 253-274.
<https://revistas.ucm.es/index.php/ASHF/article/view/36288/35136>
- Valencia, A. (2011). El juicio a Rojas Pinilla y la construcción de la memoria colectiva de los años cincuenta en Colombia. *Universitas humanísticas*, (72), 15-36.
<http://www.scielo.org.co/pdf/unih/n72/n72a02.pdf>
- Vásquez, F. (2001). *La memoria como acción social. Relaciones, significado e imaginario*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Zapata, J., y Aranzazu, M. (2020). *Educación y tasa de mortalidad en Colombia. Un análisis subnacional 1951-2018* [Tesis de pregrado, Universidad EAFIT].
Repositorio institucional Universidad EAFIT.
https://repository.eafit.edu.co/bitstream/handle/10784/16791/Juanita_ZapataGuerra_Mariana_AranzazuRamirez_2020.pdf?sequence=2&isAllowed=y
- Zapata, O. (2014). Usted tira Mariano y yo Laureano respondo: La división del partido conservador en 1953. *Revista Departamento de Ciencia Política*, (6), 99-116.

<https://revistas.unal.edu.co/index.php/forum/article/view/52969/52593>